

10

JOSÉ MAZZANTI - I. MARIO FLORES

Cien Lecturas

Para 5° y 6° grados

Vª EDICIÓN



Precio de venta \$ 1.70

LL
1926
MAZ



00026228

A
— 8
28

malo
mala
~~*Gloria*~~
~~*C. B. ...*~~

CIEN LECTURAS



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

cien Lecturas

0 - 00 - 0
0 0 0 0 0 0
0

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
ZOOLOGY
OF THE
SMITHSONIAN INSTITUTION
WASHINGTON, D. C.

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
ZOOLOGY
OF THE
SMITHSONIAN INSTITUTION
WASHINGTON, D. C.

22.019

JOSÉ MAZZANTI -- I. MARIO FLORES

Director y Vice en las Escuelas de la Capital

CIEN LECTURAS

Texto aprobado por el Consejo
Nacional de Educación y por el
Consejo General de Educación
de la Provincia de Buenos Aires



Editores: ISELY & Cía.—Rfo Bamba 761

BUENOS AIRES

JOSE MANUEL DE MARIÁ FLORES

CIN LECTURAS

Este libro es una obra de
investigación y de crítica
literaria, que trata de
los fundamentos de la poesía.



Editorial de la Universidad de Chile
Santiago, Chile



Instrucciones para el mejor uso y aprovechamiento de este libro

El presente texto está confeccionado expresamente para servir de lectura a los alumnos de quinto y sexto grados. La mayor parte de las lecciones que contiene están escritas a designio y la porción compilada de otros autores; ha sido cuidadosamente elegida, para evitar la trivialidad sin caer en lo ininteligible para los niños.

Nuestro criterio es que la lectura, además de la función particular que le atañe, debe ser un auxiliar constante de las materias que son objeto de la enseñanza diaria, de tal suerte que un trozo leído venga a acrecer y a afianzar las nociones inculcadas por el maestro, según el horario, en un determinado día de clase. De esta manera, sin perder su carácter específico, la lectura concurre a consolidar y ensanchar los conocimientos. Así, el maestro que hubiere enseñado, por ejemplo, hidrografía de un país o de una región, a la siguiente hora hará leer la lección titulada: "Los Ríos". Dicha lectura, que desde luego no es un capítulo de geografía, agregará nuevas ideas a las que el niño acaba de recibir; pero ideas encaradas bajo otros aspectos, ya sea por lo pintoresca, ya sea por la generalización que encierran. Es evidente que la enseñanza logrará así su máximo de provecho.

Las leves dificultades terminológicas que deliberadamente intercalamos, tienen por objeto enriquecer el vocabulario. Se notará que algunas lecturas son más bien sugestivas, en función de narraciones truncadas, a fin de que el niño se interese por conocer mayores detalles sobre un hombre o sobre un hecho, y nazca en él el afán de instruirse; es decir, de leer.

No hay razón para que el maestro haga leer por riguroso orden de compaginación, según es costumbre; al contrario, cada día deberá indicar, para el siguiente, la lección adecuada a la enseñanza que se proponga impartir. Con ese objeto, las lecturas están numeradas. Inútil parece agregar que el maestro debe conocer previamente el contenido del libro.

Cabe recordar que hasta el presente los niños de nuestras escuelas no han podido utilizar el libro de lectura del modo que indicamos, pues los textos en boga son colecciones de escritos literarios que superan la capacidad de los educandos, lo que les quita todo interés y eficacia.

Por nuestra parte, fundados en una larga experiencia profesional, hemos compendiado en artículos breves aquellas nociones que a nuestro juicio los niños de quinto y sexto grados no deben ignorar, y que corresponde a la lectura proveerlas.





Invocación a la Patria

(De L. HERRERA)

Ayer el sacrificio; hoy el trabajo; mañana la gloria.

Tus héroes abrieron el surco; sus hijos fecundan la simiente; las generaciones del porvenir cosecharán la mies. Todo por tu grandeza: los corazones que te aman; los brazos que te defienden; los cerebros que te iluminan; las palabras que te bendicen; la ancianidad que te honra; la juventud que te venera; la niñez que te canta.

¡Inspíranos, oh madre, la abnegación que guardas en las tumbas de tus mártires; destila en nuestras almas las virtudes de tus patricios; enciende en nuestras mentes la antorcha de tu genio, para que nuestra jornada en la tierra sea por la paz, por la justicia, por la libertad, por el Evangelio de tu fe republicana, oh Patria inmortal de los argentinos!

Leopoldo Herrera.—Maestro y periodista argentino contemporáneo.



2

El libro y su lectura

(De N. AVELLANEDA)



Cuando oigo decir de un hombre que tiene el hábito de la lectura, estoy pre-dispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimentos emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos.

Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior. Leer es sobre todo asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal y puede decir que nada humano le es indiferente. La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales; no sienten

34
1911

la necesidad de salirse de sí mismos y estrecharse con los demás. Las personas indolentes no leen, pero ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro, ni dependen de su voluntad. Entre tanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar.

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma, y Montesquieu ha escrito en sus "Pensamientos" que jamás tuvo un pesar que no lo olvidara después de una hora de lectura.

El libro es enseñanza y ejemplo; es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipan; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan el camino a través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida.

El joven oscuro puede subir hasta el renombre imperecedero, conducido, como Franklin, por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno el testimonio de su vida íntima; es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y cerca del corazón. Así la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en los días felices, en el conjunto de sus bellas visiones, desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo substraerme a lo que me rodea y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. Lo que pasó está

presente, y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento ~~enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.~~

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente de la tradición del espíritu humano, pues le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores antes que vayan en perjuicio nuestro a los otros, a convertirse en nuevos actos.



Nicolás Avellaneda.—Nació en Tucumán en 1827 y murió en 1885. Fué Presidente de la República, gran orador, notable escritor y estadista.



3

San Martín



Es San Martín la más alta y preclara figura histórica de la patria. Nadie la sirvió con más abnegación ni la ilustró con más noble ejemplo de virtudes cívicas y privadas. “Fué grande como guerrero, fué grande como político y más grande aun como

hombre de bien”, ha dicho un escritor.

Sin más aspiración que la libertad de América, contrájose a esa causa con todas sus enérgias y su constancia; y cuando la independenciam fué alcanzada por los esfuerzos del guerrero y los ideales del ciudadano, supo retirarse de la vida pública sin aceptar los honores con que los pueblos agradecidos quisieron premiar sus extraordinarias acciones. Esta conducta, de la que son

capaces únicamente los hombres superiores, bastaría para asegurarle un sitio destacado entre los grandes espíritus que han honrado a la humanidad. El nombre del general San Martín es por eso uno de aquellos que los padres deben enseñar a sus hijos, como ejemplo de austeridad, entre los más esclarecidos de la historia humana.

Generoso en todas las circunstancias, San Martín jamás ejerció la venganza ni contra sus más empecinados enemigos, y fué tolerante con los errores ajenos, aunque era inflexible en el cumplimiento del deber, como soldado y como ciudadano. Herido a veces por la ingratitud de sus contemporáneos, ninguna pasión mezquina movió su ánimo, y sus labios jamás se abrieron para murmurar una queja o una protesta, pues vivió absorbido exclusivamente por la idea capital que le había llevado a sacrificar su tranquilidad, corriendo innumerables fatigas lejos de su hogar y de su familia, con aquella abnegación y aquel desvelo que los héroes ponen en la realización de sus obras. Sabido es, por otra parte, que nunca gustó recordar sus hazañas, y fué tal su desdén por toda clase de vanidades, que en su testamento dispuso que no se le hicieran honores fúnebres; quería bajar a la tumba sencillamente, según había vivido. Cuéntase que en una fiesta realizada en su homenaje por la sociedad de Lima, sólo valiéndose de una estratagema consiguió uno de sus amigos atraerle al balcón para recibir el aplauso de la muchedumbre que reclamaba su presencia.

Consciente de su misión militar, dijo en ocasión memorable que la presencia de un guerrero afortunado es peligrosa para la organización de los pueblos, y fué movido por esta convicción que

renunció al gobierno de Chile, primero, y luego al de Perú, países que acababan de proclamar su independencia con el esfuerzo del Ejército Libertador mandado por San Martín: rasgo de generosa hidalguía que los tiranos o los ambiciosos no concebirían y que ha servido para acrecer el renombre del prócer inmortal.

Alejado de la patria, vivió largos años en la soledad y en la pobreza. No obstante, su fama de militar experto y su amor por la causa de la libertad habían trascendido hasta el viejo mundo, por lo que mereció el insigne honor de ser llamado por el pueblo belga para que se pusiese al frente de sus ejércitos en la guerra que para conquistar la independencia emprendía contra Holanda, en 1838. Demás está decir que San Martín declinó aquel ofrecimiento, porque su calidad de huésped agradecido a la hospitalidad europea le impedía intervenir en cuestiones ajenas a su patria.

En Boulogne-Sur-Mer, donde murió, una estatua ecuestre perpetúa la memoria del más austero de los ciudadanos de América.



José de San Martín. — Nació en Yapeyú, provincia de Corrientes, en 1778 y murió en 1850.



Honradez cívica

(CARTA DEL GRAL. SAN MARTIN)

Grand Bourg, a 7 leguas de París, 30 de octubre de 1839.—Al Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina.

Por la honorable nota de 18 de julio del presente año se sirve V. S. comunicarme el decreto del Excmo. señor Capitán General de la provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, de mi nombramiento como ministro plenipotenciario cerca del gobierno de la república del Perú; esta prueba de alta confianza con que me honra S. E. ha excitado mi más vivo reconocimiento, y no correspondería a ella si no manifestase a V. S. las razones que me impiden aceptar tan honrosa misión.

Si sólo mirase mi interés personal, nada podría lisonjearme tanto como el honroso cargo a que se me destina: un clima que no dudo es el que más conviene al estado de mi salud; la satis-

facción de volver a ver un país de cuyos habitantes he recibido pruebas inequívocas de desinteresado afecto, pudiendo mi presencia en él facilitar en mucha parte el cobro de los crecidos atrasos que se me adeudan por la pensión que me señaló el congreso del Perú y que sólo las conmociones políticas, casi no interrumpidas en aquel país, no han permitido realizar: he aquí, señor Ministro, las ventajas efectivas que me resultarían aceptando la misión con que se me honra; pero faltaría a mi deber si no manifestase igualmente que, enroldado en la carrera militar desde la edad de doce años, ni mi educación ni mi instrucción las creo propias para desempeñar con acierto un encargo de cuyo buen éxito puede depender la paz de nuestro suelo.

Si una buena voluntad, un vivo deseo de acierto y una lealtad la más pura fuesen sólo necesarias para el desempeño de tan honrosa misión, he aquí todo lo que yo pudiera ofrecer para servir a la República; pero S. E. el señor gobernador conocerá, como yo, que estos buenos deseos no son suficientes. Hay más, y este es el punto principal en que, con sentimiento, fundo mi renuncia. Al confiarme S. E. tan alta misión, tal vez ignoraba o no tuvo presente que después de mi regreso de Lima el primer congreso del Perú me nombró generalísimo de sus ejércitos, señalándome al mismo tiempo una pensión vitalicia de 9.000 pesos anuales. Esta circunstancia no puede menos de resentir mi delicadeza, pensando que tendría que representar los intereses de nuestra república ante un estado a quien soy deudor de favores tan generosos, y que no todos me supondrían con la moralidad necesaria para desempeñarla con lealtad y

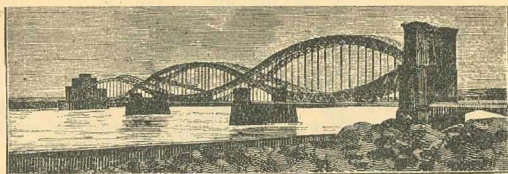
honor. Hay que añadir que no hubo un solo empleo en todo el territorio del Perú que ocupó el Ejército Libertador en el tiempo de mi mando, que no fuese quitado a los españoles, reemplazándolos por hijos del país. Esta circunstancia debe haberme hecho una masa de hombres reconocidos, lo que se comprueba sabiendo que, no obstante mi conocida oposición a todo mando, no ha habido crisis en aquel Estado sin que muchos hombres influyentes de todos los partidos me hubiesen escrito para ponerme a la cabeza de aquella república. Con estos antecedentes, ¿cuál y qué crítica no debería ser mi posición en Lima? ¿Cuántos no tratarían de hacerme un instrumento ajeno a mi misión y en contrariedad con mis principios?

En vano yo opondría a este proceder una conducta firme e irreprochable; me sucedería lo que a mi llegada a Mendoza en el año 23, que los enemigos de la administración de Buenos Aires, en aquella época, me presentaban como el principal agente de la oposición, a pesar de la distancia que me separaba de la capital, y de mi conducta, la más imparcial.

He aquí, señor Ministro, las fundadas razones en que por primera vez y con sentimiento mío me veo obligado a no prestar mis servicios a la República, y que espero se servirá V. S. elevarlas a conocimiento de S. E., protestándole al mismo tiempo mi más vivo y sincero reconocimiento a la alta confianza que me ha dispensado.

Dios guarde a V. S. muchos años.

José de San Martín.



5

Los ríos

Los ríos son “caminos que andan”, ha dicho un gran pensador, refiriéndose a las facilidades de las comunicaciones entre los pueblos por medio de la navegación fluvial; además, porque son caudales de agua en continua corriente.

Las ciudades situadas en la orilla de los ríos son más prósperas que las mediterráneas, pues el transporte es más económico, más cómodo y más fácil que el terrestre. La historia nos enseña que las ciudades y pueblos que alcanzaron mayor grandeza estaban situados en las riberas de los ríos. Así, la antigua prosperidad de Egipto, y aun su riqueza actual, débense al Nilo. Sus inundaciones anuales fertilizan el suelo árido de ese país, y gracias a ellas puede cultivarse el trigo. En las márgenes del Nilo crecieron las ciudades populosas de Menfis, Cairo, Alejandría y Tebas.

En la Mesopotamia Asiática, formada por el Eufrates y el Tigris, florecieron Nínive, Babilonia, Bagdad y Basora, ciudades todas que las crónicas antiguas nos muestran llenas de maravillas, y que despertaron con su opulencia la codicia de los conquistadores, quienes a fuerza de devastarlas las han trocado en ruinas memorables.

En la India existe el río Ganges, sagrado pa-

ra los habitantes de aquella región. A lo largo de sus costas se alzan importantes ciudades, como Patna y Benarés, célebres por las muselinas que sus habitantes tejen y tiñen primorosamente. En los territorios bañados por el gran Misisipí y sus afluentes, se desarrollan las principales riquezas de Estados Unidos. En Europa, en las riberas del Rin y del Danubio florecen importantísimos centros de población. En la República Argentina se encuentra el caudaloso Paraná, nombre que en guaraní significa "río como mar". Baña las provincias llamadas del litoral y es la principal vía de navegación interior. En sus riberas van desenvolviéndose ciudades que llegarán a ser populosos centros industriales y comerciales. Hállanse en ese caso Rosario, Santa Fe, Diamante, Paraná, Goya, Corrientes y Posadas.

Nacen los ríos en las sierras y mesetas, y siguiendo el declive del suelo, van a desembocar en otros ríos, en los lagos y lagunas o en el mar.

Los trayectos que recorren y las cuencas que abarcan se distinguen por la fecundidad de la tierra, lo que como consecuencia favorece la agricultura, uno de cuyos elementos primordiales es el agua.

Los ríos que bajan de las montañas nevadas aumentan el caudal de sus aguas durante el verano, a causa del deshielo. El lecho de algunos cambia de dirección constantemente, y en nuestro país el Salado del Norte se va desviando cada vez más de su antiguo curso.

Los ríos tienen además la ventaja de poder ser utilizados como fuerza motriz; la corriente es una energía poderosa y económica; se la llama fuerza hidráulica.



La conversación

(De LA ROCHEFOUCAULD)

La causa de que tan pocas personas sean agradables en la conversación, obedece a que cada uno piensa más en lo que quiere decir que en lo que dicen los otros. Hay que escuchar a los que hablan, si se quiere ser escuchado por ellos; hay que dejarlos en libertad de hacerse oír y hasta de decir cosas inútiles. En vez de contradecirlos o interrumpirlos, como se hace con frecuencia, débese, por el contrario, entrar en su espíritu y en su gusto; indicar que se les entiende, hablarles de lo que les importa, alabar lo que dicen tanto como merezca ser alabado y hacer ver que se les alaba más por satisfacción que por complacencia.

Hay que evitar el contestar sobre cosas indiferentes; hacer raramente preguntas que casi siempre son inútiles; no dejar nunca creer que se pretende tener más razón que los otros, y ceder con facilidad la ventaja de decidir. Se debe decir cosas naturales, fáciles y más o menos serias, según el carácter y la inclinación de las personas con quienes se habla, y no apremiarlas para que

aprueben lo que se dice y ni siquiera para que respondan a ello. Conviene evitar el hablar largo tiempo de sí mismo, y el ofrecerse como ejemplo.

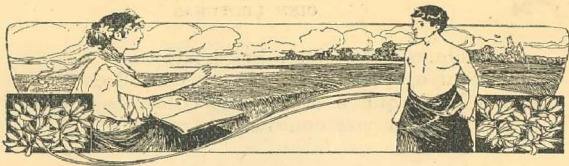
Hay cierta habilidad para no agotar los asuntos de que se trata y para dejar siempre a los demás algo que pensar y que decir. Nunca se debe hablar con aires de autoridad ni servirse de palabras y de términos más importantes que las cosas. Puede uno conservar sus opiniones, si son razonables; pero al conservarlas, jamás hay que herir los sentimientos de los otros, ni parecer asombrado de sus errores.

Es peligroso querer ser siempre dueño de la conversación y hablar con demasiada frecuencia de una misma cosa; se debe entrar indiferentemente a todos los asuntos agradables que se presenten y no hacer ver nunca que se quiere llevar la conversación a lo que se tiene deseos de decir.

Es necesario observar que toda clase de conversación, por muy honrada y muy espiritual que sea, no es igualmente propia para toda clase de gente; hay que escoger lo que conviene a cada cual, y hasta la oportunidad de decirlo.

Si hay mucho arte en saber hablar oportunamente, no hay menos arte en saber callarse. Hay un silencio elocuente: éste sirve algunas veces para aprobar y para condenar; hay un silencio burlesco y hay un silencio respetuoso. Hay aires, tonos y maneras que constituyen lo agradable o lo desagradable, lo delicado o lo chocante en la conversación.

Francisco La Rochefoucauld.—Nació en en 1615 y murió en 1680. Moralista francés, autor de las "Máximas".



A un joven ocioso

(De G. TORRES QUINTERO)

¿Qué has hecho tú por el progreso humano?
¿En dónde están tus obras, tus proyectos,
para hacer que el hermano ame al hermano,
para hacer a los hombres más perfectos?

Antes que tú, la humana inteligencia
ha procurado el bien por todas partes,
ha inquirido las leyes de la ciencia,
y dictado las reglas de las artes.

Otros antes que tú, modificaron
de toscos materiales la estructura,
y de sus manos hábiles brotaron
poemas diversos de admirable hechura.

La casa que te cubre con su techo,
el pan que tu existencia vigoriza,
el código que ampara tu derecho,
el arado que el campo fertiliza;

la tela que te viste, los cristales,
que al ojo vuelven el vigor perdido,
los hilos que a distancias colosales
de nuestra voz conducen el sonido;

hachas y yunques, libros y cinceles,
barcos, ferrocarriles, faros, puertos,
dinamos, telescopios y bajeles...
¡todo es herencia de los siglos muertos!

Y esa herencia es tu herencia: la recibes
intacta y libre de codicia y dolo.
A todos pertenece: a los caribes
lo mismo que al que mora junto al polo.

El legado inmortal de las edades
te convoca a luchar con ardimiento,
a ennoblecer con regias claridades
el don que te distingue: ¡el pensamiento!

Héroes hubo; su sangre derramaron
por darte patria, libertad y leyes,
hombres ilustres que por ti arrancaron
sus coronas y cetros a los reyes.

Esos los genios de la luz han sido;
por su labor la humanidad recobra
su nobleza y poder. Tú, ¿qué has traído?
¿Qué has hecho tú por merecer su obra?

Ya que por ti lucharon con exceso,
emprende de la gloria la jornada:
¡huye la ociosidad que te anonada!
¡acógete al trabajo y al progreso!



Edison



Tomás Alva Edison pertenece a esa categoría de hombres emprendedores, dotados de prodigiosa fuerza de voluntad y que alcanzan en la vida extraordinarios triunfos, elevándose de su condición humilde hasta la más alta consideración social.

Desde muy niño empezó a ganarse el sustento trabajando como vendedor de diarios en un ferrocarril. Animoso y activo, pronto fundó un pequeño periódico noticioso que vendía a los viajeros, redactado e impreso por él mismo, a cuyo objeto había conseguido que se le permitiera instalar en el furgón de equipajes una prensa de mano. Las pequeñas ganancias así obtenidas le sirvieron para satisfacer al cabo sus dos grandes ambiciones: comprar libros y hacerse de un laboratorio para sus experimentos, pues sentía vocación por el estudio de la física y la química, ciencias en las que, llevado por su genio, ha realizado prodi-

gios, desentrañando de la naturaleza las fuerzas ocultas cuya aplicación en la industria y en las artes contribuyen al bienestar material del hombre y acaso a labrar su felicidad. No sin razón sus conciudadanos de la gran República del Norte le llaman "El mago del Este", como un homenaje a la profunda sabiduría de tan insigne creador.

Sus primeros inventos referentes a aplicaciones del telégrafo, llegaron a despertar la atención de sus jefes, que le prometieron un porvenir seguro. Pero Edison no se dió por satisfecho con esta esperanza, y así anduvo peregrinando con suerte varia, hasta que estableció su residencia en Nueva York. Empleado allí en una compañía encargada de la construcción de líneas telegráficas, logró destacarse, inventando algunos aparatos para perfeccionar la transmisión y cuya importancia él mismo comprendió sólo cuando su jefe le propuso que los cediera en propiedad a la empresa por la suma de cincuenta mil dólares. Aceptada la venta, la fortuna del inventor quedó asegurada, pudiendo desde entonces dedicarse con independencia a sus tareas.

La lista de los inventos de Edison, todos de carácter útil y práctico, es larguísima, pudiendo asegurarse en este sentido que es el más grande benefactor de la humanidad. Para no citar sino algunos, recordaremos el fonógrafo, el tren eléctrico, la lámpara eléctrica, la lámpara eléctrica incandescente, el cinematógrafo perfeccionado y el telégrafo dúplex y cuádruplex, que permite transmitir dos y cuatro despachos simultáneos.

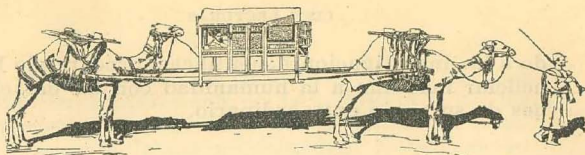
Edison es actualmente multimillonario; pero a pesar de su avanzada edad, vive siempre dedica-

vivo

procurar

do a las investigaciones científicas, procurando beneficiar más aún a la humanidad con las creaciones de su genio extraordinario.





Medios de locomoción

Los hombres actuales vivimos tan familiarizados con el tranvía eléctrico, el automóvil, el ferrocarril y el barco a vapor, que nunca, o muy raras veces, nos detenemos a considerar el enorme progreso que para la humanidad representan esos medios de locomoción. Diríase que desde tiempos inmemoriales nuestros antepasados viajaban ya con igual comodidad y rapidez.

Sin embargo, la verdad es bien diferente. El tranvía, el ferrocarril, el aeroplano, etc., son, puede decirse, actuales. Ellos implican el resultado del estudio y del esfuerzo humanos durante muchos siglos. La invención del ferrocarril data apenas de cien años, y en cuanto al automóvil, el tranvía eléctrico y el aeroplano, son de época aun más reciente.

Los medios de locomoción más usados en la antigüedad fueron la carreta y la silla de postas, para viajar por tierra, y los barcos, movidos a remo o a vela, para viajar por agua, pues la navegación a vapor fué conocida sólo a principios del pasado siglo. Los grandes transatlánticos que cruzan los mares dando la ilusión de ciudades flotantes y ofreciendo toda clase de comodidades al pasajero, son de nuestros días.

Se comprende fácilmente cuál sería, aun en

las naciones más civilizadas, la lentitud e incómodidad con que se viajaba y la demora que sufría el transporte de las cosas de un punto a otro, entorpeciendo el comercio y las relaciones entre los hombres.

En nuestro país, con su inmenso territorio casi desierto, las comunicaciones eran forzosamente difíciles y tardías. Las pesadas carretas que bajaban a Buenos Aires desde Tucumán y Mendoza, cargadas de frutos, empleaban para llegar a su destino tres y cuatro meses. Hoy, con el ferrocarril, se tarda apenas poco más de un día.

La rapidez de los modernos medios de locomoción, además del placer y la comodidad que procura, facilita el comercio, por la seguridad en los transportes y el ahorro de tiempo.

El tranvía, tan útil para las comunicaciones locales, que al principio fué movido a sangre y luego a electricidad, es uno de los servicios públicos indispensables en toda ciudad moderna. En cuanto al aeroplano, que es la más brillante conquista de la mecánica, recién comienza a ser utilizado como medio de transporte, pero es indudable que pronto constituirá el más importante factor de las comunicaciones, en razón de su mayor rapidez. La invención del aeroplano es uno de los mayores prodigios de la inteligencia, pues ha dado al hombre el dominio de los aires.

Fácilmente puede estimarse el progreso de las naciones por la extensión de sus medios de locomoción modernos.

¿Os imagináis el adelanto que significa viajar en un espléndido coche de ferrocarril, en vez de hacerlo en lomo de mula o de caballo, como lo hacían nuestros abuelos?



10

Las manchas

(De CARLOS WAGNER)

¿Les gustan a ustedes las manchas? A mí no. Una mancha no está bien en ninguna parte. Y, sin embargo, el mundo está lleno de ellas y cada uno aumenta su número por negligencia y maldad. Ahí están, primeramente, las manchas en los libros y en los cuadernos. Sus padres les compran libros nuevos; empecemos por decir que recién salidos de la librería se parecen como hermanos y están igualmente limpios. Dejemos pasar un mes y veámoslos otra vez. ¡Qué diferencia! La gramática de Margarita está todavía limpia e inmaculada como si recién saliese de las manos del vendedor. Ni adentro ni afuera se encuentra la menor huella de dedos, de grasa o de tinta. Ninguna página está arrugada.

Aquí está la gramática de Ernesto; adorna las tapas, con poca gracia, una redonda mancha color borra de vino. Seguramente esta gramática

ha servido de platillo para la copa. Las esquinas están roídas de una manera que indica a las claras que han sido llevadas a la boca. Han hecho, pues, oficio de biberón. En el interior alternan la blancura del papel, la huella del pulgar, las manchas de tinta y algunas rayas trazadas con pluma y con lápiz. Se pensaría que este libro ha servido a muchas generaciones de alumnos. ¿Podemos afirmar que Ernesto ha usado tanto su libro con motivo honroso, es decir, estudiando? No; Ernesto se ha servido de su libro para todos los usos, sin excluir las peleas con sus compañeros; pero lo utiliza muy raras veces para aprender.

Una mancha es un mal signo, un certificado de descuido y falta de aseo. Un niño que se reseta, cuida su ropa y sus útiles. En general, los que son limpios en ellos mismos, respetan también los sitios por donde pasan, los muebles que ocupan, las casas en que habitan. Arrojar lodo en un cartel o en la pared recién pintada, es un placer favorito del desaseado, y está en su gloria si consigue manchar el blanco vestido de una niña o el pantalón nuevo de su compañero.

Las virtudes de las madres están escritas en el rostro, las manos y la ropa de sus hijos. Cuando estos conozcan la vida y sepan lo que cuesta velar y penar para tener limpios a los hijos, opinarán conmigo que una madre de familia tiene que emplear más aliento y más energías, sin cesar renovadas, que los que emplea un soldado en el campo de batalla. Una batalla sólo dura algunas horas; pero el esfuerzo de esa mujer dura años y exige una vigilancia en todos los instantes. Todas éstas son cosas de las cuales conviene acordarse, lo mismo que de las siguientes: el término

mancha ha pasado de lo material a lo espiritual. Se dice: hay una mancha en el honor de ese hombre o en la conciencia de este joven. Lo cual significa que son culpables de faltas graves.

El alma de un hombre se mancha como una tela. Por sus acciones viles, sus cobardías, sus maldades, su falta de probidad, su avaricia, sus gustos perversos, un hombre se hace despreciable. Todos estos términos: hundirse en el vicio, cubrirse de oprobio, etc., son imágenes naturales de una vida detestable.

Pero—y esto es consolador—una mancha se puede limpiar. Hay algunas imborrables, pero son las menos. Existe una multitud de procedimientos para quitar las máculas de los géneros y las del alma. Esta limpieza es muy interesante. Me parece que los que lavan son más estimables que los que ensucian. Ensuciar es cosa que puede hacer cualquier torpe; pero limpiar es la tarea de manos hábiles y laboriosas.





Las montañas

Los sacudimientos internos han producido en la superficie del globo terrestre depresiones y elevaciones, dando lugar, las primeras, a la formación de los mares, ríos, lagos y lagunas, ya que el agua busca siempre el nivel más bajo, y las segundas, a las mesetas, montes y montañas, llamándose de este último modo cuando las alturas son tan considerables que acumulan nieves en sus cumbres.

En medio de las cadenas de montañas se destacan los picos y volcanes a semejanza de las torres que sobresalen por encima de las ciudades. Desde las cumbres, las montañas descienden en declives llamados pendientes o faldas. Hasta los 3.000 metros de altura, poco más o menos, las faldas poseen vegetación; más arriba están las rocas desnudas y la región de los hielos, donde la vida desaparece. Únicamente la habitan las águilas y los cóndores, señores del espacio sin límites y de la inmensidad silenciosa, desde cuyas alturas vigilan y acechan la presa que en los valles se les ofrece. Los ríos y arroyos que bajan a perderse en la llanura, o a desembocar en el mar, tienen su origen en las pendientes de las serranías. Se preguntará: ¿cómo es que se expe-

rimenta más frío a medida que se escala una montaña, si entonces nos acercamos más al sol, que es el foco de la luz y del calor? Ocurre así, porque la temperatura depende del calor que el aire almacena, siendo mayor aquél cuanto más densa es la atmósfera. Quiere decir que si el aire que se encuentra a ocho o diez mil metros de altura tuviese la misma densidad del que nos envuelve, en la cima de las montañas el calor sería tan elevado como en las llanuras tropicales. Es sabido que la atmósfera es más densa sobre la superficie misma del suelo, rarificándose al paso que de ella se aleja.

Durante el verano, parte de la nieve que cubre la cima de las montañas se licúa, ocasionando el deshielo. Entonces el agua baja impetuosamente de las alturas y aumenta el caudal de los ríos y arroyos. A veces la corriente arrastra lodo, nieve y piedras, originando lo que se llama un alud.

En los valles el clima es saludable, y las tierras de esos lugares se prestan al cultivo de la vid y de los frutales.

El montañés u hombre de las montañas se caracteriza por su temperamento más bien rudo y fuerte, pues es sabido que el medio físico influye poderosamente en el carácter de los habitantes. Por eso la poesía montañesa tiene mucho de misterioso y melancólico, como si esos inmensos bloques de granito, esas empinadas cúspides que en la noche imitan espectros amenazadores, infundieran en el espíritu de los moradores un hálito de superstición y de miedo. Los vientos que recorren las hondonadas, los múltiples rumores de los valles y el canto de las aves nocturnas que abando-

nan las grutas, dan al paisaje de la montaña magnificencia y sublimidad.

Por otra parte, las montañas ofrecen innumerables paisajes de imponente belleza; ya es un pico que se hunde en las nubes, ya un abismo profundo que penetra en la tierra; ora un desfiladero tortuoso, o faldas arboladas y valles cubiertos de lozana vegetación. Y mientras la llanura es monótona y uniforme, las montañas presentan múltiples aspectos que recrean el espíritu, cuando no lo espantan con sus temblores y terremotos.

Las montañas, además, encierran en su seno innumerables riquezas minerales. En este sentido, la naturaleza ha sido excepcionalmente pródiga con nuestro suelo.





La verdadera ciencia de la vida

(CUENTO ARABE)

Cuentan que en una ciudad vivía un joven que era animoso y estudioso. Y aunque nada faltara a la felicidad de su vida, le poseía el deseo de aprender siempre más. Un día, merced al relato de un viajero, le fué revelado que en cierto país lejano había un sabio, que era el hombre más virtuoso del mundo. Y se enteró de que aquel sabio, a pesar de su fama, ejercía sencillamente el oficio de herrero, que su padre y su abuelo habían ejercido antes que él.

Cuando hubo oído estas palabras, entró en su casa, cogió sus sandalias, su alforja y su báculo, y abandonó inmediatamente la ciudad, encaminándose al país lejano donde vivía aquel maestro, con objeto de ponerse bajo su dirección y adquirir un poco de sabiduría.

Y anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches, y después de muchos peligros y fatigas llegó a la ciudad del herrero, presentándose a él, cuya tienda le habían indicado todos los transeun-

tes. Y luego de besarle la orla de su traje, se mantuvo de pie delante de él en actitud de respeto. Y el herrero, que era hombre de edad, con rostro apacible le preguntó:

—¿Qué deseas, hijo mío?

—¡Aprender, maestro!—contestó el joven.

El herrero, por toda respuesta, le puso entre las manos la cuerda de la fragua y le dijo que tirara de ella. Y el nuevo discípulo contestó con el oído y la obediencia, y al punto se puso a tirar de la cuerda, sin interrumpir el trabajo hasta la puesta del sol. Y al día siguiente hizo lo mismo, así como en los días posteriores, durante semanas, meses y todo un año, sin que nadie en el taller, ni el maestro ni los numerosos discípulos, cada uno de los cuales tenía una tarea tan ruda como la suya, le dirigiesen una sola vez la palabra, y sin que nadie se quejase de aquel duro trabajo silencioso.

Y de tal suerte pasaron cinco años, hasta que un día el discípulo se aventuró muy tímidamente a hablar, y dijo:

—¡Maestro!

El herrero interrumpió su trabajo, y en el límite de la ansiedad, hicieron lo mismo todos los discípulos. Y el herrero, en medio del silencio, se encará con el joven y le preguntó:

—¿Qué quieres?

Y el otro dijo:

—¡Ciencia!

—Tira de la cuerda, contestó el herrero, y sin pronunciar una palabra más, reanudó el trabajo.

Y transcurrieron otros cinco años, durante los cuales, desde por la mañana hasta la noche, el discípulo tiró de la cuerda, sin cesar y resignadamente. Hasta que un día el viejo herrero se acercó

a él y le tocó en el hombro. Y por primera vez soltó el joven la cuerda de la fragua, y sintió una dulce emoción. Y el maestro le habló, diciendo:

—Hijo mío, ya puedes volver a tu país, llevando en tu corazón toda la ciencia del mundo y de la vida.

Y como el joven le mirase asombrado, agregó:

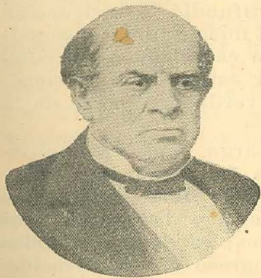
—Sí, toda ella la adquiriste al adquirir la virtud de la paciencia.

Y le dió un beso de paz. Y el discípulo regresó iluminado a su país, entre sus amigos, y vió claro en la vida.





Sarmiento



He aquí un extraordinario ejemplo de lo que pueden el talento y el estudio puestos al servicio de una voluntad firme, pues Sarmiento alcanzó las más altas dignidades de la Nación, habiendo sido en su origen completamente humilde. Se elevó luchando, porque ante todo fué un batallador genial. Ni las vicisitudes de su vida, ni los ataques de sus adversarios, ni las contrariedades de la fortuna influyeron en su ánimo para desviarlo de la ruta que se había trazado; antes bien, a cada adversidad, su temple de acero redoblaba el esfuerzo, como esos árboles gigantescos que parecen reafirmarse en sus raíces cuando los azota el vendaval.

Emigrado en Chile con numerosos compatriotas que huían de la dictadura, combatió a Rozas

por medio de la pluma, con inquebrantable ardor. A ese fin escribió el "Facundo" o "Civilización y barbarie", en cuyo libro se estudian las causas que dieron vida al caudillaje, del que Rozas y Quiroga eran los más genuinos representantes.

En medio de esa lucha tremenda, Sarmiento se ocupaba de la educación pública. Visitó los Estados Unidos, estudiando la organización escolar de aquel país, ya adelantado entonces, y vuelto a la patria, su primer intento fué crear escuelas sobre el modelo de las que había visitado. Y lo realizó. La presidencia de Sarmiento es memorable por ese afán con que difundió la instrucción pública, habiendo escrito él mismo libros apropiados a la enseñanza, de que carecíamos por completo en aquel tiempo. Por estas obras se considera a Sarmiento como el verdadero padre de la escuela argentina.

No se crea, sin embargo, que sus actividades se concretaron a la fundación de escuelas; se ocupó, además, de ferrocarriles, de paseos públicos, de hospitales y de monumentos que embellecen las ciudades; es decir, de todos aquellos exponentes del progreso y la civilización.

Fué un notable y temible periodista y un fecundo escritor. Sus obras completas abarcan más de cincuenta volúmenes y en ellas se encuentran inagotables enseñanzas de la historia argentina, de los hombres y de los hechos de su época. En todos sus escritos y discursos, que se refieren a las más diversas cuestiones, nótanse las huellas de su genio.

Los hombres más ilustrados, cuando se encontraban frente a Sarmiento en una discusión, sentíanse débiles, no sólo porque reconocían gran-

de autoridad a sus opiniones, sino porque tenían las réplicas chispeantes de ingenio con que solía anonadar a sus adversarios. Así, en cierta ocasión, a un joven diputado que le reprochaba sus errores, contestóle: “Usted, señor, no ha cometido faltas en su vida porque nunca ha hecho nada”.

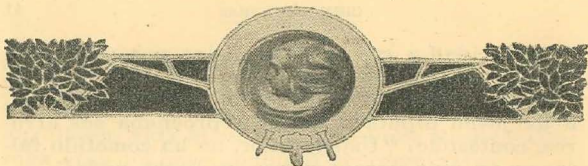
Mas, a pesar de su temple varonil y enérgico, poseía un alma bondadosa, sensible a la belleza y a la ternura.

En “Recuerdos de Provincia” se hallan páginas admirables por el sentimiento que reflejan; páginas dedicadas al hogar y a la madre, de quien fué devotísimo.

En ellas se alcanza a comprender cómo la energía del carácter, la rectitud de las acciones y la inflexibilidad en el cumplimiento del deber, no están reñidas con la bondad del corazón, que en definitiva es el más precioso blasón que pueden mostrar a la posteridad los hombres ilustres.



Domingo Faustino Sarmiento.—Nació en San Juan en 1811 y murió en Asunción del Paraguay en 1888.



Las virtudes de mi madre

(De SARMIENTO)

Mi niñez no tiene historia. Incidentes aislados, de la más desabrida insignificancia unos, conmovedores otros, alternan aquí y allá en ese páramo en que hay tan grandes vacíos, tan mudos como la virgen ignorancia de una existencia anterior.

Ocho o diez recuerdos es todo lo que queda de diez años de vida. De esos, uno que otro, aun hoy mismo, hacen cubrir mi rostro de leve rubor, por su presuntuosa ridiculez. ¡Y yo que de niño los creía trofeos de mi orgullo! Trastrocados por los años los valores y los tipos de mi estimación, ¡qué mísera me parece tanta cosa que antes admiré! Mejor así; eso es vivir, mudar juicios, renovarse. Soy otro hombre que nada tendría que ver con su pasado, a no ser por unas cuantas virtudes inmovibles que son como vértebras de todos mis actos.

Sin embargo, tengo patente y joven un recuerdo cuya limpia y blanca hermosura no sería

ensombrecida por ningún poema. De esa penumbra de mi niñez surge como en la bruma de una tarde húmeda la pálida claridad del lucero. X

En esas noches transparentes, trémulas de ligeras brisas, que nos depara el cielo de mi San Juan nativo, solía mi madre llevarme en su compañía de paseo por la Alameda, buscando apacible diversión a las preocupaciones de su espíritu, pausa a la fatiga de todo un día de labor de telar, y alivio a la postración que da el calor diurno de esa tierra tan abundante de aire caliente, como negada de agua y espontánea vegetación. Ibamos, pues, a aquel nocturno sitio de esparcimiento, pensativa y lenta la mujer venerable, yo a su lado.

Temblaban las frondas con tenue rumor; sobre la cima de los árboles, el firmamento; débiles faroles brillaban entre el follaje, y siluetas lentas pasaban hablando en voz baja. En la tranquilidad de la noche de verano, sobresaltada por un lejano mugido, saturada de olor a césped, misteriosa como una mirada, al lado de mi madre que caminaba quieta la cabeza, reposado el paso, majestuoso el porte, una súbita gravedad me invadió por primera vez en la vida; de tan honda, parecióme sentirme libre de todos los reatos vulgares como si una nueva conciencia, caída la otra, acabase de entrar en mí. Desde entonces, cuando veo una alameda, asocio a ella la figura de la mujer más noble, y evoco aquella infantil emoción, que fué como un descubrimiento de mí mismo.

He hablado de mi madre. ¡Hija amada del deber, visión tranquila y mano segura en medio de la borrasca, columna de mi casa! Doña Paula Albarracín Sarmiento era matrona de alma justa, innatamente equilibrio, genuinamente pura y fuer-

te, como el oro y como el hierro. Las virtudes domésticas fueron collar de su alma. Tarda y parca en el hablar, mesurada en su juicio, siempre definitivo; rica en razones pero más rica de obras. Empañaba su mirada una veladura de fatalidad, y la frente prominente, que raros cabellos lisos coronaban, sostenía un aspecto austero, y una casi majestad imprimían sus rasgos secos, enérgicos, netos, como si estuviesen consagrados al sufrimiento y a la paciencia altiva.

Castigada de la suerte, nunca la queja se le hizo afuera, sino el nuevo propósito y la esperanza nueva: el dolor la nutría. En la pobreza que como continua tormenta golpeó las puertas de su casa, ella tuvo, la admirable, el don de desconcertarla con su industria y de dignificarla con su hidalguía, que en ninguna hora vió desmentir.

Careciendo de pan para su boca, era generosa; huérfana de escolar cultura, pudo humillar a la sabiduría. Lo que soy es por ella: y soy la menor de sus obras.





Extasis

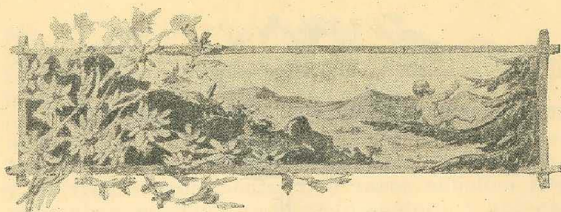
(De A. NERVO)

Cada rosa gentil, ayer nacida,
cada aurora que apunta entre sonrejos,
dejan mi alma en el éxtasis sumida...
¡Nunca se cansan de mirar mis ojos
el perpetuo milagro de la vida!

Años ha que contemplo las estrellas
en las diáfanas noches españolas,
¡y las encuentro cada vez más bellas!
Años ha que en el mar, conmigo a solas,
de las olas escucho las querellas,
¡y aun me pasma el prodigio de las olas!

Cada vez hallo a la naturaleza
más sobrenatural, más pura y santa.
Para mí, en rededor, todo es belleza
y con la misma plenitud me encanta
la boca de la madre cuando reza,
que la boca del niño cuando canta!...

Amado Nervo.—Inspirado y célebre poeta mejicano. Nació en 1870 y murió, en Montevideo, en 1919.



- Las flores -

¿Quién no ha admirado un jardín? ¿Quién no se ha detenido junto a un parque donde ostentan sus múltiples galas las más variadas y preciosas flores? Más aún: el que haya tenido la oportunidad de atravesar los campos durante la primavera y el verano, habrá podido observar en medio de la grama una multitud de puntos coloreados: son las florecillas que adornan el paisaje de la campiña. Y una más atenta observación habrá descubierto, sin duda, numerosos árboles floridos; ora los frutales de cultivo, como el duraznero y el naranjo; ora los silvestres, que también florecen antes de fructificar, pues como es sabido, del seno de las flores nacerán luego el fruto y las semillas.

Las flores constituyen un hermoso don de la naturaleza; los colores que lucen son infinitos y el pintor más hábil no lograría imitarlos con precisión; las formas de las corolas y la disposición de los pétalos son tan caprichosas en su variedad, que examinándolas nos hallamos siempre en pre-

sencia de bellezas que admirar y de matices singulares que no habríamos imaginado.

¿Y qué diremos del perfume? También éste varía al infinito, desde la suavísima fragancia apenas perceptible para el olfato, hasta el aroma fuerte y penetrante, a veces desagradable. Muchas flores, sin embargo, carecen de perfume, o por lo menos nuestros sentidos no alcanzan a percibirlo.

El color de las flores obedece a una ley natural de defensa y de conservación de las plantas. Merced a él son atraídas las aves y los insectos sobre las corolas, lo que facilita la propagación del polen, que va a poblar el suelo con nuevas plantas. En efecto, el ave y el insecto, especialmente las mariposas y las abejas, al posarse en las flores para libar el néctar, mueven y desparraman el polen, que el viento se encarga de esparcir, o bien ellas mismas conducen a otras flores, en sus patitas y en sus trompas, operación que facilita la fecundación y multiplicación de las especies vegetales.

Aparte el placer que ofrecen al espíritu mediante su aroma y la armonía y belleza de sus colores, las flores prestan grandes utilidades en la industria de la perfumería y en la medicina.

La jardinería moderna ha realizado prodigios en el cultivo de las flores, produciendo nuevos tipos, admirables por la combinación de los matices.

Las más vistosas y fragantes son oriundas de los climas cálidos; pero las regiones frías también poseen las suyas características. Algunas son simbólicas, como la del loto, la del cerezo y la del almendro, muy estimadas entre los japone-

ses, que les rinden respetuosa veneración. Hay otras flores que caracterizan las estaciones, siendo notable ejemplo la del duraznero, que anuncia los días templados y luminosos de la primavera.

X Poblar de flores los huertos y las ventanas es una manera de embellecer la vida y de cultivar la bondad del corazón.

X





La familia

Difícilmente el hombre solo, aislado de sus semejantes, podría subsistir: sucumbiría pronto en la lucha que debe sostener contra las fieras y contra las inclemencias del tiempo. De ahí proviene la necesidad que siente, como asimismo gran número de animales, de vincularse a sus semejantes y vivir en compañía: llámase a esto instinto gregario.

La ayuda mutua hace menos penosa la existencia, pues el trabajo se reparte entre los individuos, produciendo cada uno para la colectividad. Así, el fabricante de tejidos proporciona vestidos, mientras el panadero hace pan y el zapatero calzados, trabajando para todos.

La sociedad de los hombres comienza por la familia. Esta es una asociación en pequeño, constituida por padres e hijos, agregándose los nietos, abuelos y otros parientes que a menudo viven bajo un mismo techo o sometidos a la protección de un jefe común.

El gobierno de la familia lo ejercen por derecho natural el padre y la madre; aquél trabaja

para proveer a las necesidades del hogar y ella se ocupa de los quehaceres domésticos y del cuidado de los hijos. Todos ellos, padres y descendientes, están vinculados por el afecto, la obediencia y el respeto recíprocos, sentimientos en que se funda la armonía y la felicidad de la familia.

Los grupos de familias que viven en un mismo lugar forman una sociedad mayor, que toma el nombre de aldea, villa o ciudad, según su importancia. Y muchas ciudades, vinculadas por el idioma, las costumbres, la historia y los intereses comunes, constituyen una nacionalidad. Si ésta ha conseguido su independencia política, como la Argentina desde 1816, toma el nombre de Estado, cuyo atributo es la soberanía.

Se llama patria potestad al derecho que para ampararlos tienen los padres sobre sus hijos. Pero el Estado puede limitar o suprimir ese derecho cuando la mala conducta de los padres o su incapacidad impliquen un peligro para la educación de los hijos.

Del mismo modo, los malos hijos, desobedientes o viciosos, pueden ser separados de la familia y reclusos en establecimientos especiales de corrección.

Un buen hijo supone un buen ciudadano de la república, mientras que el mal hijo es una amenaza constante para la sociedad que lo ampara.

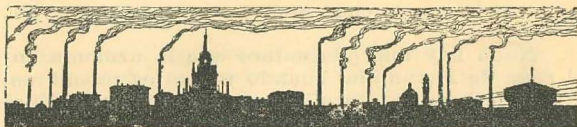
En los pueblos, la autoridad encargada de la administración y del orden público imita al gobierno del padre de familia, porque la comunidad social es el reflejo de la comunidad doméstica, o sea del hogar.

Nada hay más placentero que la armonía en el seno de la familia, cuando todos los miembros que la componen se profesan cariño y respeto. Ella produce la dicha, que trascendiendo a la sociedad, hace a ésta feliz. Pero esto no puede lograrse sino a condición de que cada uno obre rectamente, ajustando su conducta al orden, a la verdad y a la justicia.

Cuanto más ilustradas sean las familias, tanto más culta y progresista será la sociedad.

Precisamente la escuela persigue esta finalidad, educando e instruyendo a los niños, para que en el futuro puedan organizar sus hogares con bondad y prudencia.





Franklin



Hijo de un modesto tintorero de Boston, Benjamín Franklin llegó a adquirir riqueza y celebridad merced a su amor por el estudio y a su inflexible voluntad para realizar obras en provecho del bien común. Comenzó siendo fabricante de velas de sebo, luego fué ~~impresor~~ y después fabricante de papel. Cuando Estados Unidos, su patria, se levantó en armas contra Inglaterra por la causa de su libertad, fué Franklin uno de los ciudadanos que mayores servicios prestó a la independencia.

Más tarde dedicóse al estudio de los fenómenos físicos, inventando el pararrayos; además, con sabios consejos contribuyó eficazmente al progreso moral de su país.

Fué un filántropo; preocupado constantemen-

te de la felicidad de sus semejantes, propagó numerosos principios que él había utilizado con eficacia para labrar su prosperidad personal por medios lícitos. Franklin no omitió esfuerzos para aficionar a sus compatriotas a las artes útiles al mejoramiento de la vida. Contribuyó a formar la primer biblioteca pública y el primer hospital, mientras les enseñaba las ventajas de la higiene y del alumbrado, sosteniendo que la felicidad de los hombres no es tanto el gran caudal, que rara vez se consigue, como los mil pequeños goces que todos los días se reproducen.

Vivió y murió rodeado de la admiración y la gratitud de sus contemporáneos, que supieron reconocer en él no solamente al sabio, sino también al ciudadano honesto y patriota, al hombre austero y generoso. Por su sagacidad, dice un escritor, por su conducta discreta, por su rectitud inalterable, por su amor al bien público, se iba labrando poco a poco el modesto impresor de Filadelfia, sin saberlo él mismo, el puesto elevado y el papel considerable que le reservaban los acontecimientos. Por digno de estimación que fuera entre los suyos, hubiera sido difícil adivinar en aquella fecha en Franklin al hombre de quien un día debía decir otro gran espíritu, en la Cámara de los Lores, que no sólo honraba a la raza inglesa sino al linaje humano.

La siguiente carta escrita en 1784 al señor Benjamín Webb, revela los sentimientos de Franklin y prueba cómo es posible hacer bien con poco dinero. Héla aquí:

“Muy señor mío: He recibido la carta de usted del 15 del corriente y el estado de cuenta que la acompaña. La pintura que me hace de su si-

tuación me affige por demás. Adjunto hallará usted un billete de diez luises. No es mi intención “dar” a usted esa cantidad: solamente se la “presto”. Cuando usted vuelva a su patria con buena reputación, probablemente tomará interés en algún negocio que le pondrá en estado de pagar todas sus deudas; en tal caso, si encuentra un hombre de bien que se halle en una situación semejante a la de usted ahora, me pagará prestándole la misma suma, y le ordenará que satisfaga su deuda con otra operación semejante luego que se halle en estado de poder hacerlo y encuentre para ello igual ocasión. Espero que de este modo los diez luises pasarán por muchas manos antes de caer en las de un pícaro que quiera detener su curso. Este es un artificio de que me valgo para hacer mucho bien con poco dinero, pues como no soy bastante rico para destinar mucho a las buenas obras, por lo mismo me veo obligado a usar de ~~ardides~~ para hacer lo más posible con poco. Deseando que no olvide mi encargo y que su futura prosperidad sea inalterable, quedo de usted muy seguro servidor.—**B. Franklin.**”



Benjamín Franklin.—Nació en Boston en 1706 y murió en Filadelfia en 1790.



El ahorro

(DE S. SMILES)

El ahorro comenzó con la civilización. Principió cuando los hombres se vieron en la necesidad de proveer para el día de mañana, lo mismo que para el de hoy. Comenzó muchísimo antes de que se inventara el dinero. El ahorro significa la economía privada. Comprende la economía doméstica, el orden y el manejo de la familia.

Mientras que la economía privada tiende a crear y promover el bienestar de los individuos, el objeto que se propone la economía política es crear y aumentar las riquezas de las naciones. La riqueza privada y la pública tienen el mismo origen. La riqueza se obtiene con el trabajo, se conserva con los ahorros y acumulaciones, y se aumenta con la diligencia y la perseverancia.

Los ahorros de los individuos forman la riqueza, o en otras palabras, el bienestar de toda nación. Por otra parte, el despilfarro ocasiona el empobrecimiento de los Estados. De manera

que toda persona ahorradora puede ser considerada como un bienhechor público. No hay discrepancia respecto de la necesidad de la economía privada; todos las recomiendan; pero en cuanto a la economía política, hay numerosas discusiones, por ejemplo en la distribución del capital.

La economía es un producto de la experiencia y de la educación. Sólo cuando los hombres llegan a ser prudentes, se hacen frugales. De ahí que el mejor medio para hacer previsores a los hombres y a las mujeres, sea el instruirlos.

Un gran número de hombres no proveen para el porvenir. No recuerdan lo pasado; sólo piensan en el presente. Nada guardan, gastan todo lo que ganan. No atesoran para sí ni para la familia. Pueden ganar crecidos sueldos, pero lo consumen todo. Esos individuos son constantemente pobres y caminan al borde de las privaciones. Lo mismo sucede con los países; los pueblos que consumen todo lo que producen, sin dejar provisión para las necesidades futuras, no tienen capital; como las personas pródigas, viven de manos a boca y siempre están pobres y miserables.

Las naciones que no tienen capital no tienen comercio; no tienen acumulaciones de qué poder disponer; de ahí que no tengan buques, marineros, diques, puertos, canales ni ferrocarriles. La laboriosidad económica está en el fondo mismo de la civilización del mundo.

Samuel Smiles.—Nació en Escocia (Inglaterra) en 1816 y murió en 1904. Sus obras principales son: "El carácter", "El ahorro", "¡Ayúdate", etc..



Elogio de los libros

(DE C. O. BUNGE)

I.—Reza el refrán popular: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. Sin embargo, las buenas o malas compañías, ocasionadas antes por las circunstancias de la vida que por verdadera afinidad suelen inducir en error cuando a los hombres se juzga. Dada la mayor libertad con que cada cual elige sus lecturas, más bien diría: “Dime lo que lees y te diré quién eres”. ¡Tan cierto es aquello de que los libros son los mejores y más adecuados amigos!

II.—Un libro es bueno cuando una vez leído, invita, por el placer o por el provecho que proporciona, a que se le relea. De ahí que sólo conservemos en la biblioteca lo que verdaderamente vale, echando al canasto, apenas hojeados, los libros insignificantes, los folletos ramplones, los periódicos de noticias. Tanto se ha escrito, que hay que seleccionar lo que vale la pena de guardarse. Una biblioteca para ser útil y manuable será sólo una colección de libros dignos de ser releídos. Una biblioteca es como un museo, donde no se admiten adesios ni mamarrachos, sin significación o be-

lleza, o como un arsenal donde sólo se guardan las armas que no fallan.

III.—Si leer es útil, releer es dos veces más útil. Un buen libro es como una catedral. La primera lectura equivale a un paseo alrededor del monumento; sólo penetramos en él al emprender las lecturas sucesivas.

IV.—Cuando te obsesione un mal pensamiento, lee un libro bueno. Cuando estés triste, lee un libro alegre. Cuando estés aburrido, lee un libro interesante. En fin, cuando la balanza de tu espíritu se desequilibre y caiga dolorosamente uno de sus platillos, pon en el otro un libro de peso y el fiel recuperará su equilibrio. La bondad, la alegría o el interés del libro que tengas entre las manos, te devolverá tu perdido estado de ánimo.

V.—Los animales se mueven, aman, piensan y aun tienen su lenguaje, más o menos como el hombre. La más verdadera diferencia y superioridad del hombre sobre los animales, está en saber leer.

VI.—Los antiguos decían: “Las palabras vuelan, los escritos quedan.” Nosotros, mejor informados, podríamos ampliar esa idea, diciendo: “Las palabras vuelan, los hombres mueren, las instituciones decaen, los imperios se derrumban, las piedras se pulverizan, y, a la vuelta de muchos miles de años, y acaso de centurias, sólo quedan los grandes libros.”

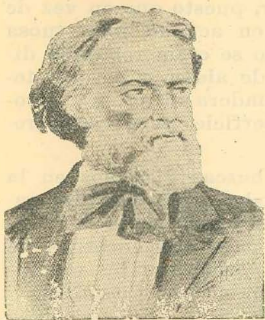
VII.—Lo que hace los grandes pueblos, más que el gobierno y el ejército, son los grandes libros.

Carlos Octavio Bunge.—Nació en Buenos Aires en 1875 y murió en 1918. Notable juriconsulto y polígrafo argentino. Dejó varias obras de gran mérito, como: “Teoría del Derecho”, “La Educación”, “Nuestra América”, etc..



El arroyo

(DE ELISEO RECLUS)



Para ~~saborear~~ todo cuanto ofrece de delicioso un paseo por la orilla del arroyo, es preciso que el defecto de la pereza haya sido vencido con el trabajo y que el espíritu cansado tenga necesidad de adquirir nuevo aliento, contemplando la naturaleza. El trabajo es indispensable para quien desea

gozar del reposo, lo mismo que el recreo cotidiano es necesario al obrero para renovar sus fuerzas. No habrá tranquilidad en el mundo, ni equilibrio estable en la sociedad, mientras los hombres, condenados en número infinito a la miseria, no tengan todos, después de la diaria tarea, un momento de descanso para renovar su vigor y mantenerse así con la dignidad de seres libres e inteligentes.

Juguetear por la orilla del agua es un reposo agradable y un poderoso remedio para no llegar al nivel de las bestias. Desde que leí no sé dónde que Escipión el Joven y su amigo Lelio gustaban distraerse paseando por la orilla de los arroyos, siento hacia ellos cierta simpatía. Es verdad que Escipión fué un guerrero que hizo matar y mató muchos hombres honrados que defendían su patria contra la invasora Roma, y saqueó e incendió ciertas ciudades; pero, a pesar de sus crímenes, que son los de todos los enemigos del hombre, no era un conquistador vulgar, puesto que en vez de exhibirse orgullosamente, en actitud majestuosa entre sus conciudadanos, no se creía rebajado divirtiéndose como un niño de aldea, y se entretenía lanzando pedazos de madera al agua y arrojando piedras sobre la superficie, para verlas rebotar.

Pero no es necesario buscar ejemplos en la antigüedad romana para poder gozar sencillamente de la naturaleza. No es tampoco necesario examinar polvorientos libros para convencernos de que es agradable y bueno pasear por las márgenes del arroyo contemplando su variado curso.

Todas las imágenes graciosas de sus saltos, de sus rizadas ondas y de sus bordados de espuma, nos reponen bien pronto de las fatigas del oficio o de las lasitudes del trabajo, reanimando el espíritu, hasta cuando la mirada fatigada vaga errante sobre las aguas sin fijarse en ningún objeto determinado. Por otra parte, la vista del arroyo nos fortifica y rejuvenece tanto más cuanto mayor y más variado sea el espectáculo que nos ofrece, cambiando cada época del año, cada mes y

hasta cada día. Gracias a la variación del paisaje que nos rodea, nuestras ideas se rejuvenecen también; el ambiente que nos circunda, satura nuestra vida de fuerzas nuevas.



Eliseo Reclus.—Nació en 1830 y murió en 1905. Sabio geógrafo francés, autor de la "Geografía Universal", "La Tierra y los Hombres", "El arroyo", "La Montaña", etc..



Moreno



Toda revolución necesita de espíritus robustos y enérgicos, capaces de convertir en hechos las ideas. La de Mayo era una empresa tan ardua, que muchos de sus iniciadores vacilaron en el momento de la acción, y fué entonces cuando surgió Moreno, animado de patriotismo y de fe en la justicia de su causa. Secretamente, pero con incansable actividad, trabajó con otros patriotas en la preparación del movimiento revolucionario que derrocaría al gobierno colonial. Realizada esta primera finalidad al constituirse la Junta, Moreno fué nombrado Secretario de ella, reconociéndose así las cualidades que adornaban al joven tribuno.

De clara inteligencia y asombrosa actividad, bien pronto fué Moreno el alma del nuevo gobier-

no y el verdadero propulsor de los acontecimientos que, en definitiva, darían por resultado la libertad de los pueblos de esta parte de América.

Admira la capacidad de acción de este espíritu, que en breve tiempo y solicitado por los graves problemas de la lucha armada, tuvo, sin embargo, la conciencia del bien general, iniciando obras de carácter permanente, como la creación de bibliotecas y la reglamentación de las funciones gubernativas. De ahí que la historia del progreso de los pueblos del Plata empiece con la actuación pública de Moreno, cuyos principios democráticos, concretados en sus escritos de la "Gaceta", sirvieron más tarde de cimiento a las columnas de nuestra nacionalidad.

Se le acusó de haber castigado con mano dura a los enemigos de la libertad; pero Moreno creía, tal vez con sobrada razón, que en los momentos de grandes peligros debe aplicarse medidas severas para salvar la patria. Y de eso precisamente se trataba, imitando Moreno con su actitud al mismo Cicerón, aquel famoso orador romano que al bajar del poder, acusado por la multitud de haber decretado el destierro de varios ciudadanos, por toda defensa contestó: "Juro que he salvado la república." Entonces el pueblo, reconociendo el patriotismo de ese gran hombre, en vez de condenarle, le aclamó y le honró.

La energía de Moreno arrasó con cuanto se oponía a los fines de la revolución, posponiendo todo otro designio al de la emancipación. Son memorables en este sentido aquellas palabras que escribiera en un momento de patriótica indignación, en un famoso decreto: "Ningún habitante de Buenos

Aires, ni ebrio ni dormido, debe tener inspiraciones contra la libertad de su país." Esta sentencia debiera inscribirse en los sitios públicos para ejemplo y aviso de gobernantes y pueblos, como asimismo aquella otra, cuando insistiendo en su renuncia del cargo de secretario, afirmaba: "El funcionario que ha perdido la consideración de sus conciudadanos, no debe permanecer ni un día más en el puesto que desempeña."

A medida que el tiempo avanza, la figura de Moreno se engrandece, siendo de lamentar que su temprana muerte privara a la república de las fecundas obras que su genio luminoso prometía.



Mariano Moreno.—Nació en Buenos Aires en 1778 y murió en 1811. Patriota, escritor y político.

10

JOSÉ MAZZANTI - I. MARIO FLORES

Cien Lecturas

Para 5° y 6° grados

Vª EDICIÓN



Precio de venta \$ 1.70

LL
1926
MAZ

10

JOSÉ MAZZANTI - I. MARIO FLORES

Cien Lecturas

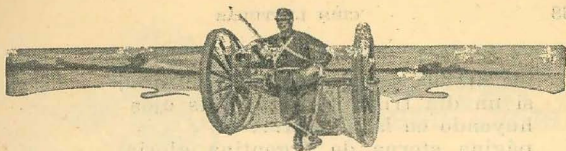
Para 5° y 6° grados

Vª EDICIÓN



Precio de venta \$ 1.70

LL
1926
MAZ



A mi bandera

(DE JUAN CHASSAING)

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de ti me arrastras,
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?

Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el ángel de la inmensa muerte,
te agitas y nos llamas!

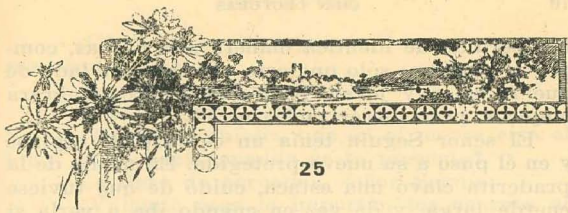
Allá voy, allá voy sobre las olas,
allá voy, allá voy sobre las pampas,
bajo el cañón del enemigo injusto,
a levantarte un trono en su muralla!

Ju

¡Ah, que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te verán mis ojos
huyendo en la batalla...
página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!



Juan Chassaing. — Nació en Buenos Aires en 1838 y murió en 1864. Poeta y patriota argentino.



La cabra del señor Seguín

(DE A. DAUDET)



El señor Seguín jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo. Una mañana, cuando menos lo esperaba, rompían la soga, escapábanse al monte y allá arriba se las comía el lobo. Ni la caricia de su amo, ni el miedo al lobo, nada las contenía. Parece ser que eran cabras independientes que anhelaban el aire libre y la libertad. El bueno del señor Seguín, que no comprendía el carácter de sus animales, estaba afligidísimo, y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, no conservaré ni una sola.

Sin embargo, no se desalentó, y después de ha-

ber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima; sólo que esta vez tuvo cuidado de que fuese muy joven, para que se acostumbrara mejor a permanecer en casa.

El señor Seguíñ tenía un cercado de espinos y en él puso a su nueva protegida. En medio de la praderita clavó una estaca, cuidó de que tuviese cuerda larga, y de vez en cuando iba a verla si estaba bien. La cabra era muy feliz, y rumiaba la hierba con tan buena gana, que el señor Seguíñ estaba contentísimo.

—¡Gracias a Dios—pensó el pobre hombre—que al fin hay una que no se aburrirá en mi casa!

El señor Seguíñ se engañaba: su cabra se hastió. Cierta día díjose ésta, mirando al monte:—“¡Qué bien se debe estar allá arriba! ¡Ay, qué gusto triscar entre malezas, sin esta maldita sogá que me despelleja el cuello!... ¡Quédese para el asno o para el buey esto de pastar en un cercado!... A las cabras nos hace falta mucho espacio.”

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se iba quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la sogá, con la cabeza vuelta hacia el monte, abriendo los agujeros de la nariz y balando con tristeza. El señor Seguíñ advirtió que a su cabra le pasaba algo, pero no sabía qué. Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra y le dijo en su idioma:

—Oiga usted, señor Seguíñ, me aburro en su casa; déjeme usted ir al monte.

—¡Ah, Dios mío!... ¡También ella!—gritó estupefacto el señor Seguíñ. Luego sentándose en la hierba junto a su cabra, le dijo:

—¡Cómo es eso, Blanquita! ¿Con que me quieres abandonar?

Y respondió Blanquita:

—Quiero ir al monte.

—¿No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo? ¿Qué harás cuando se te presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguín.

—¡Valiente cosa le importan los cuernos al lobo! Animales con mejores astas que tú se los ha comido. ¿Sabes lo que le pasó a la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año pasado, fuerte y astuta como un zorro? Se las tuvo tiesas con el lobo toda la noche, y después, a la madrugada, el lobo se la comió.

—¡Caramba, pobre Renata!... Pero eso no importa, señor Seguín; déjeme usted ir al monte.

—¡No; te salvaré a despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda, voy a encerrarte en el establo y no saldrás nunca de allí.

En seguida el señor Seguín llevó la cabra a un establo y cerró la puerta con dos vueltas de llave. Por desgracia, se había olvidado de la ventana; y apenas volvió la espalda, marchóse de allí la pequeña...

Quando llegó al monte, aquello fué un entusiasmo general. ¡Nunca había visto nada más bonito! Los añosos pinabetes la recibieron como a una reinicita. Los castaños bajaban hasta el suelo sus copas para acariciarla con la punta del ramaje. El monte entero la festejó. ¡Cómo estaba de contenta nuestra cabrita! No más cuerda, no más estaca. Nada que la impidiese triscar y pacer

a su antojo. ¡Allí sí que había hierba! ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituida por mil plantas. ¡Qué diferencia con el césped del cercado! ¿Y las flores? Grandes campanillas azules, todo un bosque de flores silvestres, llenas de jugo, bien olientes y que se subían a la cabeza!

La cabra, medio borracha, revolcábase allá dentro, con las patas al aire y rodaba a lo largo de las escarpadas, envuelta con las hojas y las castañas caídas. Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguín. Y es que a nada tenía miedo Blanquita. Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de húmedo polvo y espuma. Una vez, al avanzar hasta el borde de una meseta con una flor entre los dientes, vió abajo, allá en el llano, la casa del señor Seguín.

—¡Qué pequeño es todo eso!—dijo.—¿Cómo he podido caer allí?

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso color violeta: venía la noche. Un pajarraco la rozó con sus alas al pasar. Estremecióse ella... luego escuchó un aullido:

—Guau, guau,—decía el lobo.

Ganas le dieron a Blanquita volverse; mas al recordar la estaca, la soga y el cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse a aquella vida y que más valía quedarse en el monte. De pronto, oyó un ruido de hojas tras sí. Volvió la cabeza y vió entre las sombras dos orejas cortas y tiesas, y dos ojos relucientes... Era el lobo.

Comprendió Blanquita que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, díjose que quizás fuese mejor dejarse devorar en seguida. Luego cambiando de parecer, se puso

en guardia con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una cabra valiente. Entonces avanzó el monstruo y los cuernillos entraron en danza. ¡Ah valerosa cabrita, con qué bríos acometía! Aquella lucha duró toda la noche, hasta que al fin apagáronse las estrellas unas tras otras. Blanquita redobló las cornadas y el lobo los mordiscos. Un resplandor pálido apareció en el horizonte... Desde un cortijo subió el cántico de un gallo enronquecido.

¡Al fin!—exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo esperaba el día para morir. Y tendióse en el suelo con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre.. Entonces el lobo arrojóse encima de la cabrita y se la comió.





Las aves

En todos los tiempos los hombres han profesado estimación a las aves, llegando a hacer de ellas, en algunos países, objeto de adoración supersticiosa. Así en Egipto rendían culto al Ibis, ave del orden de las zancudas. Procedía esta veneración de la creencia de que el Ibis, alimentándose de reptiles, saneaba las aguas del río Nilo, creencia que, aunque exagerada, no era del todo errónea. En Roma, el vólido de las aves ejercía grande influencia en los negocios públicos, pues los "agoreros" interpretaban en él la buena o la mala fortuna de cualquier empresa. Por eso antes de realizar una campaña guerrera o un acto importante para la república, solía consultarse a los agoreros, quienes después de examinar el vuelo de las aves, aconsejaban en pro o en contra. Se comprende que esta creencia carecía de fundamento científico.

En los pueblos civilizados se protege a las aves por medio de leyes que prohíben la caza o que la reglamentan, a fin de que no sean exterminadas, pues ellas prestan inapreciables servicios a la agri-

cultura, destruyendo los insectos que dañan las plantas.

Las aves domésticas y aun muchas que viven en estado salvaje, nos proporcionan, además de su carne exquisita, los huevos, que son un alimento primordial. De ahí que se las persiga, y si hubiera amplia libertad para matarlas, pronto se extinguirían las especies más codiciadas.

Se ha dicho que un huerto sin pájaros es como una casa sin niños: tan cierto es que las aves regocijan la naturaleza. Unas trinan, otras gorjean, otras cantan, otras silban, otras arrullan, y todas, con sus plumajes multicolores, regalan los ojos y el espíritu. Hay aves notables por el brillo y colorido de sus plumas, como el pavo real, el ave de paraíso, los papagayos, etc..

Algunas imitan con su canto voces humanas o de otros seres. En este sentido son célebres en nuestra tierra la calandria, el crispín, el urutaú y el boyero.

En general, las aves son excelentes arquitectos; construyen nidos de complicada hechura, siendo notable en este sentido el piadoso hornero. Y le llamamos piadoso, porque tiene la costumbre de albergar en su nido a los pichones abandonados por otros padres. El casal de horneros se encarga de la alimentación de los polluelos hasta que estos adquieren su completo desarrollo.

Existen hoy sociedades protectoras de las aves, para defenderlas de la perversidad de los hombres y de los niños, que se complacen a veces en perseguirlas o en matarlas inútilmente. El que ampara a esos seres indefensos demuestra nobleza de sentimientos y es dado esperar de él acciones generosas respecto de sus propios semejantes.



Los romanos

(De J. BOSSUET)

De todos los pueblos del mundo, el más orgulloso y el más atrevido, pero al mismo tiempo el más metódico en sus consejos, el más constante en sus máximas, el más prudente, el más laborioso, y, en fin, el más paciente, ha sido el pueblo romano. De todas estas cualidades se formó la mejor milicia y la policía más previsora, la más firme y la mejor observada que jamás ha existido. El fondo de un romano era el amor a su patria y a su libertad. Bajo este nombre, los romanos como los griegos concebían un estado en que nadie estuviese sujeto a otra cosa que a la ley, y donde la ley fuese más poderosa que los hombres.

Por lo demás, aunque Roma hubiese nacido bajo un gobierno real, tenía, aun bajo sus reyes, una libertad que no corresponde a una monarquía. Además de que los reyes eran electivos, y de que la elección se hacía por todo el pueblo, éste, reunido en asamblea, tenía el derecho de confirmar las leyes y de resolver la paz o la guerra.

Había aún casos particulares en que los reyes confiaban al pueblo el encargo de administrar justicia. Así, los reyes no tenían propiamente más que el mando de los ejércitos y la autoridad de convocar las asambleas legítimas, de proponer los negocios, de mantener las leyes y de ejecutar los decretos públicos.

La libertad era para los romanos un tesoro que preferían a todas las riquezas del universo. Durante sus principios, y aun durante la época de sus progresos, la pobreza no era un mal para ellos; por el contrario, la miraban como un medio de guardar intacta su libertad, porque, en efecto, no hay nada más libre que un hombre que sabe vivir con poco y que sin esperar nada de la liberalidad o de la protección de los otros, busca su subsistencia en su industria y en su trabajo.

Sin embargo, en medio de este amor por la pobreza los romanos no economizaban nada para la grandeza y el embellecimiento de su ciudad. Los senadores más ilustres, a juzgarlos por lo que se veía en sus casas, diferían muy poco de los pobres, y no tenían brillo ni majestad sino en público y en el senado.

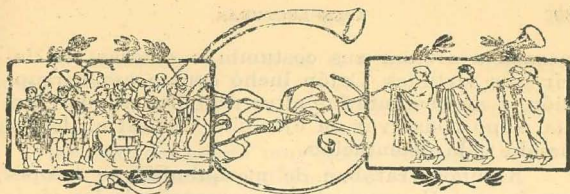
Desde los principios, las obras públicas fueron tales que Roma no se avergonzó de ellas cuando se hizo señora del mundo. El Capitolio, los principales templos, los mercados, los baños, los acueductos y hasta las cloacas de desagües de la ciudad, tenían una magnificencia que parecería increíble si no estuviese atestiguada hoy por todos los historiadores. y confirmada por los restos que nos quedan. En una palabra, todo lo que servía al público, todo lo que podía dar a los pueblos una grande idea de su patria común, se hacía sin

reparar en medios. Sólo en las casas particulares reinaba la economía. El que aumentaba sus rentas y por medio del trabajo y la industria hacía más productivas sus tierras, se consideraba más libre, más poderoso y más feliz.

No hay nada más remoto de tal vida que la molicie. Todo tendía más bien al otro exceso, a la dureza. De este modo, las costumbres de los romanos tenían algo no sólo de rudo y de rígido, sino de salvaje y de feroz. Pero no olvidaron nada para estar sometidos a buenas leyes, y el pueblo más celoso por su libertad que jamás haya existido, fué al mismo tiempo el más sumiso a sus magistrados y al poder legítimo.



Jacobo Benigno Bossuet. — Famoso orador sagrado y escritor francés. (1627-1704).



Catón el Mayor

Es conveniente conocer los hechos magníficos de los grandes hombres de la humanidad, para inspirarse en ellos, imitando sus virtudes y elevando el alma hacia superiores ideales. La vida y los actos de Catón el Mayor, son dechado de prudencia y moderación. Moraba en las afueras de la ciudad, en casa humilde y sencilla, compartiendo con los esclavos las tareas del campo y el alimento frugal con que se nutría, sólo el necesario para vivir sano y fuerte; vivía, en una palabra, despreciando las riquezas, y es fama que nunca recibió dinero por los servicios prestados a sus conciudadanos. Es por eso digna de meditación y alabanza la conducta de este varón singular que así regulaba su existencia, sin vanagloria ni ambiciones, con ser el más esclarecido y respetado entre sus compatriotas.

Fué orador muy elocuente, y varón animoso en la guerra. Vivió en un tiempo en que Roma em-

pezaba a olvidar sus costumbres severas, es decir, sus virtudes. Catón luchó contra esa corrupción, y no obstante las altas dignidades que ejercía, supo conservar su ejemplar modestia, desdenando toda ostentación.

Algunos trataban de mezquindad su temperancia, que él exageraba en presencia de los jóvenes a quienes quería corregir. Decía, por ejemplo, que en una casa es caro aquello que no es indispensable.

Catón, respetado por su prudencia y buenos hábitos, obtuvo la Censura, que era entonces la más alta magistratura de la república. De ahí viene que se le conozca también con el nombre de Catón el Censor.

Dicho funcionario tenía por misión examinar la vida y las costumbres de los romanos, prohibiendo todo aquello que no estuviera de acuerdo con las virtudes tradicionales y castigando severamente a los que de ellas se apartaban.

Catón practicó su mandato con celo digno de imitarse; fué un magistrado propio de aquel pueblo justiciero, cuya grandeza era tal, que sabía reconocer el mérito de los ciudadanos.

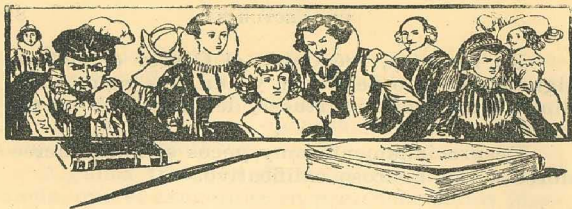
Se cuenta que una inscripción perpetuada en un templo recordaba que Catón había devuelto a Roma la pureza de las costumbres, mediante útiles reglamentos y sabias máximas. A pesar de eso, decía que era preferible para todo hombre honrado, se preguntase por qué no tenía estatuas que por qué la tenía.

Escribió manuales de agricultura para los jóvenes, aconsejando el trabajo honesto, no como medio de enriquecerse, sino para evitar los extravíos de la ociosidad.

En resumen, fué Catón el Censor el más insignie ciudadano de Roma, y aun hoy cuando aludimos a un hombre virtuoso, decimos: "Es un Catón".

Desgraciadamente muy pocos se hacen acreedores a tan honroso calificativo.





Signos de puntuación

(De M. TOLEDO Y BENITO)

Cuéntase de un señor que por ignorancia o malicia, dejó al morir el siguiente escrito: “Dejo mis bienes a mi sobrino Juan no a mi hermano Luis tampoco jamás pagarás la cuenta del sastre nunca de ningún modo para los jesuítas todo lo dicho es mi deseo.—Fulano.”

Cuando se leyó el documento, cada una de las personas aludidas se atribuía la preferencia. A fin de resolver las dudas, acordaron que cada uno presentaría el escrito con los signos de puntuación convenientes. El sobrino Juan lo presentó en esta forma:

“Dejo mis bienes a mi sobrino Juan, no a mi hermano Luis. Tampoco jamás pagarás la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los jesuítas. Todo lo dicho es mi deseo.—Fulano.”

Por su parte, Luis lo arregló de este modo: “¿Dejo mis bienes a mi sobrino Juan? No: a mi hermano Luis. Tampoco pagarás la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los jesuítas.

Todo lo dicho es mi deseo. Fulano." Resultaba así favorecido Luis.

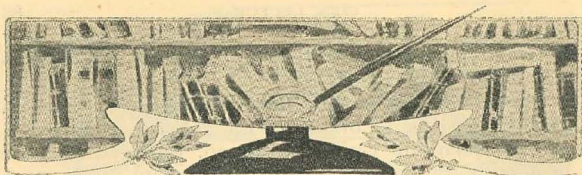
Pero el sastre justificó su derecho, como sigue: "¿Dejo mis bienes a mi sobrino Juan? No. ¿A mi hermano Luis? Tampoco, jamás. Pagaráse la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los jesuítas. Todo lo dicho es mi deseo. Fulano."

Pero también los jesuítas presentaron su reclamación, fundándola en que el documento debía interpretarse del modo que sigue: "¿Dejo mis bienes a mi sobrino Juan? No. ¿A mi hermano Luis? Tampoco, jamás. ¿Pagaráse la cuenta del sastre? Nunca, de ningún modo. Para los jesuítas todo. Lo dicho es mi deseo.—Fulano."

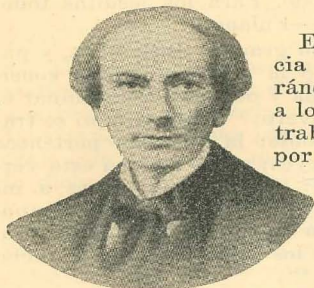
Esta lectura movió grandes escándalos, y para poner orden acudió la autoridad. Esta consiguió establecer la calma y después de examinar el escrito, dijo en tono severo: "Señores, aquí se trata de cometer un fraude; la herencia pertenece al Estado, según las leyes; así lo prueba esta verdadera interpretación: "¿Dejo mis bienes a mi sobrino Juan? No. ¿A mi hermano Luis? Tampoco. Jamás pagaráse la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los jesuítas. Todo lo dicho es mi deseo.—Fulano."

En su virtud, y no resultando herederos para esta herencia, me incauto de ella en nombre del Estado. Queda terminado el asunto."

De parecida manera pueden sobrevenir a las personas trastornos de consideración, a causa de la mala o de la falta de puntuación en los escritos.



Alberdi



Es singular la indiferencia con que sus contemporáneos consideran a veces a los grandes hombres que trabajan silenciosamente por el bien común. Tal ocurrió entre nosotros con el insigne publicista y patriota Juan Bautista Alberdi, cuyos méritos fueron apreciados hasta ha-

ce poco sólo por los estudiosos. La historia, sin embargo, al establecer su juicio definitivo, ha colocado el nombre de este ciudadano entre los más ilustres de la República.

Nació en Tucumán en 1810, trasladándose, niño aún, a Buenos Aires, donde siguió la carrera de las leyes. Vinculado con Juan María Gutiérrez, Echeverría y otros patriotas, fundó en 1837 la Asociación de Mayo, iniciando su actuación pú-

blica como periodista y escritor. Emperero, muy en breve tuvo que expatriarse a Montevideo, huyendo de las persecuciones de Rozas. Años después, y luego de un viaje por Europa, se estableció en Chile, donde adquirió gran prestigio como juriscónsulto. Volvió a la patria después de Caseros.

Como publicista, Alberdi ocupa un lugar destacado en la historia de América; su obra es realmente asombrosa por su extensión y por la sabiduría con que estudió en ella los problemas económicos y sociales de su época. Su libro más famoso es "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina", que entre otros modelos sirvió a los constituyentes de 1853 para redactar la Constitución. Esta sola circunstancia, si no existiera otra, bastaría para asegurarle la admiración y la gratitud de la patria, pues, ¿a qué mejor gloria puede aspirar el ciudadano de una república que a la de haber contribuído a su organización definitiva?

Alberdi, por otra parte, no benefició con sus obras solamente a su país, sino también a la América toda, pues gran parte de sus escritos estudian las necesidades del progreso y bienestar de los pueblos americanos, indicando las causas de su atraso y los medios de propender a su enriquecimiento y grandeza. Decía, en ese sentido, que en América "gobernar es poblar", lo que significa fomentar la inmigración, estimular las industrias, establecer ferrocarriles, abrir los ríos a la navegación, educar, garantizar las libertades, y, en una palabra, asegurar para los pueblos el ejercicio de todas las actividades del progreso y del orden.

Dotado de extraordinarias aptitudes para el estudio y la reflexión, una inteligencia abierta a

todas las ideas de progreso y un alto y noble sentimiento de la patria, supo convertir en realidad las aspiraciones de una generación entera, que venía combatiendo los despotismos y luchando por la implantación de un gobierno regular, que trajera a la república paz y civilización.

Nuestro país se organizó de acuerdo con esos principios, a los que debe su prosperidad y sus prestigios de nación civilizada.

La mayor parte de su vida pasó Alberdi en tierra extranjera; en Chile, como emigrado de la tiranía y luego expatriado voluntariamente, y en Europa, desde donde siguió estudiando y escribiendo acerca de las cuestiones que afectaban a los países latinoamericanos.

Falleció en París en 1884.





La educación

(De ALBERDI) ²⁴²

Nuestra juventud debe ser educada en la vida industrial y para ello necesita ser instruída en las artes y ciencias auxiliares de la industria. El tipo de nuestro hombre sudamericano debe ser el hombre formado para vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente. La instrucción, para ser fecunda, ha de contraerse a ciencias de aplicación, a cosas prácticas, a lenguas vivas, a conocimientos de utilidad inmediata. La industria es el único medio de encaminar la juventud al orden. La industria es el calmante por excelencia; ella la conduce por el bienestar y por la riqueza, al orden; por el orden, a la libertad. La industria es el gran factor de moralización. Facilitando los medios de vivir, previene el delito, hijo las más veces de la miseria y del ocio.

En vano llenaréis la inteligencia juvenil de nociones abstractas; si la dejáis ociosa y pobre, será arrastrada por el lujo de las comodidades que no puede obtener por falta de riqueza.

Los pueblos han llegado a la moralidad por el trabajo. En cuanto a la mujer, artífice modesto y poderoso que desde su rincón hace las costumbres privadas y públicas, organiza la familia, prepara el ciudadano y echa las bases del Estado, su instrucción no debe ser brillante. No debe consistir en talento de ornato y lujo exterior, como la música, la pintura y el baile, según ha sucedido hasta ahora. Necesitamos señoras y no artistas.

La mujer debe brillar con el brillo del honor, de la dignidad, de la modestia de su vida. Sus destinos son serios; no ha venido al mundo para ornar el salón, sino para hermohear la soledad fecunda del hogar. Darle apego a su casa es salvarla, y para que la casa la atraiga, debe hacerse de ella un edén.

Mientras la mujer viva en la calle y en medio de las provocaciones, recogiendo aplausos como artista y rozándose entre el público, educará a sus hijos a su imagen; no servirá para su marido, ni para sí misma, ni para la república.





La cacería

A través del tiempo me parece escuchar aún el alboroto con que se manifestaba la proximidad de la batalla; aún veo nítido y pintoresco el cuadro campestre bajo la sensación melancólica de los días lluviosos. Es que una cacería de vizcachas era para nosotros la gran fiesta, allá, en la soledad monótona de la llanura, adonde íbamos a disfrutar de las bien ganadas vacaciones. Cuando llovía mucho y las lagunas y los bañados se llenaban de agua, nuestros padres nos permitían salir de caza, aprovechando la abundancia del líquido elemento y conforme al sistema antiguo de exterminar aquellas alimañas perjudiciales a los campos.

Recuerdo una aventura, la última, y por serlo, la más famosa. Concebido el propósito, dímonos mis hermanos y yo a la tarea previa de seducir a los peones, sin cuya ayuda nada o muy poco podíamos hacer, y luego a la de preparar los instrumentos necesarios para la andanza.

Picos, palas y arados salen del galpón en menos que canta un gallo y al instante, uncida al yugo, una yunta de bueyes aguarda la señal de la

partida. Pero he aquí alguien más, éste no invitado, que se promete gran holgorio en nuestra fiesta: es "Lagartija". Salta entusiasmado el perrillo, retozando a tontas y a locas, siendo casi imposible contenerlo. ¿Cómo dejarlo?... También está allí "Tabaré", mi perro fiel. Siéntese contento, pero procura no demostrarlo; es discreto y prudente y no quiere aumentar la algarabía antes de tiempo. De vez en cuando gruñe y se impacienta por los brinco y ladridos insolentes de "Lagartija".

Más allá menea su rabo el veterano "Guaraní", que aun siendo viejo y rengó, sabe atrapar una vizcacha en el momento oportuno. Su temeridad para cazar ciervos y gatos monteses es famosa, aunque al presente esté agobiado por los años.

Cuando todo está pronto, partimos bajo el azote de la lluvia torrencial. Nuestra madre nos hace la última recomendación:

—Cordura, muchachos; no sean imprudentes...

No bien nos acercamos al campo de operaciones, "Lagartija" no puede ya contenerse y se adelanta en vertiginosa carrera a explorar el terreno. Detrás, nosotros, al galope. Llegamos por fin y al punto elegimos la mejor madriguera.

Acto seguido el arado traza un surco desde la laguna a la cueva y allí, desnivelado el suelo con picos y palas, dejamos correr el agua al interior de la vizcachera. Entretanto obstruimos con trozos de leña las entradas de la madriguera, menos dos, a fin de reducir los puntos de salida al enemigo y concentrar en ellos el ataque. El agua corre sin cesar en medio de nuestra ansiedad, pues comiéndase a escuchar el alboroto interior con

que los moradores de la cueva traducen su sorpresa al verla inundada. De pronto asoma cautelosamente una vizcacha de largos y erizados bigotes, lanza una especie de gruñido y cuando cree que nadie la acecha, rápida y enérgica, da un salto y emprende desesperada fuga campo afuera. Y es entonces cuando comienza la batahola.

“Lagartija”, con insospechado arrojo, se precipita tras ella, y ambos se pierden en un torbellino de agua y lodo. En pos de la primera, sale otra al poco instante, cuya caza corresponde a “Tabaré”. La tercera es para “Guaraní”, pero éste, práctico y avizor, la atrapa al salir, como comprendiendo que si la dejara correr sería presa perdida. Nosotros, entretanto, celebramos el singular combate con una gritería infernal. Pronto “Lagartija” y “Tabaré”, jadeantes y victoriosos, están de vuelta con sus presas, y entonces, conteniendo a un lado a los perros, formamos los muchachos un amplio círculo en torno de la madreiguera y dejamos salir una vizcacha. El animalito, desesperado, embiste ciegamente contra el primero que encuentra a su paso, y allá van contra él palos, rebenques y lazos certeros. El indio enemigo cae al fin extenuado, triunfo que aplaudimos con frenético regocijo. Y así, hasta que todos los habitantes de la vizcachera están en nuestro poder...

Y cuando declina la tarde, serenado ya el cielo, regresamos a las casas molidos por la fatiga, pero contentos de la aventura y satisfechos del botín, que la inocencia nuestra cree fruto de una noble hazaña...



La moneda

Antiguamente los hombres comerciaban por medio de la permuta, trueque o cambio. Así, una persona que deseaba adquirir un terreno o una casa, por ejemplo, ofrecía por ellos una cantidad de trigo, de vino o de aceite; estos artículos eran considerados como el precio de las cosas, tal como lo es hoy el dinero.

Como para realizar una compraventa debían pesar o medir los productos mencionados, las transacciones se hacían lentas e incómodas, lo que en cierto modo era una de las causas que limitaban el comercio entre los pueblos.

Pero cuando el progreso avanzó y el intercambio comercial se hizo más intenso, fué necesario crear una mercancía que pudiera servir para cambiarla por todas las cosas, teniendo un valor fijo y una circulación corriente; es decir, que todos pudieran aceptarla como precio de los objetos. De esa necesidad nació el uso de la moneda. Es ella generalmente una pieza de metal (oro, plata, etc.), acuñada con los emblemas de los Estados y que tiene el valor que le asigna la ley. Más adelante fué utilizado el papel para hacer billetes

representativos de las monedas; obedeció este hecho a las dificultades para transportar grandes sumas en metálico, a causa de su peso.

La moneda de papel, de uso común en todos los pueblos modernos, es emitida por los Estados o por los Bancos autorizados para hacerlo, y circula con su garantía: ellos responden de su valor con el oro que guardan en sus arcas.

Las monedas se clasifican del modo siguiente: de oro, de plata, moneda de papel, papel moneda y de vellón.

La moneda de papel representa una suma igual al numerario que se deposita en las cajas de los Bancos o en las de alguna institución creada al efecto, como la Caja de Conversión en nuestro país. Esta moneda tiene el mismo nombre y valor que la de oro y se la prefiere en el uso por la comodidad de llevarla.

El papel moneda sólo tiene valor en virtud de la ley que la crea. Se la llama moneda fiduciaria. Así, en la Argentina, un peso papel vale, por disposición de la ley, 44 centavos oro, mientras que en el Uruguay un peso papel es tanto como un peso oro. Quiere decir que la nuestra es papel moneda y la uruguaya moneda de papel.

Llámase moneda de vellón a la de poco valor, que sirve para facilitar el pequeño cambio; tales son las de níquel y de cobre.

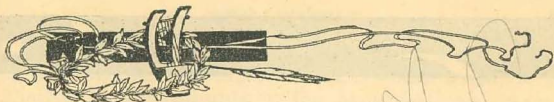
Según dijimos, la moneda es una mercancía con la cual podemos adquirir cualquier cosa; de ahí que los hombres procuren poseerla en la mayor cantidad posible.

Un legislador de la antigua Grecia, llamado Licurgo, desterró el uso de las monedas de plata y

oro, substituyéndolas por las de hierro, a fin de que los ciudadanos no pudieran cargar mucho dinero y fuesen, por lo mismo, más moderados en sus gastos. Esta medida contribuyó, además, a combatir la avaricia.

La falsificación de monedas es un delito penado por las leyes.





Canciones de mi casa

(De A. BUFANO)

Hijo mío, sé bueno como el lirio y el ave,
como el ave sé simple, como el lirio sé suave.

Sé claro como un rayo de sol en pleno día,
como una gota de agua, como una melodía
de pastor; como el vidrio pulido y reluciente,
como el vidrio, hijo mío, sé limpio y transparente.

Ten el amor por guía, por maestro al dolor;
lo poco que valemos es de dolor y amor.

Amar, este es el verbo supremo del vivir,
y así conjugaremos con honra el de sufrir;
que el amor sea el móvil primer de tu existencia,
germen de todo polen y olor de toda esencia.

A flor de labio lleva la miel de la bondad,
y escúdate en la gloria de la serenidad.



Galileo



Mientras los grandes pensadores llamados filósofos se empeñaban en descubrir por medio de la meditación puramente, las leyes que rigen el universo y el origen de la vida, otros investigadores perseguían el mismo fin observando los hechos que la naturaleza ofrece a nuestros sentidos y comprobando experimentalmente los fenómenos y las causas que los producen. Este método de observación, llamado método científico, fué rectificando poco a poco muchas de las pretendidas verdades a que había arribado la inteligencia fundada exclusivamente en el raciocinio. Así, por ejemplo, los antiguos no admitían que la tierra pudiera ser redonda y fué necesario dar la vuelta al globo terrestre—lo que realizó por primera vez Sebastián Elcano—para convencer de ello aun a los más sabios. La inteligencia, por sí sola, no había logrado concebir esa verdad.

Galileo Galilei perteneció a esa segunda clase de investigadores. Aplicóse al conocimiento de la Física, la Astronomía y las Matemáticas, inventando el telescopio, a fin de poder estudiar mejor los astros. Creó la balanza hidrostática, para determinar el peso específico de los cuerpos, y el termómetro, para medir la temperatura. En cuanto a descubrimientos, la ciencia le debe el de las leyes que rigen las oscilaciones del péndulo y las que se refieren a la caída de los graves.

Como astrónomo, sostuvo públicamente el movimiento de la tierra alrededor del sol. Esta verdad, que contrariaba las ideas dominantes en esa época, se consideró una herejía y fué causa para que le persiguieran y encarcelaran. Obligado a retractarse bajo pena de ser quemado vivo, conforme a las prácticas aplicadas entonces a los innovadores, Galileo se desdijo ante el tribunal; pero cuéntase que habiendo estado de rodillas, al levantarse murmuró: “¡Y sin embargo se mueve!” Habíanle impuesto declarar que la tierra se halla inmóvil y que el sol y las estrellas giran en torno de ella, originando el día y la noche.

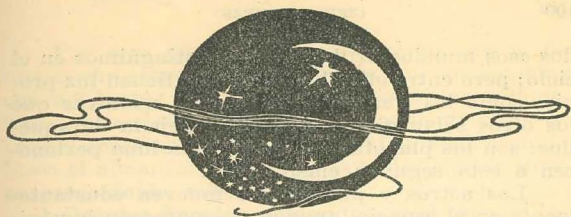
Con motivo de los descubrimientos científicos que realizara, los filósofos que mencionamos al principio, llamados metafísicos, atacaron rudamente a Galileo, quien debió sostener violentas polémicas con los sacerdotes y con Renato Descartes, que era el más profundo y famoso pensador de aquel tiempo.

Grandes son los adelantos que debe la Física al sabio italiano y a algunos de sus discípulos, que continuando las investigaciones del maestro, enriquecieron la ciencia con nuevos e importantísimos descubrimientos. Tal Torricelli, inventor del

barómetro, o aparato para medir la presión del aire atmosférico.

La historia de la civilización reconoce en Galileo uno de los principales propulsores de las ciencias experimentales y su nombre está vinculado a los más notables progresos de la mecánica, que han dado a la humanidad los medios de acrecer las comodidades y el bienestar individual y colectivo.





La astronomía y el aspecto del universo

El espectáculo maravilloso del universo ha herido en todos los tiempos la imaginación de los hombres, dando lugar a la adoración de los astros, como seres superiores encargados de presidir los destinos del mundo. En los pueblos primitivos, tal superstición adquirió variadas formas e influyó poderosamente en sus destinos. Sin embargo, la ciencia ha llegado a demostrar que todo el sistema astral se rige de acuerdo a leyes inmutables, cuya acción podemos observar, en pequeño, en los fenómenos naturales que se originan sobre la superficie de la tierra, motivados por la atracción, el magnetismo, etcétera.

La ciencia que se ocupa de estudiar el movimiento, la trayectoria y el tamaño de los cuerpos celestes, como asimismo las distancias a que se encuentran de la tierra, se llama Astronomía.

En general, se da el nombre de estrellas a to-

dos esos mundos brillantes que distinguimos en el cielo; pero entre ellos hay unos que tienen luz propia, como los cometas y los astros, mientras que los otros solamente poseen luz reflejada de aquéllos: son los planetas. La tierra y la luna pertenecen a esta segunda clasificación.

Los astros y planetas se mueven constantemente en el espacio, aunque nos parezcan inmóviles. El tamaño que percibimos, está muy lejos de la realidad; las estrellas son inmensamente grandes, y sólo debido a las distancias inconmensurables a que se hallan, las vemos tan pequeñas. Si la más cercana a la tierra nos enviara un rayo de luz, que recorre 300.000 kilómetros por segundo, dicho rayo llegaría a nuestro planeta al cabo de tres años. El sol, que es el astro más próximo, es 1.300.000 veces mayor que la tierra, y las estrellas son más grandes aun que el sol.

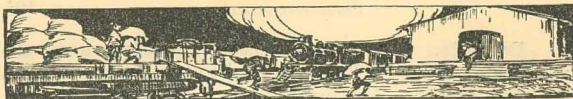
Como se ha dicho, el espacio es infinito; significa que no tiene límites, que no termina nunca. Supongamos que con un aeroplano, moviéndose a razón de 300 kilómetros por hora, se pretenda atravesar el espacio. Imaginemos que siga en línea recta, sin detenerse jamás. Si esto fuera posible, viajaría durante un año, diez, cien, mil, un millón de años; cruzaría cerca de millares de astros y de planetas, pero siempre tendría el espacio abierto para continuar su marcha, como en el primer día de su partida.

El estudio de la Astronomía eleva el espíritu a la magnificencia del universo. Esos millones de cuerpos resplandecientes cuyos orígenes la ciencia trata de descubrir, infunden al pensamiento del hombre profundas meditaciones, que le alejan de las pequeñas cosas de la vida.

Por otra parte, es hermoso el panoramá de una noche estrellada embellecida por los cometas con sus largas colas luminosas, los millares de astros que ruedan en el espacio eternamente y las estrellas errantes, en fin, cuya contemplación ennoblece el alma, tornándose en la visión de tan divino espectáculo, más generosa.

¡Cuántos mundos esparcidos en el espacio infinito, muchos de los cuales se hallan tan distantes de nosotros, que sólo podemos verlos con ayuda del telescopio, y cuántos más escapan al objetivo de los más potentes aparatos!





Los inmigrantes

Si nos acercamos al puerto a presenciar el desembarco de los pasajeros que traen los paquetes de ultramar, advertimos de pronto que empiezan a descender por la planchada, en pintoresco tropel, multitud de hombres, mujeres y niños, generalmente mal vestidos y de miserable aspecto. Al punto se comprende que esa gente ha venido sufriendo todas las incomodidades y privaciones del viaje en la tercera clase, allá en la sentina, con escaso aire, poca luz y mala comida, sin contar la mortificación del mareo.

¿Quiénes son los que se han atrevido a desafiar así las penurias de la travesía, abandonando su hogar y su patria? Son los inmigrantes. A medida que van desembarcando, les oímos hablar veinte idiomas distintos. Ved aquel italiano, que baja de amplio pantalón de pana y raro sombrero; aquel español, de chaqueta corta y ajustada; aquel alemán, rubio y mofetudo... Y desfilan así, con sus trajes y rasgos característicos, rusos, franceses, turcos, belgas... ciudadanos de todos los países, que vienen en procura del pan y el bien-

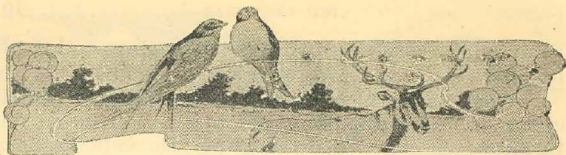
estar que ofrece nuestro pródigo suelo a todos los hombres de buena voluntad que desean habitarlo.

Conducidos al hotel de inmigrantes, se les facilita allí alojamiento y comida, mientras se determina los lugares de destino. De esta manera nuestro territorio ha venido poblándose de inmigrantes que, con su brazo y su industria, han traído el progreso y fomentado la riqueza al amparo de leyes sabias y liberales. En su virtud, donde no eran sino dilatados desiertos, se alzan ahora centenares de aldeas y centros de población, que serán en el futuro populosas ciudades.

La Nación les da luego escuelas para que eduquen sus hijos; garantías, libertades y ferrocarriles que atravesando las llanuras, van a recoger los frutos del trabajo.

Muchos de esos inmigrantes que un día arribaron a nuestros puertos, sin más riqueza que su esperanza y ánimo para afrontar la lucha por la vida, son hoy individuos acaudalados, algunos millonarios.

La afluencia de extranjeros a nuestra tierra, hemos dicho, se explica por la feracidad de este suelo, que les asegura el fruto de su labor, y por la bondad de nuestras leyes, que les garanten todas las libertades necesarias para la prosperidad material e intelectual. Muchos de ellos se hacen luego ciudadanos, y llegan a los altos cargos públicos, de conformidad con las leyes de la república, mostrándose tan interesados como los mismos nativos, en la grandeza y adelanto del país.



Por la Pampa

(De J. MÁS Y PÍ)

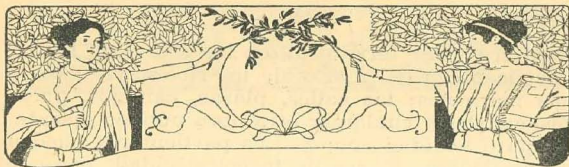
Tres días de camino bajo un sol calcinante,
un sol que no conoce la clemencia europea...
A pie, junto a la vieja carreta rechinante,
el pobre "gringo" evoca visiones de su aldea.

El vago remolino que alzó un viento inconstante,
le rememora cosas de su triste odisea,
y hay llanto en las pupilas del mísero inmigrante,
un llanto de añoranza por esa eterna idea.

Los tardos bueyes siguen su marcha lentamente
y gime la carreta la cántiga doliente
de la pampa monótona, inmensa como el mar...

Y a su lado, vencido por la honda añoranza,
el inmigrante marcha y adivinar no alcanza
si tendrá ese camino un fin y él, otro hogar...

Juan Más y Pí.—Poeta y periodista español. Murió en el naufragio del "Príncipe de Asturias", en viaje a Buenos Aires (1915).



Dominio público y privado

Se entiende por dominio el derecho que las personas tienen sobre las cosas corporales, debiendo tenerse presente que se da el nombre de cosas a la tierra, a los animales, las plantas, las piedras, etcétera; en una palabra, a todo cuanto existe sobre la superficie y en el interior del suelo.

Las personas, como asimismo las colectividades, pueden ser dueñas o propietarias de esas cosas que hemos mencionado. Cuando pertenecen a un particular, se dice que el objeto es del dominio privado, o sea propiedad del individuo; a su vez, cuando las cosas pertenecen al Estado, se dice que son del dominio público. Las leyes de cada nación determinan cuáles son las cosas que no pueden pertenecer a los particulares, por estar destinadas al uso de todos los habitantes. Al mismo tiempo especifican las que son susceptibles de propiedad privada.

Así, por ejemplo, en nuestro país son del dominio de la Nación o de las provincias, los mares adyacentes al territorio de la República. hasta la distancia de una legua marina, o sea tres millas; los ríos con sus cauces; las islas que se ha-

llan en el mar territorial, en los ríos y en los lagos; la playa del mar y de los ríos navegables y sus márgenes; las calles, plazas, caminos, puentes, canales y cualquier otra obra pública ejecutada para utilidad común. Los particulares pueden gozar de esos bienes de la colectividad, pero no pueden apropiarse de ellos. Tienen derecho a navegar, pescar, cazar, etc., de acuerdo con los reglamentos dictados por la Nación o la provincia.

Pertenecen también al Estado las minas de oro, plata, cobre, piedras preciosas y materias fósiles, aunque se descubran en terrenos particulares.

También existen tierras de propiedad del Estado, llamadas tierras fiscales, que pueden pasar al dominio particular adquiriéndolas de aquél. En los territorios nacionales hay vastas regiones de campos fiscales, que irán pasando al dominio privado a medida que aumente la población o cuando el Estado resuelva enajenarlos.

El dominio implica la facultad de disponer libremente de las cosas, vendiéndolas, donándolas, o destruyéndolas; es decir, ser dueños de ellas y usarlas como mejor parezca. Sin embargo, no debe olvidarse que esa facultad se halla limitada por el interés social: significa que el uso de lo que es nuestro es libre, mientras no se ponga en peligro el orden o la salud pública o se lesione derechos ajenos.

Las municipalidades también poseen bienes, siendo aquellos que la Nación ha puesto bajo su dominio. Generalmente son bienes municipales las cosas públicas que se encuentran en el radio de las ciudades, tales como los paseos, plazas, parques, monumentos, etcétera.



Manuelita Rozas

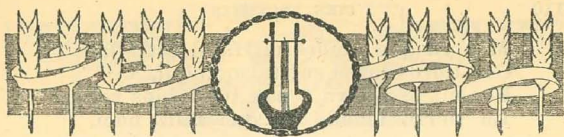
Si la mujer, con sólo pensar que lo son nuestras madres y hermanas, ha de inspirarnos siempre sentimientos respetuosos y delicados, ¿cuál no será la admiración que debemos a aquellas que han sabido sacrificarse por los débiles y oprimidos, dulcificando con su ternura el áspero carácter de los poderosos? En este sentido Manuelita Rozas vivirá en la memoria de los argentinos, como un hermoso ejemplo de bondad y de dulzura.

Era hija de Juan Manuel de Rozas. Se recordará que este gobernante se distinguió por el abuso que hizo del poder, castigando cruelmente a sus enemigos políticos, es decir, a aquellos que le combatían en nombre de la libertad y de la justicia, durante el período que abarca desde 1829 hasta 1852. Todo ciudadano sindicado como unitario era perseguido y encarcelado, si con tiempo no lograba alejarse del país. Por esta causa las naciones vecinas: Chile, Bolivia, Uruguay y Brasil, se convirtieron en asilo de los emigrados argentinos. Era la juventud intelectual hostilizada por Rozas. Desde esos países le atacaban por medio de la prensa, y aun de expediciones militares que fracasaron por repetidas veces.

En esa época de triste recordación, la vida y la fortuna de los argentinos estaban sometidos a los abusos y desmanes de Rozas, quien, como gobernante, nunca reconoció ni acató más leyes que las de su propio impulso. Inflexible y vengativo, solamente serenaba sus pasiones ante los ruegos de su hija, cuando ella, movida por la piedad, intercedía en favor de los perseguidos. De este modo, lo que no podía la fuerza de sus enemigos ni la amenaza de los barcos extranjeros, cuyos cañones dominaban el Plata, lograba a veces la ternura de Manuelita. Prueba esto que aun en el fondo de los espíritus más extraviados queda siempre un resto de bondad que puede ser explotada en pro del bien, y prueba, sobre todo, cómo la dulzura de la mujer puede evitar muchos males a la humanidad.

La historia registra en sus páginas el nombre de mujeres esclarecidas, ya por su abnegación, como Juana de Arco, ya por las virtudes domésticas, como Cornelia, la madre de los Gracos, o como tantas otras que supieron llegar al sacrificio, exponiendo sus vidas por el bien de sus semejantes o en defensa de la patria. Digna de figurar entre ellas es Manuelita Rozas, pues fué un alto ejemplo de piedad femenina, y no es exagerado afirmar que si las heroínas de Mayo armaron el brazo de sus hijos para correr en defensa de la libertad, ella, con igual abnegación, desarmaba el brazo de su padre, en defensa de los ciudadanos esclavizados por la tiranía.

El espíritu justiciero de sus contemporáneos, aun de los más acérrimos enemigos del dictador, supo reconocer las virtudes que adornaban el alma de esa mujer admirable.



Despedida a un amigo

(De VENTURA DE LA VEGA)

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonancible el mar.
¡Oh, si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

¡Oh, cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
Si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh, si a este suelo, donde sufro tanto,
Pudiera darle mi postrer adiós!

Tranquilo viera y con serena calma
Desatarse bramando el aquilón:
¡Junto a la horrible tempestad del alma,
Las tempestades de la mar qué son?

Mas ya que quiere mi fatal estrella
Con duros lazos sujetarme aquí,
Por mí te postra y con tus labios sella
La tierra amada en que feliz nací.

Llévale tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor:
Dile que es ella el numen que me inspira
Y el solo objeto de mi ardiente amor.



Ventura de la Vega.—Ilustre poeta argentino. Nació en Buenos Aires en 1807 y murió en Madrid en 1865. Aun cuando residió durante casi toda su vida en España, la poesía que se transcribe, escrita en 1856, demuestra que nunca olvidó a su patria.



Respeto a las mujeres

La falta de educación de las personas suele evidenciarse en todos los actos de la vida social: en la conversación, por el uso de palabras inconvenientes o groseras, que hieren la delicadeza de quien escucha; en los ademanes, por su torpeza o vivacidad excesiva, como esas palmadas con que nos reciben algunos conocidos, creyendo mostrarse más afectuosos de esa manera; en los procedimientos, por la mala intención o falta de sinceridad. Pero cuando más se echa de ver la carencia de educación y decoro, es generalmente en el trato con las mujeres.

Hay hombres irrespetuosos que no reparan en agraviarlas con palabras o actitudes incorrectas. Hay quienes se mofan de ellas o las desprecian por no ser hermosas o jóvenes, por ir pobremente vestidas o por verlas físicamente defectuosas. Tales individuos ignoran seguramente que en esas mujeres puede alentar el corazón de una buena madre, una hermana cariñosa, una esposa modelo, o simplemente el de un ser desdichado, y por eso mismo más digno de consideración y simpatía.

Bastaría, sin embargo, recordar que sus propias madres y hermanas son mujeres, para comprender la torpeza que cometen agravando a seres semejantes a ellas.

El que ofende a una mujer, cualquiera sea la condición de ella, no solamente prueba falta de decoro, sino también cobardía, al abusar de la debilidad femenina, pues a buen seguro que otra sería su conducta si no estuviese convencido de la impunidad.

El hombre educado se conduce de muy distinta manera. Para él, todas las mujeres son dignas de respeto y lejos de molestarlas con impertinencias y groserías, es cortés y caballeresco, poniendo solícitamente al servicio de ellas, hasta en los menores detalles de la vida, su apoyo y sus preferencias.

La mujer es el alma del hogar, la alegría de la existencia, la compañera del hombre. Pobre o rica, fea o hermosa, joven o anciana, es igualmente acreedora a las consideraciones del hombre culto.

Entre las tribus de salvajes y en las naciones de civilización rudimentaria, lejos de considerarse a la mujer con miramiento, ofreciéndole la protección que merece, se la somete a rudos trabajos y se la mira con desdén, obligándola a llevar una existencia desdichada; por eso ningún medio es más seguro para apreciar el adelanto moral de un pueblo, que observar el grado de respeto que los hombres profesan a la mujer, ya que tal conducta entraña dignidad y delicadeza de sentimientos.



El país donde no se moría

(De R. GIUSTI)

Este era un país donde no se moría. Cuando la piel comenzaba a arrugarse y se encorvaban las espaldas bajo el peso de los años, se corría a bañarse en una fuente milagrosa, en cuyos bordes se dejaba la piel envejecida y el cuerpo volvía a enderezarse. Esto no es muy extraño: también las serpientes cuando les llega la estación, renuevan su piel.

Y sucedió una vez que una madre, mientras estaba acunando a su hijito, sintiéndose temblar los brazos y la voz, pensó que ya se había vuelto muy vieja y que había llegado el tiempo de cambiar la piel. Le dijo entonces al niño: "Ya vuelvo, espérame quietito"; y saliendo de la casa, se encaminó a la fuente milagrosa. Corre que corre, al fin llegó; se bañó en la fuente de prisa, se despojó de la piel gastada, y en seguida volvió fresca y sonriente, junto a su hijo. Pero éste al verla entrar empezó a desesperarse y a dar gritos:

—¡Yo quiero a mi mamá! ¡Yo quiero a mi mamá!

—¿No me conoces?—le decía la madre. En estos brazos yo te he traído nuevas fuerzas para acunarte; por ti he rehecho mis senos; para besarte he rejuvenecido mis labios.

Pero el niño redoblaba el llanto: —“No, no, yo quiero a mi mamita, yo quiero a mi mamita! Tú eres fea y mamá es linda!”

En vano la madre quiere darse a conocer; en vano quiere abrazar al niño. Desesperada, rehizo entonces el camino que conducía a la fuente, donde recogió la vieja piel que había dejado en la orilla, para volver temblorosa y encorvada a su casa.

Apenas abrió la puerta, el niño se abalanzó en sus brazos riendo, entre las lágrimas que aun corrían por sus mejillas.

—¿No sabes, mamá?—le decía.—Hace poco vino una mujer que quiso abrazarme, pero yo la eché porque era muy fea. No te vayas más de mi lado, mamita, tú que eres linda.

La muerte en tanto se acerca a la anciana; pero ella no la ve y se sonríe feliz, porque ve contento a su hijito.





La visión del puerto de Buenos Aires

(De GOMEZ CARRILLO)



El día de mi arribo a Buenos Aires, en el puente del navío que me traía sentí la fuerza revivificadora que posee la tierra americana.

¡Oh, escena inolvidable!

—¡El puerto!... ¡El puerto!

Y con una impaciencia que hacía pensar en los antiguos pilotos de las carabelas cuando gritaban “¡Tierra!, ¡tierra!”, todos corrían hacia la proa murmurando palabras de entusiasmo.

—Véelos Ud.,—decíame, sonriendo, un compañero de viaje; — parece que hubieran descubierto un mundo.

Yo también sonreía. No obstante, si hay un espectáculo serio, más aun, un espectáculo patético, era el de aquellos seres que, atraídos por el brillo de un toisón menos fantástico que el de los compañeros de Jasón, venían de todos los rin-

cones del mundo hacia la comarca cuyo solo nombre es ya una promesa de fortuna.

¡La Argentina!

¿Hay lengua humana en la cual estas sílabas dejen de tener unâ sonoridad de metal precioso? La Argentina se dice en Rusia lo mismo que en España, en la Gran Bretaña lo mismo que en Oriente, en la China lo mismo que en Grecia, y siempre el alma percibe imágenes de grandeza y de trabajo, imágenes salvadoras para el que no puede contentarse con la vida de su pueblo natal, imágenes halagüeñas y generosas para todos.

En el puente de proa, en el instante solemne de la llegada, y ante la visión vaga del puerto apenas perceptible, noté lo que significaba para la humanidad desheredada la esperanza de la tierra prometida... Los más fríos observadores a quienes se les hace contemplar el espectáculo de un barco que se acerca al gran puerto de América, cargado de humildes buscadores de fortuna, notan la llama súbita que ilumina los rostros. En un instante los ojos más fríos se avivan, las mejillas más lívidas se animan, los labios más secos se entreabren. Allí, frente a ellos, en las comarcas nuevas que el Plata baña, es donde los infelices sueñan ver surgir las áureas enramadas de Eldorado y donde, por lo pronto, encuentran la esperanza, es decir, la dicha, la alegría, el aliento.



Enrique Gómez Carrillo. — Periodista y escritor americano contemporáneo. Nació en Guatemala.



45

Hogar

(De MARIO BRAVO)

No hay noticias. La anciana
inútilmente espera en la ventana.

¡Pasan días y meses!
En este año los campos no han producido mieses.
No hay pan. En lontananza,
la pobre madrecita cultiva su esperanza:

—“Cuando vuelva, sin duda
traerá puesta la cruz; sobre su frente ruda
brillará la aureola de aquel primer encuentro...
¡Ha de volver, es claro, mi buen batallador!
Lo esperaré aquí dentro,
para llorar en lo íntimo mi dolor y mi amor.”

No hay noticias, no hay pan. La madrecita anciana
inútilmente espera en la ventana...

Mucho tiempo después, por la calle desierta
regresaba un soldado;
vió el ventanal vacío, el postigo cerrado,
y un crespón en el toseo llamador de la puerta...

Mario Bravo.—Escritor y político contemporáneo. Nació en Tucumán.



Epicteto

Sin duda es la vida una lucha continuada, en la que cada individuo triunfa o cae vencido, según las aptitudes que posee para soportar la mala fortuna, las enfermedades del cuerpo y los padecimientos del espíritu. Por eso es necesario que el hombre busque su mejoramiento en el estudio y en la perfección, pues de tal manera sabrá contrarrestar los infortunios, esforzándose en acrecentar su dicha, sin ambiciones y sin envidia por el bien ajeno.

De este o parecido modo pensaban en la antigüedad cierta especie de filósofos, llamados estoicos. Desdeñaban los honores y las riquezas y sufrían serenamente el dolor, considerando que la mayor sabiduría consiste en no acobardarse ante los males que nos aflijan y en no desmayar en presencia de las adversidades.

El más notable de todos fué Epicteto, quien vivió en el siglo I de la era cristiana, bajo el reinado de Nerón, aquel terrible emperador que incendió a Roma.

Epicteto era esclavo de un cortesano, y mientras servía a su amo en las ocupaciones domésti-

cas, dedicóse al estudio de la filosofía, alcanzando a descollar entre los más grandes pensadores de la humanidad. Ciertamente nada dejó escrito; pero sus discípulos recogieron las lecciones del maestro y merced a ellos han llegado hasta nosotros las máximas de aquel sabio.

Refiérese de Epicteto que en una ocasión el amo le sometió a tormento, torciéndole la piedad.—“Me la van a romper”, — decía Epicteto. En efecto, así ocurrió, y el amo y los esclavos que no deseaban causarle un daño semejante, quedaron atónitos. El filósofo dijo entonces: “Estaba diciéndoles que me la romperían, y no quisieron creerlo”. Y sin más quejas soportó el dolor.

Epicteto enseñaba que el fin de la vida es la perfección de nuestro espíritu, la que sólo se consigue imitando las acciones de los hombres virtuosos, cumpliendo lealmente nuestros deberes, cultivando la amistad noblemente y no dejándonos arrastrar por las pasiones mezquinas.

En la lección siguiente el estudiante hallará una serie de máximas de Epicteto. Leyéndolas comprenderá claramente la sabiduría de aquel hombre, tanto más meritorio si recordamos la triste servidumbre a que vivió sometido. ¡Cuántos poderosos, sin embargo, no envidiarían la gloria imperecedera del esclavo filósofo!





Máximas de Epicteto

I.—¿Quieres no ver contrariados tus deseos? Pues no desees otras cosas que las que de ti dependan.

II.—No depende de ti ser rico, pero sí ser dichoso. Las riquezas mismas no son siempre un bien, y ciertamente son poco duraderas; pero la felicidad que emana de la sabiduría es eterna.

III.—Si hay un arte de bien hablar, hay así mismo un arte de escuchar bien.

IV.—Un médico visita a un enfermo y le dice: “Tenéis fiebre, absteneos por hoy de tomar alimentos y no bebáis más que agua”. El enfermo le cree, le da las gracias y le paga. Un sabio dice a un ignorante: “Vuestros deseos son desenfrenados. vuestros temores son bajos y serviles; profesáis falsas ideas”. El ignorante monta en cólera y se siente herido en su amor propio. ¿De qué nace

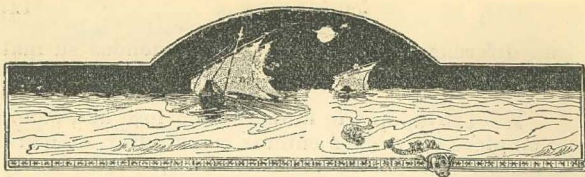
esta diferencia? De que el enfermo conoce su mal y el ignorante no.

V.—¿Crees que te llamaré laborioso aun cuando emplees las noches enteras en estudiar, en leer? No, sin duda; quiero antes saber a qué refieres ese estudio y aplicas ese trabajo. Porque no llamo laborioso al hombre que vela toda la noche para ver su prometida: digo que es enamorado. Si velas por tu gloria, te llamaré ambicioso; si para allegar dinero, te llamaré interesado; pero si velas para cultivar y para formar tu razón y para acostumbrarte a obedecer a la naturaleza y a cumplir tus deberes, entonces solamente te llamaré laborioso, porque este es el único trabajo digno de hombre.

VI.—La felicidad no consiste en adquirir y en gozar de lo adquirido, sino en no desear, porque consiste en ser libre.

VII.—Cuando hagas alguna cosa después de estar seguro de que es tu deber, no evites el ser visto, aunque el vulgo forme de ti falsos juicios; porque si la acción es mala, no debes realizarla, y si es buena, no debe importarte que la condenen los malos.





Origen del nombre argentino

(De C. O. BUNGE)

El nombre de la República Argentina deriva del Río de la Plata. La primera vez que se usó el vocablo "Argentina", respecto de estas tierras, lo fué a principios del siglo XVII por el imaginativo cronista Ruy Díaz de Guzmán, quien escribió en 1612 una "historia" llamada "La Argentina", o sea "Del descubrimiento, Población y Conquista del Río de la Plata". Más tarde, un soldado de la conquista, Barco Centenera, confeccionó una especie de crónica rimada, que calificó de "Poema histórico", titulándolo también "La Argentina o la Conquista del Río de de la Plata". Tanto en la obra de Ruy Díaz como en la de Barco Centenera, las dos más poéticas que históricas, el título correspondía al subtítulo, pues al Río de la Plata, apellidábasele también "Río Argentino". Por eufonía, esos cronistas poetas empleaban la voz latina "argentum" (plata), al mismo tiempo y aun de preferencia a la voz castellana.

Al separarse en la época de la colonización las regiones platenses del gobierno del Paraguay, creóse en 1617 una provincia llamada oficialmente "del Río de la Plata" y comúnmente de "Buenos Aires". El virreynato instituído en 1776, no obstante comprender también el Alto Perú, el Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay, se denominó "Virreynato de Buenos Aires" y asimismo "de las Provincias del Río de la Plata".

Aunque no fuera en aquellos tiempos tan firme como en nuestros días la nomenclatura geográfica y la política, el nombre poético usado por Ruy Díaz y Barco Centenera no tuvo trascendencia y quedó por entonces olvidado.

El rechazo de la invasión inglesa de 1806 fué celebrado por el joven Vicente López y Planes, en su canto "Triunfo Argentino". Ya ahí se usa la expresión "argentina" como algo distinto de lo propiamente español, de lo oficialmente colonial. Después de estallada la Revolución, el mismo poeta López y Planes compone el Himno Argentino, a guisa de canción patriótica o himno nacional del nuevo pueblo revolucionario. En el cuerpo de la composición llama "argentino" a ese pueblo y "argentinos" a sus miembros y ciudadanos, por oposición a españoles y extranjeros. Consigna también, como rótulo genérico de la nación, sublevada contra la dominación española, el de "Provincias Unidas del Sud".

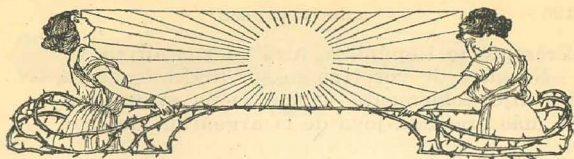
En el Congreso de Tucumán declárase solemnemente el 9 de Julio de 1816 la Independencia de las "Provincias Unidas del Río de la Plata". Este es el nombre generalmente usado hasta 1852 para designar a la nación sin herir los sentimientos federalistas de autonomía provincial. Sólo en oca-

siones y por accidentes o licencias retóricas empleóse el de "Provincias Argentinas" y "pueblo, nación o federación argentina".

El nombre de la "Argentina" se consagra definitivamente por el Congreso de Santa Fe de 1852, que dicta en 1853 la Constitución Nacional para la "Confederación Argentina". Fué éste el título oficial de la nación durante el período de separación del estado o provincia de Buenos Aires. A la reincorporación de esta provincia y reintegración del país, cuando se modifica la Constitución y se sanciona universalmente en 1860-1861, substituyéndose por fin el apelativo "Confederación" por el de "República Argentina".

Tal es el origen del glorioso nombre de la República: como Venus del seno turbulento de los mares, nace, invocado por un elegante latinismo de los poetas, de las armoniosas ondas del río de la Plata.





El tesoro del país argentino

(De C. O. BUNGE)

Las catorce provincias argentinas un día
reuniéronse a la sombra protectora del Ande,
para saber cuál de ellas dichosa poseía
del país lo más noble, más hermoso y más grande.

Mentó la docta Córdoba su casa de doctores,
Tucumán sus ingenios y sus cañaverales,
San Luis sus tersos mármoles rayados de colores,
Corrientes y Santiago sus selvas tropicales.

Santa Fe sus pobladas y fértiles campiñas,
Entre Ríos sus costas de perlas y esmeraldas,
que cuelgan de sus cerros tejidas en guirnaldas,
y Mendoza la sangre de sus pomposas viñas.

La Rioja y Catamarca sus valles y montañas,
Salta y Jujuy sus bellas y antiguas heredades,
San Juan, la vena de oro que hierve en sus en-
[trañas;
Buenos Aires sus pampas cubiertas de ciudades.

Presente la República, alzó su voz altiva:
—Ninguna de vosotras en sus lindes encierra,—
les dijo noblemente—como dueña exclusiva,
la más preciada joya de la argentina tierra.

En todos vuestros campos existe ese tesoro;
donde hay un argentino se encuentra por doquiera.
—¿Cuál es?—le preguntaron las provincias en coro.
Ella, mostrando el cielo, repuso: la Bandera.

Y entonces las provincias, tendiéndose las manos,
clamaron inspiradas por la gracia divina:
—Es cierto; ni ciudades, ni montañas, ni llanos;
¡es nuestra mayor gloria la Bandera Argentina!





Saber callar

(Fábula del PANCHATANTRA)

Vivía en cierto estanque una tortuga, con la que tenían íntima amistad dos grullas. Frecuentemente iban éstas a visitar a su amiga, pasando con ella momentos de agradable camaradería. A la puesta del sol, las grullas regresaban a su nido, muy satisfechas del paseo, pues la tortuga, aunque charlatana en exceso, era divertida y bondadosa.

Pero he aquí que andando el tiempo, debido a una larga sequía agotóse el estanque, viéndose la tortuga en situación desesperada por falta de agua. Las dos grullas se affigieron mucho por esta desgracia, pues, como buenas amigas, no podían permanecer insensibles a la desventura de su camarada.

—En este lugar, dijéronle, no queda sino fango; tu situación nos amarga profundamente.

—En verdad, contestó la tortuga: me será imposible vivir sin agua; pero no hay que desanimarse ante las calamidades, y yo hallaré salida a

este aprieto si me prestáis ayuda. Traed un palo largo y recto y buscad un lago que tenga bastante agua. Me tomaré del palo con los dientes y vosotras agarraréis de los extremos, de modo que volando podáis transportarme por los aires.

—Así lo haremos, amiga, dijeron las grullas; pero has de prometernos callar durante el viaje, para tu seguridad.

Convenido esto, las aves echaron a volar, conduciendo a su amiga colgada del trozo de madera. Pasaron así sobre campos y ciudades, hasta que los habitantes de una aldea, sorprendidos ante tan extraño espectáculo y no pudiendo distinguir con precisión qué era lo que llevaban las grullas suspendido de esa manera, comenzaron a gritar:

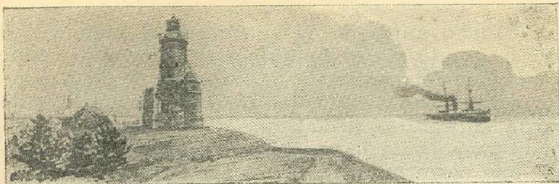
—¡Mirad, mirad!... ¿Adónde transportarán las grullas esa rueda?

—No, exclamó alguien de pronto: no es una rueda: ¡es un queso!

—¡Una sartén! ¡Es una sartén!, dijo un muchacho.

Herida en su vanidad al ver que así la confundían, la tortuga no pudo contener su indignación, y olvidando los prudentes consejos de sus amigas, quiso protestar. Pero he aquí que al abrir la boca para hacerlo, soltó el palo y cayó, destrozándose contra el duro suelo.

Las piadosas grullas tuvieron que lamentar la pérdida de su camarada predilecta, comprendiendo, sin embargo, que sólo ésta, por no haber sabido callar, fué la culpable de su triste fin.



El mar

(DE MICHELET)

Un atento y profundo observador de la naturaleza, un valiente marino holandés que ha navegado por todos los mares y a bordo consume su existencia en la actualidad, confiesa categóricamente que al contemplar por vez primera la infinita y movable llanura del océano, su impresión fué de miedo. Para todo habitante de la tierra es el agua el elemento irrespirable, el elemento de la asfixia. Barrera fatal y eterna que separa irremediabilmente ambos mundos. No es, pues, sorprendente que la gran masa de agua denominada mar, desconocida y tenebrosa en su profundo espesor, se haya aparecido siempre formidable al espíritu del hombre.

Los habitantes de Oriente han visto en ella la sima insondable y amarga, y la han llamado noche del abismo, y en todos los idiomas antiguos, desde la India hasta Irlanda, el nombre de mar dice desierto, noche.

Mucho antes de vislumbrarse el mar, ya se oye o se adivina el temible elemento, al percibir un rumor lejano, sordo y continuo. Poco a poco los ruidos van siendo dominados por aquél y no tarda en notarse la solemne alternativa, la vuelta invariable de la misma nota, fuerte y profunda, que corre más veloz y bramadora.

¡Cuántos tonos hay en la voz del mar a más de lo descripto! Por poco que esté conmovido, sus ayes y hondos suspiros contrastan con el silencio de la solitaria playa, que parece empeñarse en oír las amenazas del que ayer le halagaba con acariciadora ola.

¿Cuál es su extensión real? Mayor que la de la tierra; he aquí lo que es posible afirmar con más seguridad. Sobre la superficie del globo el agua es lo general, la tierra una excepción. ¿Y su proporción relativa? El agua constituye las cuatro quintas partes; ésto es lo más probable; otros aseguran que las dos terceras o las tres cuartas partes.

Problema difícil de resolver. La tierra se ensancha y decrece, pues la acción neptúnica no cesa; una porción baja, otra sube, y ciertas comarcas descubiertas y anotadas por el navegante, han desaparecido al pasar otra vez éste por el mismo sitio. Por otra parte, fórmanse y se levantan innumerables islas, bancos inmensos de madreporas y corales, que modifican la faz terrestre.

La profundidad de los mares es aún más desconocida que su extensión, ya que apenas han sido hechos pocos e inciertos sondeos.

Las insignificantes libertades dadas a nuestra audacia, para correr sobre ese profundo desconocido, sin pasar de la superficie, poco valen y en nada puede amenguar el legítimo orgullo del mar. En realidad éste permanece oculto, impenetrable a nuestras miradas. Se presiente y hasta se sabe que un mundo prodigioso de vida, de combate, de amor y de producciones variadísimas pulula allí; pero apenas hemos penetrado en él, nos apresuramos a dejar ese extraño elemento.



Julio Michelet.—Nació en 1798 y murió en 1874. Historiador y novelista francés. Sus libros principales son: "Historia de la Revolución", "El pájaro", "El mar" y "El amor".



52

Agustín Alvarez



Agustín Alvarez fué uno de los más ilustres publicistas argentinos. Escaló grado por grado la estimación y el respeto de sus compatriotas a fuerza de rectitud y honor, porque nada se valora tanto en el ciudadano como

el espíritu de justicia, la firmeza de las convicciones y el incansable afán de hacer el bien.

Huérfano desde muy niño, pudo demostrar que esa desgracia no impide que el hombre se haga virtuoso y aventaje en méritos a los demás, cuando tiene una inclinación natural a la rectitud. Así, sostenido por su inquebrantable voluntad, adquirió una ilustración sólida y un nombre respetado merced a la dignidad de toda su vida. Fué militar y abogado, pero se destacó, más que nada, como educador y publicista. Murió en 1914, cuando aún podía esperarse grandes obras de su robusta inteligencia y de su noble patriotismo. "Su virtud

y su sencillez fueron tan grandes, ha dicho uno de sus biógrafos, como su consagración al estudio y a la enseñanza; fué, siempre, un varón justo.”

Agustín Alvarez dejó escritas páginas austeras y brillantes, tanto por la sinceridad con que expresó sus ideas, como por la verdad y valentía con que estudió los defectos de la educación social de nuestro pueblo.

Sostenía en este sentido que la instrucción no basta para formar el hombre culto y civilizado. Para que el orden y la libertad existan, opinaba, es menester que cada ciudadano tenga la conciencia recta, que no engañe, perjudique ni atente contra los derechos ajenos, pues el hombre honesto, penetrado de sentimientos generosos, es quien puede realizar grandes obras provechosas a la sociedad. ¿De qué sirve una persona instruída si cuanto sabe no ha de utilizarlo para hacer bien a sus semejantes?

La nación necesita de hombres rectos y altruístas, que traten de perfeccionarse para ser mejores, corrigiendo sus naturales defectos. La ausencia de sinceridad en los negocios y en todas las relaciones de la vida, siembra la desconfianza y origina un malestar que obsta al progreso.

El día que nos eduquemos, seremos más justos, tolerantes y honrados. Sabremos dominar nuestras pasiones y haremos el bien por convicción y no por temor a la ley y al gendarme.

He aquí, en síntesis, las ideas que sustentó Agustín Alvarez en todos sus libros y que predicó, como apóstol, desde la cátedra y las columnas de los diarios, ajustando a ellas invariablemente su conducta.



Elogio del ciudadano

A menudo oímos decir: “La república necesita de grandes ciudadanos”, o bien: “Tal hombre ha sido un ciudadano ilustre”. ¿Qué significan estas expresiones?

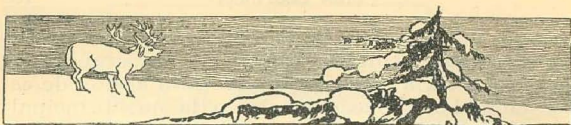
Desde el punto de vista constitucional, designase en nuestro país con el nombre de ciudadano al individuo, nativo o extranjero, que tiene derechos y deberes políticos. El ciudadano nativo los adquiere desde los diez y ocho años, edad en que debe enrolarse, es decir, inscribirse en el padrón cívico. Ciudadano naturalizado es, en cambio, el extranjero que ha obtenido carta de ciudadanía y con ella todos los deberes y derechos políticos, salvo las limitaciones expresamente determinadas en la Constitución. Todos los demás, hombres menores de diez y ocho años, mujeres y extranjeros no naturalizados, son meros habitantes.

Ahora bien: si a la condición de ciudadano se agregan los calificativos de grande, ilustre, benemérito, etc., significa que aquel, en el ejercicio de la vida pública, se ha conducido noble y honradamente; que ha desempeñado con altura y dignidad los cargos que el pueblo le confiara;

que, en una palabra, ha cumplido sus deberes con patriotismo, inspirado en el bien general, en la justicia y en la rectitud. Siendo a la acción de estos ciudadanos excepcionales a la que principalmente deben los pueblos su progreso material y su cultura, honrar sus nombres y glorificar su memoria es obra de verdadero civismo.

No se crea, sin embargo, que sea necesario ocupar un alto cargo o destacarse en la acción pública para comportarse como buen ciudadano. No; cada uno de nosotros, desde la modesta o desde la encumbrada posición que ocupamos en la sociedad, podemos alcanzar la consideración de nuestros compatriotas si ajustamos nuestra conducta al bien y a la dignidad. Desde niños, según nuestro modo de comportarnos, se perfila en nosotros el futuro buen o mal ciudadano, pues es evidente que el que se habitúa al cumplimiento de sus deberes en la escuela y en el hogar, sabrá más tarde cumplir los que le impone la vida cívica. Del mismo modo, el que desde su infancia no sabe ser respetuoso y correcto será seguramente en el futuro un elemento inútil para la sociedad. He ahí por qué el Estado es tan celoso de la educación de la niñez.

La república necesita, pues, de grandes ciudadanos, y todos, en la medida de nuestra capacidad y en el campo de nuestras actividades, debemos aspirar a serlo. ¿Os imagináis por ventura lo que sería una nación cuyos ciudadanos estuviesen todos animados del espíritu de un Moreno o de un Rivadavia? La justicia reinaría en ella sin necesidad de leyes, y la felicidad existiría por el orden, el trabajo y la solidaridad.



Fábulas

(DE L. TOLSTOY)

I

Dos hombres encontráronse en un camino muy estrecho, por el que ambos no podían pasar de frente. Uno de ellos había de hacer sitio al otro. Pero ninguno quería ir detrás, y se obcecaron en aquello y hasta se injuriaron. Por fin, dijo el uno al otro:

—Te aconsejo que me permitas pasar, porque de lo contrario te trataré como a otro testarudo en cierta ocasión.

El otro, horrorizado ante aquella amenaza, dejó libre el camino; mas, cuando el hombre se alejaba, le preguntó qué habría hecho sí no hubiese querido ceder.

—Dime, le preguntó, ¿qué hiciste a aquel testarudo?

—Eralo mucho más que tú, y viendo que nada podía obtener me decidí a... dejarle el paso franco.

El más inteligente, pues, debe ceder.

II

El lobo pidió al león que se le nombrara señor de los corderos; él mismo se presentó ante el león para rogárselo, y envió a su compadre, el zorro, para que en su nombre fuera a suplicar a la leona. Pero el león le dijo:

—El lobo tiene mala reputación; no quiero que sobre mí recaiga tan gran responsabilidad; reuniré a los animales, y que digan qué piensan del lobo.

En la asamblea no se habló muy mal de él, y todos aprobaron el nombramiento.

Los corderos fueron los únicos no consultados; habíanse olvidado de convocarlos!

III

Un pobre fué a pedir limosna a casa de un rico; éste no le dió nada.

—¡Vete!—le dijo.

Pero el pobre no se marchó.

Entonces se enfadó el rico y, cogiendo una piedra, se la tiró. El pobre tomó aquella piedra, estrechóla contra su pecho, y dijo:

—La guardaré hasta que, a mi vez, pueda tirártela.

Pasó el tiempo. El rico llevó a cabo una mala acción y, despojado de cuanto tenía, fué conducido a la cárcel. Viéndole tan mal, el pobre se acercó a él, sacó la piedra del pecho e hizo ademán de lanzársela; pero, reflexionando, dejóla en el suelo y dijo:

—Era inútil conservar durante tanto tiempo esta piedra. Cuando era rico y poderoso, le temía; hoy, le compadezco.



55

La independencia

(DE GUIDO Y SPANO)

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
la derrota doquier. Nuestros campeones,
que en la tremenda lid fueron leones,
ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo vuelo
la bandera de Mayo hecha girones.
El enemigo avanza: sus legiones
cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria, irguiéndose entre ruinas,
“¡Atrás!”, prorrumpe, libre se proclama,
rompe el vil yugo con potente brazo;

y triunfantes las armas argentinas,
llevan la libertad, su honor, su fama,
desde el soberbio Plata al Chimborazo!



Pericles

Fué Pericles el más esclarecido ciudadano de Atenas, ciudad que era entonces la capital de Atica, una de las pequeñas repúblicas que constituían la antigua Grecia.

Poseído del más alto ideal que puede animar a un patriota, fué conquistando poco a poco, mediante el estudio y las obras benéficas, fama de ciudadano intachable, hasta obtener el gobierno de la república, al que lo llevó la voluntad unánime de su pueblo.

Gobernó con tanta prudencia, que entonces alcanzó la ciudad un grado de cultura y de riqueza como no lo consiguió después ningún pueblo de la tierra. Bajo su gobierno florecieron las artes, las ciencias y el comercio, en forma tan notoria, que con razón se designa aquella época por “el siglo de Pericles”.

Lo más singular es que éste ejerció el poder sin mando; la autoridad se le reconocía en atención a sus virtudes y patriotismo. La obediencia que le prestó el pueblo no se debió al rigor de las leyes, sino a un sentimiento voluntario y espontáneo. Una disposición de Pericles se acataba por-

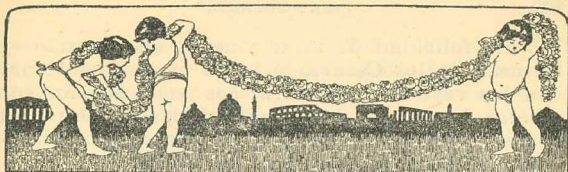
que provenía de él: sabíase que no era capaz de pensar ni de realizar nada contrario a los intereses de la patria. Solamente una vez, habiendo propuesto la erección de algunos monumentos, objetó el pueblo que los gastos serían excesivos. a lo que Pericles contestó: "Bien, los haré construir con mi dinero, pero de tal modo que la gloria sea para mí y no para el pueblo ateniense". Ante semejante razón, el pueblo, celoso de su grandeza, lo autorizó a levantar los monumentos que considerase necesarios para los prestigios de la ciudad.

En aquel tiempo la industria cerámica alcanzó su mayor grado de desarrollo; la fabricación de jarros, vasos y ánforas de tierra cocida y primorosamente pintados, fué la más noble tarea de los atenienses. Los fabricantes eran verdaderos artistas y tales objetos lograron más estima y mejor precio que si hubiesen sido de oro.

Pero lo que interesa observar son las virtudes cívicas de aquellos griegos, cuya principal preocupación era el bien de la sociedad y la cultura pública, de donde provenía el respeto a los sabios. Los atenienses eran felices, pues el Estado suministraba a los pobres alimentos y vestidos; de modo que, no existiendo la miseria, realizábase el bienestar colectivo.

¿Cómo no había de ejecutar grandes e impecederas obras ese pueblo venturoso? Pericles fué el hombre representativo de aquella sociedad fundada en tan austeras virtudes.

¡Dichosos los pueblos que tienen ciudadanos como aquellos y magistrados como Pericles, prudentes, justos y honestos!



La felicidad

(DE JUAN FINOT)

Si reflexionamos un poco, comprendemos fácilmente que la felicidad suele estar en nosotros. Meditando sobre las tristezas y delicias de la vida, notamos que unas y otras son hijas exclusivas de nuestra razón. La gloria excita, anima, sostiene y arruina muchas vidas.

Lo que constituye la ambición de unos, apenas si llega a interesar a otros. El deseo de la riqueza que emponzoña la vida de muchos hombres, no llega a preocupar a ciertos espíritus superiores. El poder que atrae y fascina a unos, no habla a la imaginación de los otros.

Hay también quienes darían la mitad de su vida por una condecoración o un título de nobleza; hay otros que se someten a toda clase de humillaciones a fin de poder alternar con lo que llaman la buena sociedad, formada muchas veces por individuos ociosos y de limitada inteligencia.

La felicidad de unos consiste en sentarse en la mesa de los Césares y la de otros en alternar con los reyes del espíritu; los unos sueñan con escalar las cimas de la gloria, para deslumbrar a sus semejantes, mientras los otros trabajan silenciosamente en beneficio de un ideal.

Sigamos el curso interminable de nuestros ensueños de felicidad y podremos apreciar sus múltiples variaciones.

La mayor parte de los hombres dedican más tiempo al barbero que a formar su propio carácter y rectificar sus opiniones, de lo que depende su felicidad.

Ponemos especial cuidado en el estilo del mobiliario que deseamos adquirir; no perdonamos al que nos vende un caballo cojo; discutimos escrupulosamente la calidad de los vinos que hemos de beber; nos desesperamos cuando hemos sido engañados por un comerciante indigno, pero aceptamos sin crítica las falsas ideas que se nos dan respecto a la verdad de las cosas.

Se rechaza las bebidas y los alimentos falsificados, porque son perjudiciales a la salud del cuerpo, y no se tiene inconveniente en mantener un constante comercio espiritual con aquellos que, con sus falsas ideas de las cosas, siembran la miseria y el error.

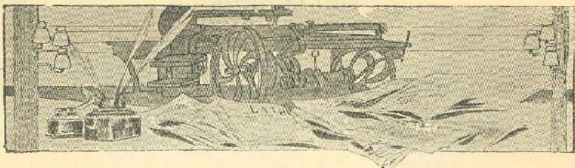
La humanidad realizará una de sus grandes conquistas el día que comprenda que si para la salud del cuerpo son nocivos los alimentos falsificados, para la felicidad no es menos dañoso vivir bajo el dominio de los errores.

“La vida, ha dicho Renán, no tiene otro ob-

jeto que la abnegación, la verdad y el bien." Este principio que nos negamos a admitir, es la base de la felicidad. El objeto de la vida es, pues, el de un ideal desinteresado.



Juan Finot.—Sociólogo y escritor francés. Murió en 1922. Publicó numerosos libros, entre ellos "El prejuicio de las razas" y "La ciencia de la felicidad". A este último corresponde el fragmento transcrito.



Libertad de imprenta

Entre los derechos que enumera el artículo 14 de la Constitución, hallamos el de “publicar las ideas sin censura previa”. Esta declaración asegura la libertad de imprenta, libertad que aparece consagrada por primera vez en la célebre “Declaración de los derechos del hombre”, sancionada por la Asamblea Constituyente de Francia, el 12 de Agosto de 1789. En los Estados Unidos, sin embargo, existía en las costumbres, antes de esa época, la libre emisión de las opiniones, lo que implicaba ya una tolerancia progresista.

En nuestro país, desde los primeros tiempos de la revolución, los diferentes estatutos dictados garantizaron la libertad de imprenta. Conviene recordar que anteriormente no existía esta libertad; las publicaciones debían pasar previamente por el examen de un tribunal llamado de la censura, de tal modo que solamente eran autoriza-

dos aquellos libros y publicaciones favorables a los gobiernos, o que contaran con su aprobación.

La prensa es un factor fundamental de progreso en todos los órdenes de la actividad humana, pues por su medio se divulgan las ideas, los conocimientos y los sucesos. Por otra parte, la libertad de imprenta permite a los ciudadanos el ejercicio de la crítica, tanto de los sucesos como de las costumbres del pueblo y de los actos gubernativos. Y tan poderosa es la influencia de la prensa, como reflejo de la opinión pública, que se la llama el cuarto poder del Estado. La prensa vigila, informa, aconseja y guía respecto de todas las cuestiones que interesan a la sociedad.

La libertad de imprenta es casi ilimitada en nuestro país, pues los gobiernos no pueden poner trabas a las publicaciones, siempre que ellas no sean inmorales ni ataquen la honra de las personas por la calumnia o la injuria. Los abusos cometidos por medio del libro o de la prensa, se llaman delitos de imprenta y son penados por las leyes.

Las opiniones políticas, religiosas y aun las puramente artísticas, llevan en ocasiones a excesos de expresión, de modo que la libertad, desvirtuada en sus fines por el apasionamiento, resulta peligrosa. Porque la prensa, para llenar su misión civilizadora, debe ser honesta y seria, y los escritores prudentes y moderados, a fin de ilustrar y educar al pueblo.

Larga y porfiada ha sido la lucha sostenida por la humanidad para conquistar las libertades públicas, entre ellas la de imprenta. La autoridad absoluta de los reyes y de los poderosos no consen-

tía que el pueblo examinara sus actos, revelara sus errores y abusos o indicara las conveniencias y anhelos generales de la sociedad, pues se consideraban infalibles, dueños y señores de las cosas y personas, de modo que cualquier juicio contrario era tenido por delito. Pero el progreso ha consagrado ya, en todos los pueblos civilizados, el derecho de emitir libremente las opiniones.





59

El trigo

Desde tiempos remotos ha sido el pan la base de la alimentación del hombre. Egipto fué el granero del mundo antiguo; Grecia y Roma se proveían del trigo egipcio. Por esta causa era tan codiciado el país de los faraones, que los romanos, mandados por Marco Antonio y por Octavio, trataron de conquistarlo, para convertirlo en colonia romana y aprovechar exclusivamente del trigo que proveían los valles del Nilo. Más tarde Julio César conquistó las Galias, o sea la Francia actual, porque también ese suelo producía el precioso cereal.

Andando el progreso, el cultivo del trigo ha ido extendiéndose en todas las regiones cuyo clima favorece su producción. En la actualidad, los principales proveedores de este producto, llamados por ello graneros del mundo, son la Argentina, Rusia y Estados Unidos. Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, La Pampa y Entre Ríos son las regio-

nes de nuestro país donde se cosecha mayores cantidades de trigo. Hay en él, sin embargo, sobrada tierra para producir tres veces más que en la actualidad, pero carece de brazos, es decir, de población que pueda dedicarse a la agricultura en mayor escala.

El cultivo de los cereales es fuente de riqueza para los que a esa tarea se consagran, pues son productos de fácil rendimiento y de segura colocación en los mercados de consumo. No sin razón se ha llamado al trigo "grano de oro", significándose con ello su inestimable valor para la economía de un pueblo. ¡Cuánta promesa de bienestar y de felicidad muestran a los ojos los trigales dorados que se dilatan sobre los campos! Las sementeras ondulan al impulso de los vientos y los millones de espigas que doblegan los flexibles tallos, indican los ópimos frutos del trabajo bienhechor.

Lo malo es que nuestros compatriotas prefieren, generalmente, vivir pobres y necesitados antes que salir al campo a trabajar y labrar su fortuna. Ese empeño de reconcentrarse en las ciudades, cuando toda la Patagonia, apta para el cultivo, está reclamando brazos de agricultores, es una de las causas del encarecimiento de la vida, porque aumenta el número de los habitantes que consumen en proporción superior al de los productores.





La pantorrilla del comandante

(DE R. PALMA)

Cuzco, 3 de Diciembre de 1822.

“Mi querido paisano y compañero: Aprovecho para escribirte, la oportunidad de ir el capitán D. Pedro de Uriondo con pliegos del virrey para el general Valdés. Uriondo es el malagueño más entretenido que madre andaluza ha echado al mundo. Te lo recomiendo muy mucho. Tiene la manía de proponer apuestas por todo y sobre todo, y lo particular es que siempre las gana. Por Dios, hermano, no vayas a incurrir en la debilidad de aceptarle alguna, y haz esta prevención caritativa a tus amigos. Uriondo se jacta de que jamás ha perdido apuesta, y dice verdad. Con que así, abre el ojo y no te dejes atrapar... Siempre tuyo.

Juan Echerry.”

Contestación:

Sama, 28 de diciembre de 1822.

“Mi inolvidable camarada y pariente: Te escribo sobre un tambor, en momentos de alistarse el batallón para emprender marcha a Tacna, donde tengo por seguro que vamos a copar al gaucho Martínez antes de que se junte con las tropas de Alvarado, a quien nos proponemos después hacer bailar el “zorongo”. El diablo se va llevar de esta hecha a los insurgentes. Ya es tiempo de que cargue Satanás con lo suyo y de que las charreteras de coronel luzcan sobre los hombros de este tu invariable amigo.

Te doy las gracias por haberme proporcionado la amistad del capitán Uriondo. Es un muchacho que vale en oro lo que pesa, y en los pocos días que lo hemos tenido en el cuartel, ha sido la niña bonita de la oficialidad. ¡Y lo bien que canta el diantre de mozo! ¡Y vaya si sabe hacer hablar a las cuerdas de una guitarra!

Mañana saldrá de regreso para el Cuzco con comunicaciones del general para el virrey. Siento decirte que sus laureles como ganador de apuestas, van marchitos. Sostuvo esta mañana que el aire de vacilación que tengo al andar dependía, no del balazo que me plantaron en el Alto Perú, cuando lo de Huaquí, sino de un lunar, grueso como un grano de arroz, que según él afirmaba, como si me lo hubiera visto y palpado, debía yo tener en la parte baja de la pierna izquierda. Agregó con un aplomo digno del físico de mi batallón, que ese lunar era cabeza de vena y que

andando los tiempos, si no me lo hacía quemar con piedra infernal, me sobrevendrían ataques mortales al corazón. Yo, que conozco los alifafes de mi agujereado cuerpo y que no soy lunarejo, solté a reír. Picóse un tanto Uriondo y apostó seis onzas a que me convencía de la existencia del lunar. Aceptarle equivalía a robarle la plata, y me negué; pero insistiendo él tercamente en su afirmación, terciaron el capitán Murrieta, nuestro paisano Goytisoló, el teniente Silgado, el padre Marieluz, que está de capellán en la tropa y otros oficiales, diciéndome todos: "Vamos, comandante, gánese esas peluconas que le caen de las nubes."

¿Qué habrías hecho tú en mi caso? Lo que yo hice, seguramente. Enseñar la pierna desnuda para que todos viesan que en ella no había ni sombra de lunar. Uriondo se puso más rojo que camarón y tuvo que confesar que se había equivocado. Y me pasó las seis onzas, que se me hizo cargo de conciencia aceptar; pero que al fin tuve que guardarlas, pues él insistió en declarar que las había perdido en toda regla. Contra tu consejo, tuve la debilidad de aceptarle una apuesta a tu conmigo desventurado malagueño, quedándome más que el provecho de las seis amarillas, la gloria de haber sido el primero en vencer al que tú considerabas invencible... Tocan en este momento llamada y tropa. Dios te guarde de una bala traidora y a mí... lo mismo.

Domingo Echizarraga."

Nueva carta:

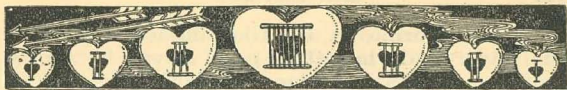
Cuzco, Enero 10 de 1823.

“Compañero: Me... fundiste! El capitán Uriondo había apostado conmigo treinta onzas a que te hacía enseñar la pantorrilla el día de Inocentes. Desde ayer hay, por culpa tuya, treinta peluconas de menos en el exiguo caudal de tu amigo, que te perdona el candor y te absuelve de la desobediencia al consejo.

Juan Echerry.”



Ricardo Palma.—Poeta e historiador peruano, autor de “Las tradiciones”. Nació en Lima en 1833.



Mármol



Los pueblos tienen sus hombres representativos en las diversas épocas de su existencia; son hombres en quienes parecen concretarse o todas las alegrías que derivan de la libertad, de la paz y de la abundancia, o todos los dolores causados por la tiranía, el desorden y la pobreza. Son los poetas.

Vicente López y Planes fué el representante de la generación que en 1810 inició la cruzada libertadora; el Himno Argentino traduce el ideal de aquellos patriotas que aspiraban a la libertad sudamericana; fué el poeta que expresó los sentimientos cívicos en medio de las guerras que sostenían nuestros ejércitos contra el enemigo.

Del mismo modo, José Mármol fué el bardo de otra generación: de aquella que se vió oprimida por el gobierno despótico de Juan Manuel

de Rozas. Formó en las filas de los emigrados que huyeron de la patria para salvar la vida y protestar contra el poder que había anulado las libertades. Peregrinó por América, anatematizando al tirano en inmortales versos, que reflejaban las amarguras de los proscriptos, ante el espectáculo de la nación anarquizada.

Privado él mismo de su libertad, antes de la expatriación, cuéntase que escribió en las paredes de la cárcel la siguiente vibrante estrofa:

“¡Muestra a mis ojos espantosa muerte,
mis miembros todos en cadenas pon;
¡bárbaro, nunca matarás el alma
ni pondrás grillos a mi mente, no!”

Puede juzgarse por este fragmento cuál sería el temple de aquellos patriotas que se veían privados de su hogar y de sus amistades, por culpa de un gobernante cruel que había convertido a la república en un pueblo de esclavos. Bien se observa, sin embargo, que los déspotas suelen padecer errores de funestas consecuencias; primero, con el inútil despotismo con que agobian a los pueblos, y luego porque olvidan, acaso enceguecidos por la pasión, que es fácil matar a un hombre, encerrarlo en una prisión o desterrarlo de su patria, pero es imposible evitar que las ideas se difundan, como se afirma en la estrofa que insertamos.

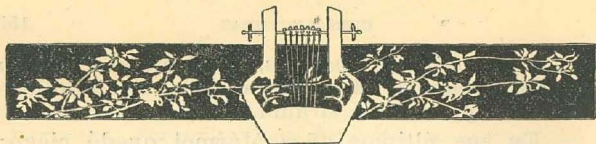
La popularidad de Mórmodl, aun muchos años después de su muerte y lejanos ya los sucesos en que le tocara actuar, subsiste no sólo

por sus admirables poesías, sino también por su difundida novela "Amalia", que es una fiel pintura de la época de la tiranía.

En sus últimos años Mármol quedó ciego; pero sentíase feliz sabiendo a su patria organizada y en paz, pues no anhelaba otra cosa su alma de buen ciudadano.



José Mármol.—Nació en Buenos Aires en 1818 y murió en 1871. Fué senador y director de la Biblioteca Nacional.



Mi madre

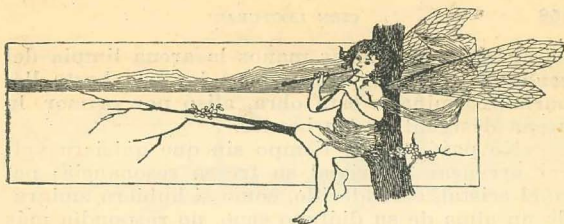
(DE E. DE AMICIS)

No siempre el tiempo borra la hermosura
ni la marchitan llanto y desengaños:
mi buena madre, ya agobiada de años,
más hermosa parece a mi ternura.

Todo: su acento, su mirar, su trato,
me toca el corazón tan dulcemente,
que si fuese pintor, constantemente
haría su retrato.

Mas, si el cielo mis ruegos escuchara,
no pidiera en verdad el don divino
de Rafael de Urbino
para exornar de resplandor su cara...

Trocar querría yo vida por vida,
darle en ofrenda mi vigor lozano:
verme yo convertido en un anciano
y a ella de dicha y juventud henchida!



Mirando jugar a un niño

(DE J. E. RODÓ)



Jugaba el niño, en el jardín de la casa, con una copa de cristal que en el limpio ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola, no muy firme, en una mano, traía en la otra un junco con el que golpeaba acompasadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaros, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires.

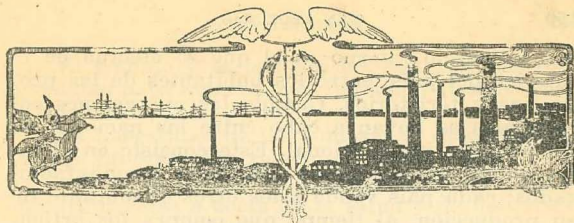
Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego: se inclinó a tierra, recogió

en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fué vertiendo en la copa hasta llenarla. Terminada esta obra, alisó por primor la arena desigual de los bordes.

No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver arrancar al cristal su fresca resonancia; pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondía más que con un ruido de seca percusión al golpe del junco. El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró, como indeciso, a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas, en espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella, y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó graciosamente en la copa de cristal, vuelto en ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa.

Orgulloso de su desquite, levantó, cuán alto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.

José Enrique Rodó.—Notable literato uruguayo. Nació en 1872 y murió en 1916. Sus principales obras son "Ariel", "Motivos de Proteo" y "El mirador de Próspero".



El comercio

Realízase el comercio mediante las operaciones designadas con los nombres de compra, venta, permuta y transporte, siempre que sean efectuadas con el propósito de especular, es decir, de obtener ganancia o utilidad. Llámase comerciantes a los hombres que se dedican a tales actividades.

El comercio tiene lugar debido a dos fenómenos sociales: la producción y el consumo. En efecto; mientras un grupo de hombres produce los artículos necesarios o útiles a la existencia, los otros consumen, adquiriéndolos de los productores.

Conviene observar que el comercio se complica a medida que los artículos van pasando de mano en mano, antes de ser usados o consumidos, de cuya circunstancia proviene el encarecimiento, puesto que debiendo todos y cada uno de los comerciantes ganar sobre la mercadería, su precio llega notoriamente aumentado al último comprador.

Comercio interno es el que se efectúa en el interior del país entre los habitantes de las provincias y territorios. Cuando las operaciones comerciales se llevan a cabo entre las naciones, el comercio es internacional. Este consiste en el intercambio de productos naturales o manufacturados; cada país vende a los otros el sobrante de su producción, al tiempo que compra los artículos de que carece, o que no posee en cantidad suficiente para el consumo de su población. En este concepto es que la República Argentina vende cereales a las demás naciones y adquiere en ellas carbón, maquinarias, etc. Como se ve, el comercio internacional se realiza por la importación y la exportación.

Para facilitar el intercambio comercial, que es fuente de riqueza, casi todos los Estados celebran entre sí tratados de comercio, en cuya virtud se acuerdan recíprocas facilidades para la entrada y la salida de determinados productos, sea eximiéndoles de los derechos aduaneros, sea rebajándoles las tarifas, pues no debe olvidarse que las naciones fijan impuestos a toda mercadería que entra o sale del territorio: son los derechos de aduana. Sólo en casos especiales los artículos de exportación y de importación quedan libres de impuestos.

La riqueza y prosperidad material de los pueblos se aprecia por el desarrollo de su comercio; cuanto más activas son las operaciones comerciales, es que mayores riquezas están en circulación. Las guerras y las epidemias paralizan el comercio y ocasionan la pobreza; se dice entonces que hay crisis económica.

El trabajo y la paz son los factores más importantes para aumentar la fortuna y desenvolver el comercio.

La honestidad de los hombres es otro elemento que favorece las relaciones comerciales, pues hay comerciantes tan desalmados que no vacilan en enriquecerse a costa de la salud y de las miserias del pueblo. Estos son los mayores enemigos del comercio y del bienestar colectivo.





La mitología griega

“Los griegos fueron los más ilustrados de los hombres, los que tuvieron ciudades más cultas y gobiernos más libres”, ha dicho un escritor.

Esta grandeza del pueblo heleno fué labrada con el estudio y el trabajo, en los que cada ciudadano trató de sobresalir. Y para honrar todas las actividades a que se dedicaban, imaginaron dioses y semidioses protectores de las ciencias, las artes, el comercio, etc., destinándoles una morada en la cima del monte Olimpo; de ahí que se les llamara dioses olímpicos.

Júpiter, el dios más poderoso, era señor del cielo; Apolo, de la luz; Neptuno, de los mares; Marte, de la guerra; Mercurio, del comercio; Vulcano, el herrero, del fuego; la diosa Juno, de los casamientos; Vesta, del hogar; Minerva, de la ciencia; Venus, de la hermosura y el amor; Diana, de los bosques, y Ceres, de las cosechas.

Tenían además diosas de inferior categoría, a las que denominaron musas, las cuales favorecían el incremento de las bellas artes y de la sabiduría. Así, para la historia, Clío; para la come-

dia, Talía; para la tragedia, Melpómene; para la elocuencia, Polimnia; para la música, Euterpe; para la astronomía, Urania; para la danza, Terpsícore, y para la poesía Erato y Calíope.

Como se ve, cada rama del saber y cada actividad a que los hombres se consagran, estaban simbolizadas por divinidades a las que pintores y escultores representaban siempre con la mayor belleza imaginable.

Para llegar Grecia a tan alto grado de cultura, le fué necesario, como ocurre a todos los pueblos, vencer mil dificultades; soportar guerras, levantar ciudades, crear puertos comerciales, educar e instruir a los habitantes, arar la tierra, sanear los pantanos, limpiar los bosques de fieras hacer caminos, construir naves, etc.. Estos trabajos, ejecutados por los griegos hasta conseguir el orden y la prosperidad, también fueron simbolizados en personajes legendarios, llamados héroes o semidioses. Según la leyenda, los héroes y no los hombres llevaron a cabo las empresas que acabamos de citar. De este modo se poetizaba la tradición nacional.

El más notable de los héroes fué Hércules, o Alcides. Venció a un furioso león que destrozaba las selvas; mató a una hidra venenosa, de siete cabezas, que habitaba en un pantano, causando daños al vecindario; dominó a un feroz jabalí; alejó de un lago las aves de rapiña que ocasionaban muchos perjuicios; se apoderó de un toro monstruoso que asolaba el país; abrió el estrecho de Gibraltar, llamado también Columnas de Hércules, etc. Otros héroes sobresalientes fueron Teseo y Perseo. Venían después los héroes secundarios, co-

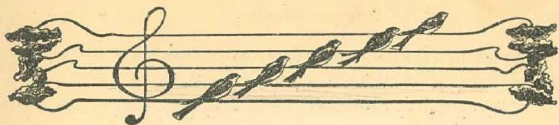
mo Prometeo, de quien se decía haber robado el fuego del cielo. Júpiter, airado contra él, le encadenó a una roca, durante siglos, y envió a un buitre para que le devorase las entrañas. En su sentido moral, Hércules simbolizaba la fuerza, el valor, la justicia, que eran cualidades de los griegos.

Teseo representaba el gobernante que limpió de bandidos el territorio y favoreció el progreso.

Por otra parte consagraron a Orfeo y a Lino, hijos de Apolo, como padres de la música, y a Morfeo como protector del sueño.

, Los romanos adoptaron gran parte de la mitología griega, levantando templos colosales en honor de Júpiter, de Marte y de Vesta.





Beethoven



Es la música una de las artes más delicadas, pues tiene la virtud de suavizar las pasiones, calmando las iras del corazón. Hasta las bestias feroces son sensibles al poder de los sonidos, y cuéntase como prueba de ello, que un violinista, extraviado en el desierto, pudo salvarse de las garras de un lobo tocando el violín durante toda la

la noche. La fiera se detuvo a escuchar la música, olvidándose de acometer al infeliz artista.

Con mayor razón la música emociona al hombre; por eso se ve que en los momentos de grande agitación pública suele recurrirse a la orquesta, o al instrumento que se tiene a mano, para calmar el tumulto, serenando los ánimos. Eso aparte, es inmenso el placer que la música produce al espíritu. De allí proviene la admiración y simpatía que despiertan en nosotros los músicos, especialmente aquellos que han sabido tocar

nuestros sentimientos, elevando nuestra alma hacia el bien y la belleza.

Uno de los compositores más geniales ha sido Luis de Beethoven, a quien con justicia podemos llamar el príncipe de los músicos, pues llegó a expresar los sentimientos con inspiración no superada.

Admirador de Napoleón, escribió una "Sinfonía heroica" para honrar el nombre de aquel gran guerrero. La obra, sin embargo, no llegó a manos de éste, porque Beethoven, indignado y herido en sus ideas republicanas, rasgó el manuscrito al saber que Bonaparte se había hecho proclamar emperador. Sólo años después, cediendo a la solicitud de sus amigos, se resolvió a rehacerla, modificando la segunda parte y substituyendo el título primitivo de "Buonaparte", por el de "Sinfonía heroica para conservar el recuerdo de un grande hombre".

Beethoven era más bien tímido, no obstante su celebridad. Amaba la vida solitaria y habitaba dar largos paseos a pie por los alrededores de la ciudad. Cuéntase con este motivo, que caminando cierta noche por una calle tranquila, oyó que en una casa tocaban al piano una de sus obras. Empujó la puerta y entró; la ejecutante era una niña, quien al oír los pasos, volvióse a él, preguntando:

—¿Eres tú, papá?

Beethoven comprendió que se hallaba frente a una ciega, y cariñosamente repuso:

—No, no soy tu papá, pero sí uno de tus mejores amigos: soy Beethoven.

—¡Qué pena no poder verle a Ud.!—exclamó la niña.

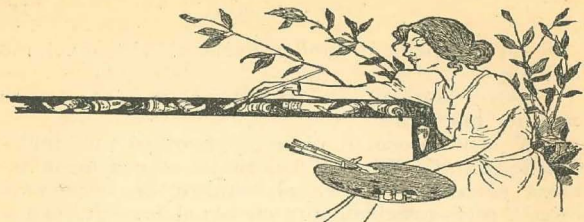
—No importa — contestó el músico; — en cambio, me oirás.

Y sentándose al piano, improvisó una melodía de infinita dulzura. Tal fué el origen de la famosa sonata que lleva el nombre de “Claro de luna”, pues precisamente en aquel instante el astro de la noche enviaba un rayo a través de la ventana.

Una gran desgracia amargó a Beethoven durante largos años: la sordera. Y se cree que fué ésta la causa que le hiciera tan poco afecto a la sociedad de los hombres.

Falleció en Viena y un cortejo de treinta mil personas le acompañó a su última morada, en medio del duelo público por la muerte de tan insigne artista.





Las bellas artes

Dice un viejo proverbio que “no sólo de pan vive el hombre”, con lo que se quiere significar que, teniendo la especie humana necesidades y costumbres superiores a las de los animales, no se conforma con satisfacer las exigencias de los instintos, como beber, comer y dormir, sino que reclama otra clase de alimentos para nutrir su espíritu. Esta condición nos diferencia profundamente de las bestias.

Es así como el hombre ha necesitado crear las bellas artes, que comprenden la música, la poesía, el canto, la pintura, la escultura y la arquitectura, y las cultiva con tanto empeño como se procura el pan, éste para llenar las exigencias de la vida y aquellas para embellecerla con sensaciones agradables.

Nadie ignora la poderosa influencia que sobre el alma ejerce la música, cuyos sonidos armoniosos despiertan en nosotros nobles y tiernos sentimientos. Aun los pueblos salvajes la cultivan,

aunque es, naturalmente, tanto por su ejecución como por los instrumentos de que se sirven, mucho más simple y rudimentaria que en los pueblos civilizados. x

La poesía es fruto de las civilizaciones más adelantadas. Es también una música, expresada con palabras, en la que se traducen las amarguras, las esperanzas, los anhelos del hombre; en ella se emplea generalmente el verso, que exige una mayor sensibilidad espiritual en quien ha de producirla. La poesía refleja también las desgracias y prosperidades de los pueblos; así, son poetas nacionales aquellos que cantan los sentimientos de las colectividades en sus días de júbilo o de infortunio.

El canto es un modo de ser de la música; consiste en sonidos armónicos emitidos por la voz humana, en vez de serlo por los instrumentos.

La escultura, la pintura y la arquitectura son realizaciones de la belleza por medio de la forma, del color y de la línea.

La primera expresa en el mármol, en el bronce, en la cera, etc., las formas naturales de los seres.

La arquitectura es el arte de proyectar y construir los edificios, cuyas líneas, formas y decoraciones han de obedecer a combinaciones y modelos especiales, llamados estilos. Los más notables de éstos son el griego, el romano, el gótico y el árabe, que se diferencian entre sí por las formas de las cúpulas y columnas y por el carácter de las decoraciones.

El hombre primitivo vivió en chozas; el hombre civilizado no sólo quiso casa sólida y có-

moda, sino que la deseó hermosa: la arquitectura satisfizo este anhelo.

La pintura, por último, es el arte que reproduce los paisajes, los seres y las cosas por medio del color. Crea también obras imaginarias, productos de la fantasía del artista.

Las bellas artes, según queda dicho, contribuyen a embellecer la vida, educando los sentimientos y estimulando la inteligencia. Con justicia suele apreciarse la cultura de los pueblos según el grado que en ellos ha alcanzado el cultivo de aquellas.





Noche de perros

(De MARTIN GIL)

En el mes de septiembre — hace ya mucho tiempo — llegaba yo y mi sirviente a la estancia “La Choza”, del ilustre doctor Bernardo de Iri-goyen, munido de una recomendación de dicho hombre de estado. para su administrador, el señor Zalazar, cordobés como yo y muy cumplido caballero, como suelen ser todos los cordobeses. Supongo que a nadie le importará saber a qué iba yo a “La Choza”, pero si alguien se interesa, por aquello de que todos quieren meterse en lo ajeno, no tengo inconveniente en satisfacer su curiosidad: iba yo con el estómago por los suelos, es decir, enfermo de esa víscera; me faltaba lo que le sobra al avestruz: pepsina, y tenía la esperanza — si es que un enfermo del estómago puede abrigar alguna, — de levantarlo en el campo. Fuí, pues, recibido con todas las atenciones por el señor Zalazar.

—El amigo Gil querrá salir a caballo, ¿no es verdad?

—Con mucho gusto, señor.

—Pues entonces le haré ensillar el malacara de don Bernardo, su caballo de confianza.

—¡Tánto honor!

Monté en el gran malacara—una especie de cilindro envuelto en grasa — tan estúpidamente gordo, que hasta las articulaciones habían perdi-

do la noción de sus funciones. El animal se movía de una pieza, así como esos caballos de madera que usan los niños y que tienen clavadas sus cuatro patas en dos balancines de silla-hamaca.

Intentamos galopar, pero en menos tiempo que canta un gallo enano, me encontré tendido de boca sobre un cardal lustroso. Este fenómeno, según Zalazar, se debía a que don Bernardo nunca galopaba, así que el malacara había olvidado el mecanismo del galope; por lo tanto se trabó... y lo demás fué por cuenta exclusiva de la ley de gravedad.

—Venga, amigo Gil, le mostraré algo muy notable — me dijo Zalazar, señalando una jaula de hierro.

En el primer momento creí ver un par de tigres de Bengala, que se abalanzaban furiosos al mirarme.

—Estos son dos perros de raza mastín — me dijo,—traídos de Inglaterra. El doctor los quiere mucho, y son mansos con él; pero ya han hecho pedazos (la ropa por lo menos) a varias personas, y en los días nublados, cuando salen a retozar a los potreros, generalmente matan vacas, novillos, ovejas o lo primero que se les presenta: se les prenden del hocico ¡y al suelo! en seguida colmillo a la garganta y asunto concluído! Eso lo hacen por vía de ejercicio. Ahora los largarán como de costumbre, para encerrarlos al anoecer.

Francamente me hizo poca gracia todo este relato, pues un peligro, por más lejano que esté, nunca hace gracia.

—Como Ud. estará algo fatigado — me dijo Zalazar, después de comer — lo acompañaré hasta

su cuarto para que se acueste; tendremos que andar unos cincuenta metros, pues le hemos arreglado pieza en la casa del doctor, así que Ud. y su sirviente serán los únicos habitantes de ella por lo pronto.

Efectivamente, me encontré dueño y señor de un caserón, rodeado por un espléndido bosque de eucaliptus. Viéndome instalado, el señor Zalazar dió las buenas noches y se fué. Mi sirviente se acostó en la pieza contigua a la mía y yo me quedé en la galería, no sin sentir un cierto malestar, producido quizá por encontrarme solo de noche, en una casa desconocida y vacía, rodeada por un bosque tenebroso, y todo ésto sumergido en un profundo silencio: el silencio del campo.

La atmósfera estaba pesada, aunque el barómetro dice que en tal caso está liviana. A cada instante el rayo, con su espada de zig-zag atravesaba con furia las entrañas de las nubes, partiéndolas en tajadas luminosas.

Cuando principiaron a caer las primeras gotas, esas gotas tibias, grandes como cuentas de cristal, propias de las lluvias primaverales, y el exquisito olor a tierra mojada invadió la atmósfera — perfume debido, según Berthelot a un humilde microbio — resolví acostarme para oír llover a mi gusto.

Había dejado la puerta entreabierta y me encontraba sentado en la cama a la luz de una vela y a medio vestir, con una pierna en número cuatro y con ambas manos y mis cinco sentidos puestos sobre un impertinente nudo ciego que había hecho presa en una de mis polainas, esos nudos insolubles que no aflojan ni a diente con saliva, y

que por último hay que aplicarles el sistema del gran Alejandro; me hallaba en tal posición, decía, cuando sentí algo así como una de las notas más graves del órgano, y levantando la cabeza vi un perrazo enorme a mi lado, brillándole un par de ojos inmóviles y amarillos como dos esterlinas.

No hay duda que en un gran peligro se piensa más cuerdamente que en un percance de poco valor.

Al instante me di cuenta de que si me movía quedaba convertido en menudo picadillo; así que permanecí más quieto que un poste, con las dos manos puestas sobre el nudo ciego y los cinco o seis sentidos sobre el mastín. Ignoro qué tiempo pasamos en ese estado, pero algún buen rato debió ser, porque al fin el perro resolvió echarse, pero sin cambiar de sitio ni de visual. Me miraba este bruto con tal insistencia y fijeza, que parecía en éxtasis, haciendo yo, por lo tanto, el papel de visión. Intenté resolver el problema de llegar con la cabeza a las almohadas. Según mis cálculos, en dos horas debía llegar—si el perro no disponía otra cosa—moviéndome a razón de un centímetro por minuto. Iba yo descendiendo la curva con toda felicidad, repartiendo las miradas entre el animal y las almohadas, cuando sonó con estrépito un elástico del colchón. Al mismo tiempo, se puede decir, rugió el perro, levantándose como impulsado por un resorte. . . Me miró un momento y volvió a echarse gruñendo. Aproveché este acto de generosidad para llegar a las almohadas. Después fui subiendo las piernas con la mayor cautela imaginable y quedé acostado en forma. Al poco rato, la vela entró en agonía y expiró, entregando su espíritu a la atmósfera.

De vez en cuando un relámpago iluminaba la pieza; entonces tenía la satisfacción de ver en el mismo sitio a mi fiel guardián. La situación, al fin, iba resultando pasable. Con tal de no dormirme, para evitar ronquidos o cualquier movimiento fuera de programa, estaba salvo. Me dediqué pues a pensar en cualquier cosa hasta que amaneciera, pero resultó que se me agotaban todos los temas y el alba no llegaba.

Felizmente, la luna, cual una monja enclaustrada y curiosa, asomaba a cada instante su cara blanca y redonda por entre las grietas de las nubes en movimiento y los barrotes de una ventana que tenía al frente.

Por fin la tierra enderezó su lomo, pero recién como a las nueve de la mañana golpeó la puerta una sirvienta y me preguntó si deseaba tomar algo.

—Tomaré el portante, — le contesté, — después que saquen este perro.

—¿Qué dice, señor?

—¡Que entre y saque este animal!

—Pero, ¿se habrán salido los perros?—refunfuñó la mujer, entrando a la pieza.—¿Y el otro? dijo.

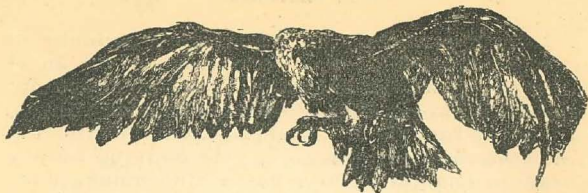
—¿Qué otro?

—¡El otro perro!

Entonces se oyó una voz como de ultratumba que decía:

—Aquí está desde anoche... Haga el servicio...

Era el pobre de mi sirvienta que hablaba por entre las mantas y almohadas que se había echado sobre la cara...



69

Hacia las cumbres

(De BELISARIO ROLDAN)

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
¡Si es el rumbo de tu vuelo,
bajo el manso azul del cielo,
ese elevado confín
donde el Ande alza sus galas,
lleva en el pico y las alas
un saludo a San Martín!

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Di al patriarca generoso
que el corazón sin reposo
de su pueblo lo acompaña;

y lejos de esa montaña
que alberga al cóndor y a él,
tejen aquí las matronas
para su frente, coronas
de rosas y de laurel...

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Dile que nuestras plegarias
se levantan ofrendieras
y tiene tanto este ruego
de esperanzas y de fuego,
de fe, de luz y de amor,
que si en los Andes ardiera
la nieve se derritiera
de sus rayos al calor...

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Dile en tu alado mensaje
que temblando de homenaje,
en las viviendas tranquilas
cantan versos y hacen hilas
las mujeres... Dile, en fin,
que puro, santo, infinito,
de las almas brota un grito,
este grito: ¡San Martín!





Afianzar la justicia

Uno de los principales fines perseguidos por los hombres que dictaron la Constitución Nacional, fué el de afianzar la justicia.

Afianzar la justicia significa velar por la tranquilidad social, reprimiendo o castigando los excesos de los que violan las leyes o lesionan los derechos de los demás.

En las naciones en estado de barbarie o de organización política primitiva, el derecho pertenece a los más fuertes, quienes disponen de la vida y de la fortuna de sus conciudadanos, sin otro freno que el de su propia voluntad o poder; pero en las sociedades civilizadas, fuertes y débiles están igualmente amparados por las leyes.

Para afianzar la justicia, el poder público dicta leyes y crea los magistrados encargados de aplicarlas. Esos magistrados son los jueces. Se comprende que tales funcionarios, para cumplir su misión con ecuanimidad, deben ser sabios y honestos: sabios a fin de proceder con acierto en la interpretación de las leyes, y honestos para no obrar movidos por simpatías o por interés perso-

nal. De aquí que la elección de estos funcionarios deba hacerse entre los ciudadanos más capacitados por su rectitud y competencia.

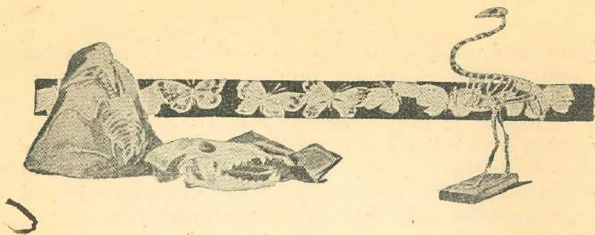
Es tal la majestad de la justicia, que los antiguos la simbolizaron en la figura de una mujer que tiene en la mano la balanza en que se pesan las acciones o derechos, y en la otra una espada, que significa el poder para aplicar la ley.

Sin embargo, para afianzar la justicia en los pueblos no basta que existan leyes sabias y magistrados prudentes; es necesario, sobre todo, que los ciudadanos tengan la costumbre de acatar aquellas, más que por el temor a sus sanciones, por el convencimiento de su virtud y por el respeto que inspira la prudencia de quienes las dictan y la rectitud de quienes las aplican.

La sanción de las leyes está reservada al poder legislativo; pero es de advertir que en la antigüedad eran redactadas por los ciudadanos más competentes en la ciencia del derecho, de suerte que el pueblo confiaba en su sabiduría y las acataba sin reservas.

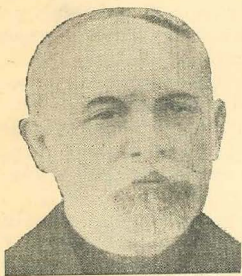
La obediencia a las leyes se obtiene por la educación, que aconseja el respeto a los bienes y a los derechos ajenos. Por eso, solamente en los pueblos cultos puede ser la justicia una conquista social efectiva.

La historia nos enseña que en las naciones poco civilizadas, donde no existe el respeto a las leyes, reina el desorden y el malestar, porque nadie se siente seguro ni en su vida ni en sus bienes.



71

Ameghino



Mientras la mayoría de los hombres consumen sus actividades en los negocios, procurando la riqueza o el lujo, unos pocos se alejan del bullicio, dedicándose a investigar las verdades o a resolver los problemas de la ciencia, cuya aplicación ha-

brá de aprovechar luego la humanidad.

Uno de estos virtuosos fué Florentino Ameghino, verdadera gloria de la república. No vaya a pensarse, sin embargo, que fuese un hombre antisocial, indiferente a la vida de la comunidad; por el contrario, se preocupó del bien público y amó el calor del hogar, que le ofrecía descanso y solaz en medio de sus rudas tareas de investigador. "En aquella casa, dice el escritor Leopoldo Lugones,

X

reinaban todas las virtudes que cimientan la sociedad y la familia: la honradez, la generosidad, el amor de la verdad llevada hasta el sacrificio, el culto a la patria y la fidelidad intachable y la fraternidad ejemplar como ninguna. De ella salió profuso el bien para todos, y nunca el mal para nadie.”

Ameghino estudió la Geología, o ciencia que trata de la formación y estructura de la tierra, y la Paleontología, o ciencia que se ocupa de los restos fósiles de los animales y vegetales que existieron en el globo en las épocas primitivas.

Durante cerca de medio siglo—desde su adolescencia—Ameghino se dedicó a excavaciones del suelo, examinando las piedras y los fósiles, y reconstruyendo con éstos las formas de animales desaparecidos.

Descubrió así multitud de seres que eran ya completamente desconocidos; y lo que es más admirable, llegó a la conclusión de que la especie humana tuvo su origen en las pampas argentinas, lo mismo que un gran número de reptiles y de mamíferos. Según sus teorías, los habitantes de América no eran venidos del antiguo continente, sino por el contrario, el hombre primitivo había emigrado de aquí, en épocas antiquísimas.

Puso al servicio de la ciencia tal constancia y abnegación, que puede decirse que vivió para ella, contraído a su afán de saber y de penetrar los secretos más remotos del origen de los seres y del universo. Ocupóse también de invenciones de utilidad práctica, creando un sistema sencillo de taquigrafía.

Ameghino enriqueció los museos de Buenos

Aires, La Plata y varios de Europa, con ejemplares de fósiles que desenterró de la Patagonia y en las regiones bonaerenses. En cuanto a su labor escrita, es enorme, pues sus trabajos científicos comprenden numerosos libros y folletos.

Es lamentable, sin embargo, que este benefactor de la humanidad fuera a menudo olvidado por los gobiernos y por la sociedad, al extremo de que vivió poco menos que abandonado y pobre. Pero la posteridad ha sabido reconocer los méritos del gran sabio, cuyo nombre es ahora respetado en todos los centros científicos del mundo.



Florentino Ameghino.—Nació en Luján, provincia de Buenos Aires, en 1854 y murió en La Plata en 1911. Sabio naturalista. Entre sus obras citaremos: "Filogenia", "Antigüedad del hombre en el Plata", "Doctrinas y descubrimientos".



El caballo

(De BUFFON)



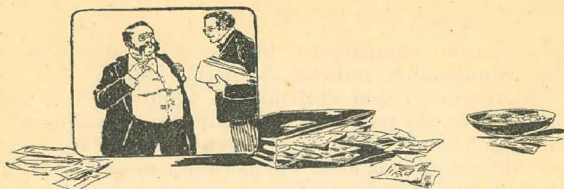
La más noble conquista que haya hecho el hombre, es la de ese soberbio y fogoso animal que comparte con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates. Tan intrépido como su dueño, el caballo va al peligro y lo afronta; acostúmbrese al ruido de las armas, lo ama, lo busca y anima a aquel del mismo ardor. Comparte también los placeres; en la caza, en los torneos, en la carrera, brilla, chispea. Pero, dócil al par que animoso, no se deja arrebatar por sus bríos; sabe reprimir sus movimientos: no sólo se doblaba bajo la mano del que le guía, sino que parece concentrar sus deseos, y obedeciendo siempre a las impresiones que de él recibe, se precipita, se modera o se para; es una criatura que renuncia a su ser para no existir más que para la voluntad de otro a la que sabe aún anticiparse; que por la prontitud y certeza de sus

movimientos, la expresa y ejecuta; que siente tanto como se desea y no hace más que lo que se quiere; que entregándose sin reserva, a nada se niega, sirve con todas sus fuerzas, se excede y aun muere para obedecer mejor.

La naturaleza es más bella que el arte; y en su ser animado, la libertad de movimiento constituye la bella naturaleza. Ved esos caballos que se han multiplicado en las comarcas de la América española, y viven en plena libertad: su andar, su galope, sus brincos, no son ni violentos ni medidos. Ufanos de su independencia, huyen de la presencia del hombre, cuyos cuidados desdeñan; buscan y hallan ellos mismos el alimento que les conviene; vagan, retozan libremente por inmensas praderas, donde disfrutan las nuevas producciones de una primavera siempre nueva; sin albergue fijo, sin otro amparo que el de un cielo sereno, respiran un aire más puro que el de las caballerizas donde los encerramos. De ello resulta que esos caballos salvajes son mucho más fuertes, más ligeros, más musculosos que la mayor parte de los caballos domésticos. Tienen lo que da la naturaleza: fuerza y nobleza; los otros sólo tienen lo que puede dar el arte: destreza y gracia.



Jorge Luis Buffon. — Famoso naturalista francés. Nació en Montbart (Costa de Oro) en 1707 y murió en París en 1788.



Buscando un juez

I

Don Enrique García era un hombre bueno y honesto, incapaz de hacer mal a nadie ni de contraer obligaciones que no cumpliese puntualmente. Así, nunca había tenido ocasión de dar que hacer a la justicia, de modo que llegó a considerar innecesaria, al menos para él, la existencia de los jueces, como asimismo saber qué tribunales hay en la república, ni cuáles son sus funciones. No ignoraba, ciertamente, que existen jueces, y ya le parecía saber demasiado.

Pero, ¡cuán distante estaba de la realidad! No es de extrañar, sin embargo, pues como don Enrique hay millares de ciudadanos que ignoran los procedimientos judiciales más simples y el rol de las autoridades en la administración de la justicia.

En cierta ocasión, empero, una serie de acontecimientos imprevistos trastornaron la vida de don Enrique, obligándole a peregrinar por los estrados de la justicia, según se verá. Y fué enton-

ces cuando comprendió la necesidad de conocer la organización judicial de la república.

Aconteció que viniendo de Montevideo le robaron a bordo parte de los equipajes, con dinero y documentos de valor. Como no los recuperase a pesar de sus diligencias, apenas hallóse en tierra se dirigió al Juzgado de Paz, en la sección de su domicilio, para entablar demanda contra el capitán del barco. Pero el Juez le dijo:

—Nada tengo que ver en este asunto, y le dió las espaldas.

Salió don Enrique descorazonado y fué a pedir consejos al barbero, su vecino, que gozaba fama de entendido en cuestiones de este jaez.

—Preséntese a los tribunales y demánde-lo ante el Juez de 1.ª Instancia, díjole el barbero.

Fué allá nuestro hombre y no bien formuló su queja, el secretario le contestó: “No corresponde aquí”.

Molestado ante el nuevo contratiempo, quiso desistir de la demanda, pero alguien le indicó que consultara el caso con un abogado.

—Debe usted recurrir al Juez Federal, díjole éste; hay tres en la Capital: dos en lo civil y comercial y uno en lo penal. El Juez Federal entiende directamente en los casos regidos por la Constitución misma, o por los tratados internacionales; en los pleitos entre ciudadanos y extranjeros, o entre vecinos de la capital y de una provincia; en los casos de apresamiento, choques, averías, naufragios, contrabandos, delitos, etc., que tienen lugar en barcos que toquen el puerto de la capital o puntos inmediatos a ella. Su caso es un delito cometido a bordo de un barco que ha tocado nuestro puerto.

Don Enrique fuése al Juzgado Federal, donde, en efecto, fué atendida su reclamación.

Algún tiempo después ocurrióle otro caso no menos interesante: un inquilino o locatario de una de sus casas negóse a pagarle el precio del alquiler. Nuestro héroe se dijo: “¡Lo demandaré ante el Juez Federal!” Y dicho y hecho: se encaminó allá, pero con sorpresa suya en el Juzgado le contestaron:

—Aquí no corresponde.

—¿Y dónde corresponde?—replicó don Enrique malhumorado.

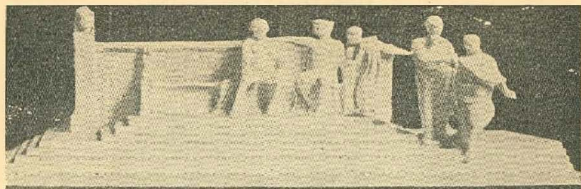
El empleado, cortésmente, le dijo:

—Este asunto debe ir al Juzgado de Paz.

—En efecto, afirmó el abogado, cuando supo del percance: hay uno en cada sección judicial en que se divide la ciudad. Los jueces de Paz son nombrados por el Poder Ejecutivo y entienden en todo asunto civil o comercial en que el valor pase de cincuenta pesos y no exceda de quinientos, y en demandas de desalojo, cualquiera sea el monto, o por alquileres, si el precio no pasa de doscientos. Sus fallos son definitivos por cantidades no mayores de cien.

—Mucha complicación para un asunto tan simple, díjose don Enrique, y salió en dirección al juzgado que por su domicilio le correspondía, seguro de no molestar más a nadie y convencido de conocer ya todo el mecanismo judicial.

¡Mucho quedábale aún por aprender, como se verá!



Buscando un juez

II

Ganados ambos pleitos, don Enrique comprendió cuánta era la eficacia de la justicia, convirtiéndose desde entonces en un entusiasta propagandista de la necesidad de divulgar los procedimientos judiciales. Había en esto un poco de vanidad, pues nuestro hombre creía conocer ya todo el complicado mecanismo forense. No obstante, una nueva desilusión esperábale, pues aconteció que por muerte de una hermana suya, de quien se creía único heredero, debió acudir nuevamente a los tribunales, a hacer valer sus derechos. Estos eran evidentes, pero he aquí lo que aconteció:

—¿Dónde tendré que arreglar este asunto?, se dijo, y en la duda optó por consultar el caso con su abogado.

—Debe presentarse al Juzgado de 1.^a Instancia en lo Civil, contestóle éste: él entiende en todo

asunto regido por el código civil, como ser: contratos, herencias, cuestiones sobre propiedad, arrendamientos, sociedades, derechos de familia, etcétera. Además, en los que vienen en apelación de los Juzgados de Paz. De paso le diré que los juzgados de Comercio y del Crimen entienden en las cuestiones regidas por los Códigos de Comercio y Penal, respectivamente.

Don Enrique se dirigió entonces al juzgado de 1.ª Instancia, donde planteó el asunto, porque a decir verdad eso de la herencia, que alcanzaba a veinte mil pesos, le interesaba muchísimo.

Pero poco tardó para que se le complicara el pleito, pues se presentó a la sucesión otro individuo, que se decía hermano natural de la finada. Don Enrique quiso probar que él era el único heredero; pero el magistrado había reconocido también al otro. Consultando el caso, su abogado le dijo:

—Aun hay tiempo de probar su pretensión, recurriendo ante la Cámara de Apelaciones, y ésta dictará la sentencia definitiva. En este caso el fallo de una de las dos existentes, no admite más discusión, salvo algunas excepciones.

Don Enrique volvió a su casa con la esperanza de ganar el pleito, conforme a la indicación del letrado. Sin embargo, la fortuna no le fué esta vez del todo propicia, porque no pudo probar sus derechos exclusivos, debiendo dar a su pariente la participación que por ley le correspondía en la herencia.

Pero era fatal que no terminaran aquí sus andanzas, pues le ocurrió hacer un viaje a Entre Ríos, donde poseía un establecimiento de campo,

y allá sufrió un nuevo disgusto, con motivo de una cuestión suscitada con un Cónsul extranjero, a quien hubo de demandar. Presentóse al Juez de Paz del lugar, quien se excusó diciéndole:

—No corresponde aquí.

Consultó entonces por carta con su abogado, el cual le respondió:

“Debe presentarse Ud. al Juzgado Federal de Sección, pues estos, establecidos por ley en la capital y en las provincias, entienden en las causas de que hablamos cuando su pleito con el capitán del barco.”

Y naturalmente don Enrique debió demandar al Cónsul extranjero ante el tribunal competente, obteniendo así que se le hiciera justicia.

Como se ve, los tropiezos y demoras sufridos por don Enrique en la defensa de sus derechos e intereses, no se debieron en gran parte sino a su desconocimiento de la organización judicial.





Rabindranath] Tagore



Es uno de los más grandes poetas contemporáneos. Nació en la India, y a través de sus poesías se comprende los sentimientos y las ideas que atesoran los hijos de aquel país maravilloso. Son ideas y sentimientos en cierto sentido más delicados que los nues-

tros, como si el alma de aquellos hombres tuviera cualidades que aun no hemos alcanzado los que pertenecemos a razas de civilización occidental.

Tagore es un amante de la naturaleza; sus obras están impregnadas de esa grandiosidad que imprime al espíritu la contemplación del universo. Canta a las flores, a las plantas, a las estrellas, a los niños, a los ríos, a la noche, etc., con exquisita dulzura y delicadeza. Muchos de sus poemas están traducidos al castellano; entre ellos, "La cosecha", "Tránsito", "La luna nueva", "El jar-

dinero”, “Regalo de amante”, y un hermoso drama titulado “El cartero del Rey”.

Tagore es además un filántropo y un patriota. Su amor a la infancia lo ha llevado a ejercer el magisterio, apostolado al que se dedica con fervor y desinterés. Dirige una escuela, cuyos gastos son costeados con el producto de sus obras literarias.

He aquí, como ejemplo, una de sus páginas, cuyo título es “El Hogar”:

“Iba yo, lentamente, por la carretera que atraviesa el campo, cuando el sol caído, como un avaro, guardaba en el ocaso su oro postrero. Se hundía la luz en la sombra, cada vez más baja, y la tierra viuda, segada ya su mies, yacía silenciosa.

De pronto, se perdió en el cielo la aguda voz de un niño, que cruzara, sin yo verlo, por la oscuridad, dejando la estela de su canción a través de la hora callada. Su hogar estaba allá, tras los cañaverales, al fin de los llanos yermos, perdido entre la sombra del plátano, de la grácil palmera, del cocotero y del árbol verdinegro del pan.

Me detuve un momento en mi solitario caminar, a la luz de las estrellas. Ante mí, la tierra umbrosa se tendía, abrazando una infinidad de hogares con cunas y lechos, con corazones de madre y lámparas de velada, con vidas jóvenes, alegres de esa alegría que no sabe todo lo que vale para el mundo.”





La cigarra

(DE E. BANCHS)

Cuando hace sol y silencio y en la sombra de los emparrados tiemblan manchas claras, canta un largo rato la cigarra.

Con su ruido de leño en el fuego, de alero viejo, de eje de carreta, la cigarra sobresalta la paz del medio día. Y la gente, que reposa, levanta la cabeza como si oyese hablar a los árboles.

Nunca se la ve. Es la música escondida de las leyendas, la música del gnomo. Uno se acerca al olmo, donde cree que suenan manojos de espigas agitadas y no ve más que retoños, ramas nuevas, dos o tres hormigas y en lo alto, muy alto, los puñados de nidos.

Porque el canto de la cigarra siempre está lejos. Delante o detrás, el canto de la cigarra siempre está lejos. ¡Ay!, quien la quiera hallar siguiendo su canto, tiene que caminar, caminar, como si fuera tras de la felicidad. Y quién sabe si antes no encuentra a la felicidad sentada en un caracol, con los dedos entrelazados sobre la rodilla y tres

o cuatro rosas cerca de sus plantas. Entretanto la cigarra, al oriente o al poniente, ¿quién lo sabría? abre y cierra, poseída de un delirio, las alas suaves y fuertes, como de seda y de oro.

Pero, a veces, cuando ha hecho frío y uno espera ver un poco de escarcha brillando sobre el césped al abrir la puerta en el desperezamiento de la mañana, se suele encontrar alguna cigarra aterrida, en el camino, debajo de algunas hojas secas que la brisa ha juntado sobre su frágil cuerpecillo musical.

Quien la quiera vaya pronto por ella, pues ya se sabe que las últimas golondrinas se llevan en el pico las cigarras que encuentran dormidas en el camino, para que anuncien las vendimias en tierras de estío.

Pero si alguien las halla, las envuelve en un vellón y las lleva al amparo de un calor, al rato despiertan y renuevan la canción que ha sosegado el frío, lo mismo que si estuviesen en el árbol, desde el cual ven pasar los rebaños y los pastores que golpean con sus bastones herrados.

Entonces, a la hora en que se pone el mantel y se parte sobre la mesa el pan familiar, se oye de pronto que la casa se hace sonora y también los corazones.

Un atardecer de verano se durmió un mendigo al pie de un árbol. Las ramas más bajas subían y bajaban acariciándole la frente, como manos maternas sobre una cuna. Este era un viejo mendigo sin madre, pero en la naturaleza nada es huérfano y las ramas bajaban y subían tocándole los hombros. Este era un viejo mendigo sin casa, pero en las noches de verano es el cielo apacible

y suave como un hogar de ancianos y mórbida la hierba susurrante. Este era un viejo mendigo solitario.

Unos sueños vagabundos le encontraron dormido y burláronse de él, dándole a creer que estaba todavía, como en una lejana juventud, junto a una su hermana que lánguidamente hacía sollozar un piano. Y por la ventana se veían surtidores en la sombra, magnolias a la luna. De lejana juventud lo ilusionaron...

En eso la noche sacudió tres o cuatro pétalos de nieve, de una menuda nieve de fin de estío y cayó una cigarra.

Al despertar, el hombre se alzó y caminó. La cigarra había caído sobre su pecho, se metió entre sus ropas y la llevaba consigo.

También se metió entre sus ropas el árido olor cereal al cruzar un trigal.

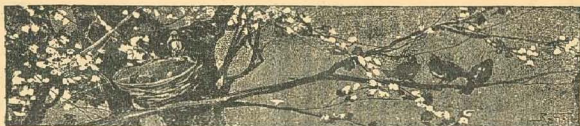
La cigarra sintió latir el corazón del hombre pobre, con el ruido igual al de las ramas que se mueven.

Y cantó al calor de su corazón.

El mendigo la oyó pero no supo que la llevaba consigo.

Ya se sabe: el canto de la cigarra siempre está lejos.





Los árboles

Si viajando alguna vez por llanuras interminables, bajo los rayos de un sol ardiente y sofocados por el calor, habéis divisado a lo lejos un árbol, una arboleda o un bosquecillo, es seguro que vuestro corazón se habrá sentido aliviado de la fatiga, ante la esperanza de hallaros muy pronto gozando de un grato descanso al amparo de la sombra. Y habréis mirado al árbol como a un viejo y buen amigo, siempre fiel y servicial.

En efecto, los árboles nos prestan innumerables beneficios: nos dan su fruto para la alimentación; leña para nuestro hogar; maderas para nuestros muebles y para la construcción de casas, puentes, vehículos, etc.; productos medicinales para conservar la salud y sombra para ampararnos contra los rigores del sol y la inclemencia de las tempestades.

Ya los hombres de la antigüedad reconocieron las virtudes de los árboles, si bien no se cuidaron de protegerlos contra las devastaciones. Un proverbio árabe dice que un hombre no ha cumplido su misión en la tierra, “si no ha escrito un

libro, o no tiene un hijo, o no planta un árbol". Prueba esto que aun en los pueblos de civilización primitiva se amó a los árboles y se comprendió la importancia que tienen respecto de nuestra vida.

Muchas especies de árboles son famosas; así los cedros del Líbano, con cuya madera el rey Salomón hizo construir en Jerusalem un templo magnífico; el sicomoro, árbol gigantesco que en los desiertos áridos del Africa protege con su sombra a los que en ellos se aventuran; el ombú de nuestras pampas, que también sirve de asilo y amparo a los viajeros; el nogal de Italia, excelente para la fabricación de riquísimos muebles; el sándalo, de madera olorosa, muy estimado en el comercio de Oriente, desde tiempos remotos.

Para honrar a las plantas, los griegos imaginaron una hermosa leyenda. Según ella, la diosa Ceres habría sido la iniciadora de los cultivos, enseñando a los hombres a arar la tierra e indicando los vegetales correspondientes a las distintas estaciones del año. El suelo, en un principio árido, adquirió así, según la leyenda, fecundidad, y la germinación de las semillas tuvo lugar gracias a la protección de aquella divinidad mitológica, que de este modo procuraba el bien del pueblo heleno, el cual, en reconocimiento de los dones recibidos, erigió un templo a la diosa.

Pero no sólo el hombre sino todos los seres vivientes tienen motivos de gratitud para con los árboles, pues no se olvide que los animales hallan en ellos alimento y protección. Así, por ejemplo, no se concibe sin árboles la existencia de los pájaros.

Es sabido, por otra parte, que los árboles atraen la lluvia, por lo que se explica que en las regiones cálidas la plantación de árboles sea afán primordial de los habitantes.

En nuestro país existen sociedades forestales, cuya misión es estimular el cultivo de los árboles y evitar su destrucción inmoderada. Estas sociedades suelen premiar el esfuerzo de los hombres que se dedican a la propagación de los bosques.





78

La costurera

(DE E. M. BARREDA)

La máquina de coser
canta su canción de prisa,
mientras la buena mujer
va cosiendo una camisa.

Sobre su espalda encorvada
la lámpara da el reflejo:
y parece cobijada
con un manto de oro viejo...

Y la tela que viene y la tela que va...
y que nunca se rompe ni aja,
y la rueda, traca, traca tra...
y la aguja que sube y que baja...

De las paredes blanqueadas
penden cromos y retratos,
y esas frágiles monadas
de los bazares baratos.

Una niña pensativa
sobre un libro aprende a leer,
mientras canta fugitiva
la máquina de coser.

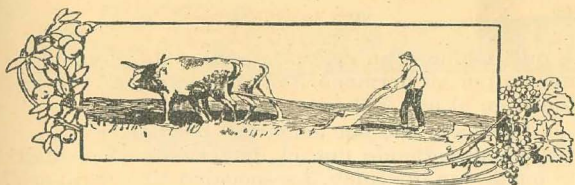
Y la hora que suena y se va...
y el pan y el amor que nunca van juntos,
y la rueda, traca, traca, tra...
y la punta que deja su línea de puntos.

La tela a ratos se espesa
en una encrespada ola,
y cuelga desde la mesa
como si fuera una sola.

Mientras la mujer prolija
sigue su trabajo diario
y la acompaña su hija
que aprende el abecedario...

Y en tanto la suerte marcha volandera,
mostrando su avaro y huraño cariz:
cose, cose, cose, buena costurera,
cose la camisa del hombre feliz...





La propiedad privada

Antiguamente el derecho de propiedad era absoluto; es decir, que el dueño de una cosa podía disponer de ella libremente. Tanto las personas como las naciones, por el hecho de haber ocupado antes que otro un pedazo de tierra, por ejemplo, se hacían sus propietarios y nadie podía privarlas de los bienes así adquiridos, como no fuese por la fuerza. Lo mismo ocurría con cualquier otra cosa: un animal, una piedra o un vehículo, que no tuvieran señales de pertenecer ya a alguien. El derecho individual de la propiedad era sagrado, y el propietario poseía la facultad de matar o esclavizar a quien atentara contra él.

En la antigua Roma, cada propietario trazaba un surco por los límites de su campo, y ese trazo era inviolable. Los ciudadanos admitían la protección de seres sobrenaturales, llamados dioses Términos, que amparaban la propiedad; y era una profanación no respetarlos estrictamente. También las ciudades eran fundadas dentro de límites marcados con arado, o de otra manera, y los que violaban esa línea sufrían pena de muerte. Se di-

ce que debido a un desacato semejante, Remo fué muerto por su hermano Rómulo, cuando fundaron Roma, en el año 753 antes de Cristo.

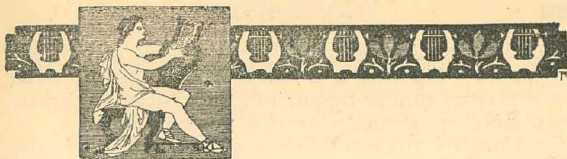
Poco a poco, sin embargo, los hombres fueron comprendiendo que el derecho de propiedad no puede ser ilimitado. La sociedad tiene grandes intereses relativos a la higiene, al orden, a la tranquilidad pública, y estos intereses comunes están por encima de la conveniencia individual. Así, el propietario no puede levantar en su terreno una chimenea, instalar una fábrica o depositar desperdicios, sino conforme a las ordenanzas municipales, de manera que no signifique ello peligro para la seguridad o la salud públicas.

Nuestra Constitución asegura a los habitantes el derecho de usar y disponer libremente de la propiedad; es decir, de venderla, cederla, explotarla, abandonarla o destruirla, según convenga a sus intereses; pero este derecho está sujeto a las conveniencias de la comunidad. Nadie puede, por ejemplo, prender fuego a su casa o a su campo, porque pondría en peligro inminente a los vecinos.

La propiedad es inviolable en el sentido de que nadie puede ser privado de ella sin causa; la Constitución expresa que solamente por razones de utilidad pública un habitante puede ser desposeído de lo que le pertenece. Ese acto se ejecuta mediante una ley llamada de expropiación.

Se adquiere la propiedad de una cosa por legado, por herencia, por donación, por prescripción, por compra, etc., según las formalidades que las leyes imponen.

El respeto a la propiedad ajena es una condición necesaria para la tranquilidad social.



Almafuerte



Su nombre era Pedro Bonifacio Palacios, pero él firmaba con el pseudónimo de "Almafuerte", por el que es mejor conocido del público. Y a fe que el nombre adoptado encarnó acabadamente el carácter varonil y rebelde, al par que bondadoso, de este poeta

filántropo. Su personalidad es inconfundible; fué realmente un inspirado y un espontáneo, como poeta y como hombre. Escribía como hablaba; es decir, vibrante y apasionadamente, con violencia a veces.

Dice de él un biógrafo que "jamás permaneció quieto durante diez segundos, movido por una constante actividad interior; para calmar su inquietud, fumaba continuamente. Cuando se sentía alegre, se prodigaba en bondades y atenciones, mostrándose amable y exquisito; pero cuando se indignaba, rugía como una fiera, manifestándose duro y agresivo".

Tenía conciencia de su genio, y ni la pobreza ni las adversidades que sufrió consiguieron abatir su espíritu; cuanto mayor era su infortunio, brotaban sus versos más robustos y elocuentes.

Corazón piadoso, sentía grande amor por los pobres, los enfermos y los humildes, y como buen patriota, se indignaba ante las desgracias de su pueblo. Amigo de los niños, les dedicó constantemente sus desvelos, pues también fué maestro. Reunía generalmente a sus discípulos a la sombra de un árbol y allí, al aire libre, les explicaba sus lecciones con el entusiasmo y la elocuencia de un apóstol. Los niños le admiraban y le querían, lo que llenaba de orgullo al noble poeta.

A propósito de su filantropía, se refiere que en cierta ocasión fué hallado durmiendo envuelto en la bandera de la patria. El día anterior había cedido su único abrigo a una pobre mujer desamparada.

Numerosas anécdotas y los rasgos de su propia vida revelan la despreocupación que tenía por las cosas materiales. Puede decirse que vivió para la poesía, entregado por entero al culto de la belleza y del bien.

El fallecimiento del poeta enlutó a la república, pues las letras perdieron en él uno de los principales virtuosos, y los desheredados su más abnegado protector.

Pedro B. Palacios.—Nació en San Justo, provincia de Buenos Aires, el 23 de mayo de 1854. Murió en La Plata en 1917. Entre sus poesías más notables citaremos: "El misionero", "La sombra de la Patria", "Jesús", "Vigilias amargas", "Milongas clásicas".

10

JOSÉ MAZZANTI - I. MARIO FLORES

Cien Lecturas

Para 5° y 6° grados

Vª EDICIÓN



Precio de venta \$ 1.70

LL
1926
MAZ

10

JOSÉ MAZZANTI - I. MARIO FLORES

Cien Lecturas

Para 5° y 6° grados

Vª EDICIÓN



Precio de venta \$ 1.70

LL
1926
MAZ

promesas de vivir en paz, cooperando cada uno de ellos al mayor bienestar del género humano.

En consecuencia, es la fiesta de la raza un acto en que se afirma la solidaridad de los pueblos de común ascendencia, y tal significado histórico abarca a más de doscientos millones de habitantes.





Esfuerzos asiduos y valerosos

(DE T. BARRAU)

Un joven concibió el generoso propósito de corregir sus defectos a fin de marchar más seguramente por la senda de la cordura y de la virtud; pero al examinar rigurosamente su conciencia, se halló tan débil para el bien y tan acostumbrado al mal y lleno de vicios, que desmayó considerando imposible su perfeccionamiento. Un buen anciano a quien reveló el estado de su ánimo, le alentó a perseverar, contándole esta parábola.

“Un hombre envió a su hijo al campo para que limpiase de abrojos y zarzas cierto lugar, pero el muchacho, viendo cuán largo y penoso sería para él este trabajo, desesperó de poder llevarlo a cabo, y en vez de poner manos a la obra, tendióse a la sombra de un árbol y se durmió. De este modo no hizo nada aquel día ni en los siguientes. Mas he aquí que cierta mañana fué el padre a ver en qué estado se hallaba la obra de su hijo y encontró al joven desalentado, sin haber siquiera

dado comienzo a ella. El buen hombre, lejos de irritarse, díjole con dulzura:

—Sólo te pido, hijo mío, que desbroces este rinconcito del campo—y le enseñó un pedazo del terreno que era poco más o menos la décima parte del todo.

—Si no es más que eso, contestó el hijo, es cosa fácil y la haré al momento.

En efecto, al punto comenzó la tarea y la concluyó antes del anochecer.

—Pues bien, hijo mío, volvió a decirle el padre: haz otro tanto cada día y verás qué corta y fácil es la obra que te parecía inmensa.

Dócil al consejo, el joven dividió él mismo la tierra en diez porciones iguales, y al cabo de otros tantos días dió término a su trabajo. Y el campo que antes estaba erizado de abrojos, se convirtió pronto en un jardín cubierto de flores y frutos.”

—Así es como debes proceder para corregir tus defectos, hijo mío, añadió aquel sabio anciano: empieza luchando contra la pasión que más te domina y procura ir venciendo sucesivamente a las otras. Pronto restablecerás la tranquilidad de tu ánimo y advertirás cómo es fácil y agradable la tarea de tu perfeccionamiento.





Carta de mi padre

(De E. DE AMICIS)

Sí, querido Enrique, el estudio es duro para ti, como dice tu madre; no te veo ir a la escuela con aquel ánimo resuelto y aquella cara sonriente que yo quisiera. Tú eres algo terco; pero oye: piensa un poco qué mísera y despreciable sería tu existencia si no fueses a la escuela. Juntas las manos, al cabo de una semana pedirías de rodillas volver a ella, consumido por el hastío y la vergüenza, harto de tus juegos y de tu vida. Todos, todos estudian ahora, Enrique mío. Piensa en los obreros que van a la escuela por la noche, después de haber trabajado todo el día; en las mujeres, en las muchachas del pueblo que van a la escuela los domingos, después de haber trabajado toda la semana; en los soldados que echan mano de los libros y de los cuadernos cuando vuelven cansados de los ejercicios; piensa en los niños mudos y ciegos, que sin embargo estudian, y hasta en los presos, que también aprenden a leer y escribir.

Piensa por la mañana cuando sales, que en

ese mismo momento, en tu propia ciudad, otros treinta mil muchachos van como tú a encerrarse por tres horas en el aula, a estudiar.

¡Pero qué mucho! Piensa en los innumerables niños que a esas mismas horas, poco más o menos, van a la escuela, en todos los países; míralos con la imaginación, cómo marchan por la callejuela silenciosa de la aldea, por las calles rumorosas de las ciudades, por la orilla de los mares y los lagos, ya bajo un sol ardiente, ya entre la niebla; en barcas en los países atravesados por canales, a caballo por las grandes llanuras, en zuecos sobre la nieve, por valles y colinas, a través de bosques y torrentes; por los senderos solitarios de las montañas; solos, por parejas, en grupos, en largas filas, todos con los libros bajo el brazo, vestidos de mil modos, hablando miles de lenguas, desde las últimas escuelas de Rusia, casi perdidas entre los hielos, hasta las de Arabia, a la sombra de las palmeras; millones de niños, todos a aprender, en cien formas diversas, las mismas cosas. Imagina este vastísimo hormiguero de criaturas de cien pueblos, este inmenso movimiento del que formas parte, y piensa: Si este movimiento cesase, la humanidad volvería a la barbarie; este movimiento es el progreso, la esperanza, la gloria del mundo. ¡Animo, pues, pequeño soldado del inmenso ejército! Tus libros son tus armas, tu clase es tu escuadra, el campo de batalla es la tierra entera y la victoria la civilización humana. ¡No seas un soldado cobarde, Enrique mío!

Tu padre.



Marcha triunfal

(De RUBÉN DARÍO)

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo.
¡Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas
[y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus lar-
[gas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los ca-
[balleros,
los frenos que masean los fuertes caballos de guerra,
los cascots que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompañan con ritmos marciales.
Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales.

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.

El dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines — los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triumfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño—:
ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño—.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera:
clarines, laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:
las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.

Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan...

—A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros
que encarnan las glorias pasadas—;
y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
al que ama la insignia del suelo materno,
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la
[mano

los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas
de guerra que tocan la marcha
triumfal!...





Napoleón



Este hombre extraordinario, que llenó el mundo con su nombre y la gloria de sus batallas durante un cuarto de siglo, merece de los estudiosos cuidadosa atención. Como guerrero, superó las hazañas del romano Julio César y del cartaginés Aníbal Barca.

Napoleón Bonaparte nació en la pequeña isla de Córcega, de donde pasó a Francia para seguir la carrera militar. Al estallar la revolución de 1789,—que proclamó los derechos del hombre,—era ya Napoleón teniente de artillería y pronto hubo de actuar en la guerra que Francia sostuvo contra la Europa reaccionaria. A poco, sus condiciones de estratega se revelaron al frente de los ejércitos franceses, en la campaña de Italia.

Ascendió a Cónsul de la nueva república, y en 1805, en el apogeo de su carrera, se hizo proclamar Emperador. Toda Europa se armó contra

Napoleón; pero las huestes imperiales, corriendo al encuentro de sus enemigos, triunfaban en todas partes y sometían las naciones vencidas.

No obstante, fundado y sostenido por la fuerza de las armas, este poderío debía ser transitorio, y sucedió así que pocos años después la reacción europea derribó al imperio.

Sin duda fué Napoleón un guerrero ambicioso, dotado de clara inteligencia y de extraordinaria audacia; pero nosotros nos ocuparemos de él solamente en su calidad de gobernante.

Amó mucho a su patria y cuidó especialmente de engrandecerla. Para ello, mientras recorría lejanos países, triunfante al frente de sus legiones, no olvidaba la administración del suyo, y ordenaba la construcción de puentes, caminos, canales, monumentos, edificios públicos, avenidas y paseos. Creó escuelas de medicina y derecho; dispuso la formación de un código que lleva su nombre, a fin de establecer leyes uniformes en el imperio; protegió a los artistas, a los industriales y a los sabios. Puede decirse que el Emperador estaba en todas partes, disponiéndolo todo y dirigiéndolo todo.

De esta maera su patria se enriqueció, no solamente con el producto de las conquistas, sino también con los frutos de la civilización que el emperador estimulaba.

Los defectos que tuvo este hombre admirable, desaparecen ante sus grandes obras. El llevó a los pueblos de Europa el espíritu de libertad que Francia acababa de proclamar, y este solo hecho bastaría para inmortalizar su nombre.

Cuando Napoleón cayó en 1815, después de la

derrota de Waterloo, el mundo quedó vacío, según la expresión de un historiador: tal era la grandeza de este genio incomparable.

Prisionero de los ingleses, fué desterrado a la desierta isla de Santa Elena, donde murió en 1821.

Los restos del famoso guerrero están hoy en el cuartel de los Inválidos, en la ciudad de París, rodeados de los trofeos conquistados en sus campañas. Duerme el coloso a orillas del Sena—según fué su deseo—junto al pueblo francés, que tanto amara.



Napoleón Bonaparte.—Nació en Ajaccio (Córcega) en 1769 y murió en Santa Elena en 1821. Emperador de Francia, con el nombre de Napoleón I.



Máximas morales

(De LA ROCHEFOUCAULD)

1. Mayores virtudes se necesita para sostener la buena fortuna que para soportar la mala.

2. Tenemos más fuerza que voluntad. Muchas veces sólo por excusarnos a nosotros mismos, nos imaginamos que las cosas son imposibles.

3. Los que se aplican demasiado a las cosas pequeñas, se hacen ordinariamente incapaces de las grandes.

4. Más vergonzoso es desconfiar de nuestros amigos que ser engañados por ellos.

5. Pocas personas hay bastante discretas para preferir la censura que les es útil, a la alabanza que las traiciona.

6. El perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo que se sería capaz de hacer delante de todo el mundo.

7. El bien que hemos recibido de alguno, exige que respetemos el mal que nos hace.

8. La verdadera elocuencia consiste en decir todo lo que hay que decir, y nada más que lo que hay que decir.

9. Muchas personas aprecian el bien, pero muy pocas saben hacerlo.

10. Las ocasiones nos hacen conocer a los otros, y todavía más a nosotros mismos.

11. Alabar de buen corazón las bellas acciones, es participar de ellas, en cierto modo.

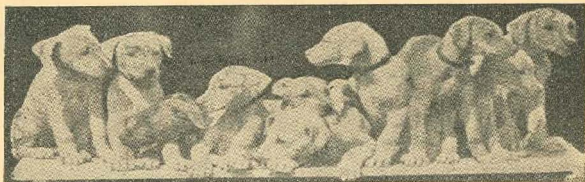
12. Un necio es de muy baja condición para ser bueno.

13. Cuando nuestros amigos nos han engañado, no debemos más que indiferencia a sus señales de amistad; pero debemos siempre ser sensibles a sus desventuras.

14. El primero de los bienes, después de la salud, es la paz interior.

15. ¿Cómo queremos que otros guarden nuestros secretos, si no podemos guardarlos nosotros mismos?





El perro

(De BUFFON)

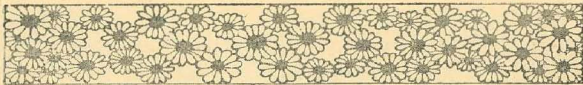
El perro, fiel al hombre, conservará siempre parte de su dominio, un grado de superioridad sobre los demás animales; él mismo reina a la cabeza del rebaño, del que se hace oír mejor que la voz del pastor: la seguridad, el orden y la disciplina son el fruto de su vigilancia y actividad; es un pueblo que le está sometido, que conduce, que protege, y contra el cual jamás emplea la fuerza sino para mantener la paz. Pero en la guerra contra los animales enemigos o independientes, es cuando brilla sobre todo su valor y se despliega toda entera su inteligencia.

El perro, además de la belleza de su forma y de su vivacidad, fuerza y ligereza, tiene en el más alto grado todas las cualidades interiores que pueden atraerle el cariño del hombre. Un natural ardiente, colérico, aun feroz y sanguinario, que en el perro salvaje infunde recelos a todos los ani-

males, cede en el perro doméstico a los sentimientos más cariñosos, al placer de apegarse y agradar. Viene arrastrándose a poner a los pies de su dueño su valor, su fuerza, sus habilidades; aguarda sus órdenes para ejecutarlas; le consulta, le interroga, le suplica; basta con una mirada, pues comprende los signos de su voluntad. Sin tener como el hombre la luz del pensamiento, tiene todo el calor del sentimiento; posee en mayor grado que éste la fidelidad, la constancia en sus afectos; ninguna ambición, ningún interés, ningún deseo de venganza, ningún temor sino el de desagradar; él es todo celo, todo ardor y toda obediencia. Más sensible al recuerdo de los buenos oficios que al de los ultrajes, no se desalienta a causa de los malos tratos; los sufre, los olvida, o los recuerda únicamente para apegarse más; lejos de irritarse o huir, se expone de por sí a nuevas pruebas: lame esa mano, instrumento de dolor, que acaba de pegarle, no oponiéndole más que quejidos, y desarmándola con su resignación y rendimiento.



Jorge Luis Buffon. — Famoso naturalista francés. Nació en Montbart (Costa de Oro) en 1707 y murió en París en 1788.



La gratitud

(De S. PELLICO)

Si para con todos los hombres nos obligan sentimientos afectuosos y benévolas maneras, ¿cuán mayores no deberán ser para con los seres generosos que nos han dado pruebas de amor, de compasión, de indulgencia? Nadie que nos haya aconsejado o auxiliado, comenzando por nuestros padres, debe quejarse nunca de nuestra poca memoria de sus beneficios.

Con las demás personas podemos ser algunas veces severos, o poco pródigos en amabilidad, sin cometer una gran falta; pero con las que nos fueron útiles, ya no nos es lícito despreciar la menor ocasión para no ofenderlos, ni causarles sinsabores, y para mostrarnos, al contrario, prontos a defenderlos y consolarlos.

Muchos, cuando su bienhechor adquiere o parece adquirir excesiva idea del bien que ha hecho, se irritan contra él y suponen que esto les libra del agradecimiento. Muchos también, que tienen la bajeza de avergonzarse de haber recibido un beneficio, se ingenian en pensar que fué hecho por interés o por ostentación; otros hay que luego que les es posible se apresuran a compensar el be-

neficio para quitarse el peso del reconocimiento, y se creen liberados de los miramientos que éste impone.

Todas las artimañas para justificar la ingratitud son vanas; el ingrato es un ser vil, y para no caer en semejante bajeza, es necesario que el reconocimiento no sea mezquino.

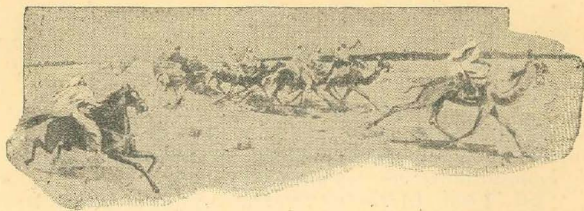
Si el benefactor se envanece con lo que le debes, si no tiene contigo la delicadeza que deseas, y no está claramente probado que han sido motivos generosos los que le indujeron a serte útil, no eres tú quien debe juzgarlo. Echa un velo sobre todas sus faltas y ten sólo presentes los bienes que de él has recibido. Tenlos presentes aun cuando los hayas devuelto y centuplicado.

Es lícito algunas veces para el agradecido no publicar el beneficio, pero cada vez que te dice la conciencia que hay una razón para publicarlo, no te dejes dominar de una miserable vergüenza y confiéstate a la mano amiga que te ha socorrido. "Hay frecuentemente ingratitud en dar las gracias a solas"—dice el moralista Blanchard.

Sólo es bueno el que se muestra reconocido a los más pequeños beneficios: el agradecimiento es el alma del amor filial, del amor por los que nos aman, del amor por la sociedad humana, a la que somos deudores de tanta protección y de tantos placeres.

Cultivando con reconocimiento todo el bien que recibimos de los hombres, adquirimos más fuerza y calma para soportar los dolores, y mayor disposición para la indulgencia.

Stlvio Pellico.—Nació en 1788 y murió en 1854. Literato y político italiano. Su libro más famoso es "Mis prisiones".



89

El árabe y su caballo

(De LAMARTINE)



Un árabe y su tribu habían atacado en el desierto la caravana de Damasco; la victoria era completa y los árabes estaban ocupados en cargar el rico botín, cuando los jinetes turcos del Bajá de Acre, que venían al encuentro de esta caravana, se precipitaron de improviso sobre los árabes victoriosos, mataron a un gran número de ellos, hicieron prisioneros a los demás, y, habiéndoles atado con cuerdas, los llevaron a Acre para regalarlos al Bajá.

Abu-el-Marsch, tal era el nombre de este ára-

be, había recibido una bala en el brazo durante el combate; como su herida no era mortal, los turcos le habían atado sobre un camello, y habiéndose apoderado del corcel, se llevaban caballo y caballero. En la tarde del día en que debían entrar en Acre, acamparon con sus prisioneros en las montañas de Japhrat. El árabe herido tenía las piernas atadas con una correa de cuero, y estaba tendido cerca de la tienda donde dormían los turcos. Durante la noche, que la pasó en vela por el dolor de su herida, oyó relinchar su caballo en medio de los demás, maneados alrededor de las tiendas, según la costumbre de los orientales; reconoció el relincho del animal, y no pudiendo contener el deseo de ir a hablar una vez más con el compañero de su vida, ayudándose con las manos y las rodillas, llegó hasta su corcel. “—Pobre amigo, le dijo, ¿qué harás tú en medio de los turcos? Estarás encerrado en medio de las bóvedas de un klan, con los caballos de un Ajá o de un Bajá; las mujeres y los niños no te llevarán ya la leche del camello, la cebada o el dura en la palma de la mano; ya no correrás en el desierto, libre como el viento de Egipto; ya no dividirás con tu pecho el agua del Jordán que refrescaba tu pelo tan blanco como su espuma; ¡que a lo menos, si quedo esclavo, tú seas libre! Vamos, parte, regresa a la tienda que tú conoces; ve a decir a mi mujer que Abu-el-Marsch ya no volverá, e introduce tu cabeza en la cortina de la tienda para lamer la mano de mis hijitos.”

Hablando así, Abu-el Marsch había roído con los dientes la cuerda de pelo de cabra que sirve para manear a los caballos árabes, y el animal es-

taba libre; pero viendo a su amo herido y encadenado a sus pies, el fiel e inteligente corcel comprendió, con su instinto, lo que ninguna lengua podría explicar; bajó la cabeza, olfateó a su amo, y agarrándole con sus dientes por el cinturón de cuero, partió al galope y lo llevó hasta su tienda. Al llegar y arrojar a su amo a los pies de su mujer sobre la arena, el caballo expiró de cansancio. Toda la tribu lo lloró, le cantaron los poetas y su nombre está en boca de todos los árabes de Jericó.



Alfonso De Lamartine.—Nació en 1790 y murió en 1860. Célebre poeta francés. Fué también político y ocupó altos cargos públicos en su patria.



La imprudencia

(FÁBULA DEL PANCHATANTRA)

Un cierto tintorero
tenía un asno que durante el día
para el amo servía
como cualquier obrero,
pero de noche libre discurría
vagando por el campo a su placer
hasta el amanecer,
en que a su ruda ocupación volvía,
o, no habiendo qué hacer,
íbase a echar, despreocupado y manso,
un sueño dulce en plácido descanso.

Una vez en su gira nocturnal
trabó franca amistad con un chacal,
y en la vecina huerta
como no viesen vigilancia alguna,
confiado el asno y el chacal alerta,
a comer calabazas
entraron ambos, y con tal fortuna
que desde aquella noche

volvieron a comer a troche y moche
por parecerles muy gracioso y bueno
ir a robar en el cercado ajeno.

Embebido en la luz de las estrellas,
quiso cantar sus íntimas querellas
el asno, cierta noche.—“Camarada,
dijo, esta hermosa claridad lunar
quisiera celebrar
cantando una balada”.

—“Amigo, no es prudente
que te dé por cantar precisamente;
aquí somos ladrones
y debemos andar con gran recato;
tu canto es, además, tan poco grato
que a los guardias del campo alarmaría,
y entonces ¡sabe Dios
qué aprietos a los dos
tu poca discreción nos costaría!”

—“Tú eres sólo un salvaje
que vives solitario en el bosque,
e ignoras que en amable compañía,
al claro de la luna
es grata la fortuna
de escuchar una dulce melodía.”

—“Lo sé,—dijo el chacal—pero tú espantas
cuando rebuznas, pues que tú no cantas.”

—“Escucha, y ya verás si sé cantar”.

—“Amigo, le repuso, si a porfía
pretendes rebuznar,

a la puerta me iré del valladar
para ver y avisar
si viene algún vigía”.

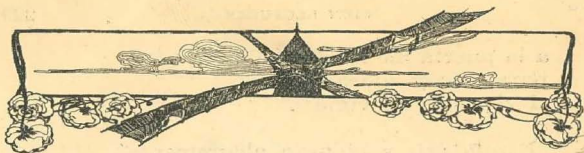
Hízolo así, y el asno alegremente,
soltó su canto áspero, estridente;
los guardias que lo oyeron
al cercado acudieron
y hallándole en su música embebido,
tantos palos le dieron
que le dejaron mísero y molido.

Y luego, para burlas y vergüenza,
como medalla inmensa
colgáronle un mortero del pescuezo,
que le obligaba a andar solemne y tieso.

Cuando le vió el chacal en tal estado,
movido a risa, dijo al desdichado:

—“¡Justo castigo es ese a tu imprudencia:
¿no quisiste cantar?... Pues ¡ten paciencia!”





Cervantes



Se le ha llamado el Manco de Lepanto, a causa de que en el combate naval de este nombre librado en 1571 por la escuadra española contra los turcos, perdió la mano izquierda. Queda dicho con esto que Cervantes también fué soldado. Desempeñando esta profesión cayó prisionero de los berberiscos y conducido a Argel, vivió allí durante cinco años en dura cautividad, obteniendo su libertad por rescate, merced al rey.

Parece que en ese tiempo concibió la idea de escribir un libro, con el objeto de ridiculizar las novelas de caballería, de las que por esa época se abusaba en Europa, y especialmente en España. Estos libros describían aventuras de héroes imaginarios: los caballeros armados, que salían a recorrer tierras combatiendo con cuanto enemigo real o ficticio hallaban a su paso. La lec-

tura de tales novelas extraviaba a la juventud, encendiendo en ella el ardor de las hazañas descabelladas. Cervantes pretendió corregir esta tendencia y de ahí nació ese libro admirable, lleno de belleza y de sabiduría, que se llama "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Los protagonistas de la novela son Don Quijote, caballero andante, y su escudero Sancho Panza. Cuenta Cervantes que Don Alonso Quijano era un buen hidalgo, natural de la Mancha, aldea de Castilla, en España, que a fuerza de leer novelas de caballería extravió su juicio, despertando en su cerebro el deseo de emular con hechos famosos las hazañas de aquellos retratados en los libros. A ese efecto decidió armarse caballero y salir a correr mundo, dispuesto a proteger a los desamparados, débiles y oprimidos. Ante todo, y de acuerdo con los usos caballerescos, se dió un apodo retumbante: **Don Quijote de la Mancha**; buscó un escudero, **Sancho Panza**, que era un modesto vecino de la misma aldea; bautizó a su caballo con el nombre sonoro de **Rocinante**, y un día, muy de mañana, abandonó la villa, resuelto a correr las venturas del camino. ¡Las cosas que le ocurrieron!

Don Quijote y Sancho son dos personajes curiosísimos. El primero, hombre de conocimientos y de ingenio, hablaba con sabiduría y discreción, siempre que no le tocasen la caballería, porque entonces parecía loco. Don Quijote es soñador; Sancho es materialista, para quien es bueno todo lo que le aprovecha, y sólo entiende de comer bien y dormir mejor. El caballero es generoso, magnánimo, abnegado, gentilísimo; el escudero, por el contra-

rio, es atrevido, ambicioso y grosero. Mas, con todo eso, muéstrase fiel al amo, a quien admira y obedece, y a cuyo amparo espera medrar y aun ser famoso.

Sancho nos hace reir con sus simplezas; Don Quijote, a pesar de los disparates que comete, nos inspira simpatía, porque son sus intenciones siempre nobles. Ninguna idea pequeña o mezquina le impulsa. Para Don Quijote son damas y doncellas ilustres todas las mujeres, aun las rústicas aldeanas. Es valiente hasta la temeridad y arriesga su vida sin vacilaciones para ayudar a los que, según su entender, padecen. Ataca a unos molinos de viento, tomándolos por gigantes; embiste a una majada de carneros, creyéndola un ejército enemigo; desafía a unos leones de feria, cuya jaula manda abrir, ebrio de coraje; arregla pependencias y liberta presos, creyéndolos inocentes. Todo ello sin desalentarse por los golpes que recibe y que le dejan con los huesos molidos.

Durante sus correrías toma diversos nombres, que él considera dignos de sus hechos; así se hizo llamar El Caballero de los Leones, después del victorioso desafío a aquellas fieras. Otra vez se firma El Caballero de la Triste Figura, por parecerle raro y significativo semejante nombre.

Tal es en pocas líneas el asunto del libro de Miguel de Cervantes Saavedra, obra maestra del ingenio humano.



Consejos que dió don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la Insula

(De CERVANTES)

Llegó Don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fué con él a su estancia con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, e hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

“Primeramente, oh, hijo, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada. Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. De conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey; que si ésto haces, vendrá a hacer feos pies de la rueda de tu locura, la consideración de haber guardado puerco en tu tierra.

—Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé y no puercos; pero esto pareceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Así es la verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan, con blanda suavidad, que guiada por la prudencia, los libren de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Mira, Sancho: si tomas por medio la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que tienen príncipes y señores por ascendientes, porque la sangre se hereda y la virtud se adquiere, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale. Siendo esto así, como lo es, si acaso viniera a verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfacerás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo...

Hallen en ti compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como entre los sollozos e importunidades del pobre. Cuando pudie-

re y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

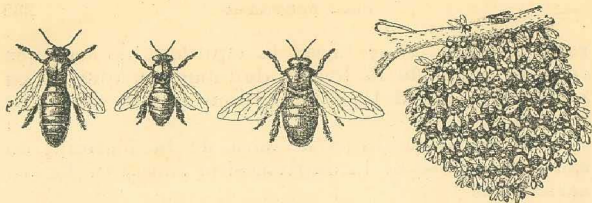
Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta la mente de tu injuria, y ponla en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito y aun de tu hacienda. Si alguna mujer viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos. y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros. Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones...

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes y en los últimos pasos de la vida, te alcanzará el de la muerte, en vejez suave y madura..."





93

La vida de las abejas

(De M. MAETERLINCK)

Para seguir todo lo sencillamente que sea posible la historia anual de una colmena, trataremos una que despierta a la primavera y reanuda su trabajo y veremos desarrollarse en su orden natural los grandes episodios de la vida de las abejas. La formación y la partida del enjambre, la fundación de la nueva ciudad, los combates, la matanza de los machos y el retorno del sueño invernal. Cada uno de estos episodios traerá naturalmente consigo todas las aclaraciones necesarias sobre las leyes, las costumbres, etc., de manera que al cabo del año apícola, que es breve y cuya actividad sólo se extiende de Abril a Septiembre (1) nos habremos encontrado con todos los misterios de la casa de miel. Por ahora, antes de abrir y dirigirle una mirada general, bastará saber que se compone de una reina, madre de todo su pue-

(1) En nuestro hemisferio corresponde de octubre a marzo.

blo; de millares de obreras o neutras, y por último de algunos centenares de machos, entre los cuales se eligirá el esposo único y desdichado de la futura soberana.

La primera vez que se abre una colmena, se experimenta algo semejante a la emoción que se sentiría al violar un objeto desconocido y lleno quizá de sorpresas terribles; una tumba, por ejemplo. Hay en torno de las abejas una leyenda de amenazas y de peligros. Hay el recuerdo enervado de esas picaduras que provocan un dolor tan especial que no se sabe a qué compararlo: se diría que es una aridez fulgurante, una especie de llama del desierto que se esparce por el miembro herido, como si nuestras hijas del sol hubieran extraído de los rayos irritados de su padre, un veneno resplandeciente para defender con mayor eficacia los tesoros de dulzura que sacan de sus horas benéficas.

Verdad es que abierta sin precaución por quien no conozca ni respete el carácter y las costumbres de sus habitantes, la colmena se transforma al punto en ardiente zarza de cólera y de heroísmo.

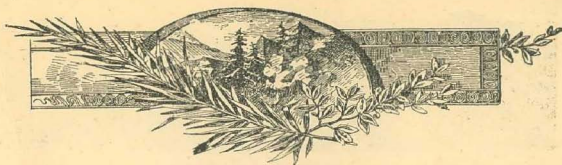
Pero nada es más fácil de adquirir que la pequeña habilidad necesaria para manejarla impunemente. Basta con un poco de humo y las bien armadas obreras se dejan despojar sin pensar en desnudar el aguijón. No reconocen a su amo, como se ha sostenido; no temen al hombre, pero ante el olor del humo, ante los lentos ademanes que recorren su morada sin amenazarlas, se imaginan que no se trata de un ataque, ni de un gran enemigo del que sea posible defenderse, sino de una

fuerza o de una catástrofe natural a la que es bueno someterse.

En vez de luchar en vano, tratan por lo menos de salvar el porvenir, y se arrojan sobre sus reservas de miel para sacar y esconder en su mismo cuerpo, con qué fundar en otra parte, en cualquiera e inmediatamente, una ciudad nueva, si la antigua es destruída o si se ven obligadas a abandonarla.



Mauricio Maeterlinck. — Nació en Gante, Bélgica, en 1864.
Poeta, dramaturgo y hombre de ciencia contemporáneo.



La abeja

(De ALVAREZ HENAO)

Miniatura del bosque soberano
y consentida del verjel y el viento,
los campos cruza en busca de sustento
sin perder nunca el colmenar lejano.

De aquí a la cumbre, de la cumbre al llano,
siempre en ágil, continuo movimiento,
va y torna, como lo hace el pensamiento,
de la colmena del cerebro humano.

Lo que saca del cáliz de las flores
lo conduce a su celda reducida,
y sigue sin descanso sus labores.

Sin saber, ¡ah!, que en su vaivén incierto
lleva la miel para la amarga vida,
y el blanco cirio para el pobre muerto!



La maternidad

(De S. CATALINA)

¿Recordáis, por ventura, los años de vuestra infancia? ¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer? ¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles e imprimía sus labios en vuestra frente candorosa? ¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor? ¡Oh, sí, lo recordáis!

Los que tenemos la dicha de ver todavía a esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño a todas horas. Su nombre está escrito en el corazón; es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario. El nombre sólo de **madre**, nos representa a aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas

nuestras manos; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía, en fin, en sus brazos, al eco blando de una balada de amor...

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad! Vosotros, los que habéis perdido a vuestra madre, también podéis verla si tenéis corazón y sentimiento. Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si a la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde a lo lejos, y que no es el canto de las aves, ni el murmurio de la fuente, arrodillaos: es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre. Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de ternura que os envía vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros los que tenéis corazón y sentimiento...





Las libertades civiles ante la Constitución

Art. 14. Todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos conforme a las leyes que reglamenten su ejercicio, a saber: de trabajar y ejercer toda industria lícita; de navegar y comerciar; de peticionar a las autoridades, de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa y disponer de su propiedad; de asociarse con fines útiles; de profesar libremente su culto; de enseñar y aprender.

Art. 16. La Nación Argentina no admite prerrogativas de sangre, ni de nacimiento: no hay en ella fueros personales, ni títulos de nobleza. Todos los habitantes son iguales ante la ley, y admisibles en los empleos públicos sin otra condición que la idoneidad. La igualdad es la base del impuesto y de las cargas públicas.

Art. 18. Ningún habitante de la Nación puede ser penado sin juicio previo fundado en ley an-

terior al hecho del proceso, ni juzgado por comisiones especiales, o sacados de los jueces designados por la ley antes del hecho de la causa. Nadie puede ser obligado a declarar contra sí mismo; ni arrestado sino en virtud de orden escrita de autoridad competente. Es inviolable la defensa en juicio de la persona y de los derechos. El domicilio es inviolable, como también la correspondencia epistolar y los papeles privados; y una ley determinará en qué casos y con qué justificativos podrá procederse a su allanamiento y ocupación. Quedan abolidas para siempre la pena de muerte, por causas políticas, toda especie de tormentos y azotes. Las cárceles de la Nación serán sanas y limpias para seguridad y no para castigo de los detenidos en ellas, y toda medida que a pretexto de precaución conduzca a mortificarlos más allá de lo que aquélla exija, hará responsable al juez que la autorice.

Art. 20. Los extranjeros gozan en el territorio de la Nación de todos los derechos civiles del ciudadano; pueden ejercer su industria, comercio y profesión; poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos; navegar los ríos y costas; ejercer libremente su culto; testar y casarse conforme a las leyes. No están obligados a admitir la ciudadanía, ni a pagar contribuciones forzosas extraordinarias. Obtienen nacionalización residiendo dos años continuos en la Nación; pero la autoridad puede acortar este término a favor del que lo solicite, alegando y probando servicios a la república.





Marco Aurelio

Perteneció a la familia de los emperadores romanos llamados Antoninos, los que se distinguieron especialmente por la clemencia con que gobernaron, como asimismo por el amor a la patria, en cuya virtud procuraron la grandeza del imperio, muy vasto entonces y con más de cien millones de súbditos.

Marco Aurelio fué el emperador filósofo. Poseía temperamento bondadoso y justo. Austero en las costumbres, sufrido en el dolor, paciente en la adversidad, dedicóse al bien de su pueblo, predicando la moderación y la templanza, por medio de máximas morales y con el ejemplo de su propia vida, pues vivió modestamente, despreciando los halagos del lujo y el aplauso de los cortesanos.

Consideraba que los gobernantes deben aspirar a la gratitud pública por sus virtudes y no a la admiración y a la vanagloria, y prohibió, en consecuencia, que se le erigieran monumentos y templos que perpetuaran su nombre.

He aquí, como ejemplos, algunos de los pensamientos de Marco Aurelio y que sirvieron de norma a su conducta:

“No malogres el tiempo de tu vida en averi-

guar las ajenas, a no ser que lo hagas con mira de servir al público; quiero decir que no te preocupes de lo que hace fulano, ni por qué lo hace; qué dice, qué piensa y qué desea. Porque la curiosidad de los hechos ajenos distrae a uno del cultivo y cuidado de su propio espíritu.

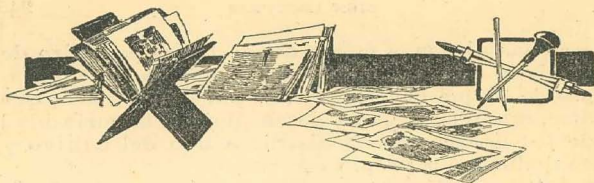
“Aprendí que uno debe ser siempre dueño de sí mismo, sin dejarse arrastrar por las circunstancias; que en cualquier ocasión, como en las mismas enfermedades, debe tenerse buen ánimo, templadas y moderadas las costumbres, el espíritu suave y apacible; que debe cumplirse las obligaciones sin queja ni desaliento.

“Por la mañana no dejes de hacerte esta pregunta: ¿tropezaré hoy con algún curioso, con algún provocativo o envidioso o intratable o traidor? Yo tengo bien sabido que estos defectos vienen de la ignorancia, y sé también que ninguno de ellos puede perjudicarme, puesto que no queriéndolo yo, no pueden complicarme en sus peligros.

“Si en el curso de la vida hallares algo más recomendable que la justicia, la verdad, la moderación y la fortaleza del espíritu, adoptándolo con toda tu alma, goza enhorabuena de ese bien mayor.”

Ya puede comprenderse cómo apreciaría el pueblo a este gobernante, que, siendo emperador de un imperio poderoso y vastísimo, prefirió a los brillos del poder, las satisfacciones de la sabiduría, la felicidad de la vida tranquila y el bienestar de sus semejantes.

Marco Aurelio Antonino.—Nació en Roma en 782 de su fundación, o sea 121 de la E. C. Murió en 180.



De la sabiduría

(Pensamientos)

El saber es la parte más considerable de la felicidad.—Significa esto que si la sabiduría no da toda la felicidad posible, constituye sin embargo el más poderoso auxiliar de la dicha, porque nos hace más tolerantes y más juiciosos.

La sabiduría sirve de freno a la juventud, de consuelo a los viejos, de riqueza a los pobres y de ornato a los ricos.—Nos da a entender este pensamiento que la sabiduría muestra a los jóvenes las malas consecuencias de los actos injustos o perversos; consuela a los viejos por el entretenimiento que les procura; hace olvidar a los pobres sus miserias y da a los ricos consideración y respeto.

Si quieres parecer sabio, trabaja para serlo.—Nos indica que no basta parecer sabio; es necesario serlo. Y para ello debemos estudiar asiduamente, sin descuidar la educación de nuestros sentimientos, o sea la aptitud para obrar bien. Por-

que no es sabio quien piensa bien y procede mal, sino el que piensa bien y procede mejor.

Los conocimientos hacen a los hombres mansos y suaves.—Cuanto más se ilustra y se educa un hombre, más se aparta de las bestias, pues aprende a dominar sus pasiones y a dirigir su voluntad, haciéndose más razonable. No se encoleriza fácilmente, tolera los errores ajenos y hasta es más afectuoso.

Si te aprovechas de las lecciones de la sabiduría, vivirás en todas partes sin disgustos y serás feliz en tu estado; la riqueza te dará placer, porque tendrás mayores medios de hacer bien a tus semejantes; la pobreza, porque te hallarás con menos inquietudes y sobresaltos; la gloria, porque te verás honrado; la obscuridad, porque serás menos envidiado.—La sabiduría aconseja, pues, saber conformarse con la suerte en cualquier condición en que nos hallemos, procurando con paciencia y con empeño, mejorar de estado, a fin de evitar el sufrimiento de las privaciones.

Es tan vana la esperanza de que se llegará sin trabajo y sin molestias a la posesión del saber y la experiencia, cuya unión produce la sabiduría, como contar con una cosecha en donde no se ha sembrado ningún grano.—Como nadie nace sabiendo, para adquirir conocimientos es menester estudiar sin tregua y meditar sobre lo estudiado; de lo contrario seríamos como el asno que devoró una cantidad de libros pensando que eso bastaba para aprender la ciencia en ellos encerrada.



99

El ferrocarril

(De O. V. ANDRADE.)

Lanza a los vientos su pendón de fuego,
rasga los aires su silbido agudo;
su aliento de humo es el fecundo riego
que anima el seno del desierto mudo.

¡Miradlo; es el guerrero del presente,
el genio armado de la nueva idea;
la ley del porvenir brilla en su frente
y su penacho de vapor ondea!

¡Miradlo; va tragando las distancias;
parece apenas que la tierra toca;
y devorado por febriles ansias
nubes vomita por su ardiente boca!

¡Miradlo; es el centauro del progreso,
es el audaz conquistador moderno;
está de sangre su pendón ileso,
su gloria brilla con fulgor eterno!

¡La barbarie se esconde amedrentada
al divisar su enseña brilladora,
como las sombras de la noche alada
al centellear un rayo de la aurora!

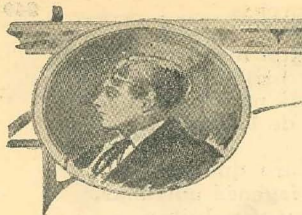
¡Los tiempos del futuro que dormitan
del desierto en las vírgenes entrañas,
a su acento despiertan y palpitan
cual palpita el volcán en las montañas!

¡Es del progreso la primera aurora
que irradia en esta tierra bendecida,
en esta tierra, siempre vencedora,
en esta tierra, hidrópica de vida!

¡Es el acento de la audacia humana
que crece, se duplica, se agiganta;
que pone de la vida en la mañana
las alas del relámpago a su planta!



Olegario Víctor Andrade.—Nació en Gualeguaychú, en 1838
y murió en 1884. Poeta y escritor. Sus poesías más no-
tables son: "El nido de cóndores", "Prometeo", "Atlán-
tida" y "Canto a San Martín".



Se necesita un muchacho

“Se necesita un muchacho valiente y bondadoso; que no tenga miedo de decir la verdad, que no mienta por nada ni por nadie; que quiera y respete a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos; que sea capaz de decir **no** y mantenerlo y decir **sí** y cumplirlo; que esté resuelto a no fumar jamás y a no tener vicio alguno; que prefiera estar en su casa ocupado en tareas útiles a andar vagando por las calles; que pueda llevar la frente alta, por ser incapaz de cometer actos indignos; que concorra asiduamente a la escuela; que se sienta orgulloso de ser **argentino** y que, por serlo, cumpla honradamente con todos sus deberes en la vida; que sepa labrar su independencia económica por el trabajo honrado, para poder gozar de la libertad política y moral, ya que los hombres pobres y necesitados tienen que depender de los demás y verse sometidos a la voluntad ajena; que sepa respetar las leyes y que sea justo.

La Patria necesita siempre a ese muchacho y lo necesita con urgencia.”

INDICE

Página

Invocación a la Patria.....	9
*El libro y su lectura.....	10
San Martín	13
Honradez cívica	16
Los ríos	19
*La conversación	21
A un joven ocioso.....	23
Edison.	25
Medios de locomoción.....	28
*Las manchas	30
Las montañas	33
La verdadera ciencia de la vida.....	36
Sarmiento	39
Las virtudes de mi madre.....	42
*Extasis	45
Las flores	46
La familia	49
Franklin	52
*El ahorro.....	55
Elogio de los libros	57
El arroyo	59
Moreno	62
La libertad	65
A mi bandera.....	67
*La cabra del señor Seguin.....	69
Las aves	74
Los romanos	76

Catón el Mayor	79
Signos de puntuación	82
Alberdi	84
La educación	87
La cacería	89
La moneda	92
Canciones de mi casa.....	95
Galileo	96
La astronomía y el aspecto del universo.....	99
Los inmigrantes	102
Por la Pampa	104
Dominio público y privado	105
Manuelita Rozas	107
Despedida a un amigo	109
Respeto a las mujeres	111
El país donde no se moría.....	113
La visión del puerto de Buenos Aires	115
Hogar	117
Epicteto	118
Máximas de Epicteto	120
Origen del nombre argentino	122
El tesoro del país argentino	125
Saber callar	127
El mar	129
Agustín Alvarez	132
Elogio del ciudadano	134
Fábulas	136
La Independencia	138
Pericles	139
*La felicidad	141
Libertad de imprenta	144
El trigo	147
La pantorrilla del comandante	149
Mármol	153
Mi madre	156
Mirando jugar a un niño	157
El comercio	159
La mitología griega	162
Beethoven	165
Las bellas artes	168

Página

*Noche de perros	171
*Hacia las cumbres	176
Afianzar la justicia	178
Ameghino	180
*El caballo	183
Buscando un juez (I).....	185
Buscando un juez (II).....	188
Rabindranath Tagore	191
La cigarra	193
Los árboles	196
La costurera	199
La propiedad privada	201
Almafuerte	203
El día de la raza	205
Esfuerzos asiduos y valerosos	208
Carta de mi padre	210
Marcha triunfal	212
Napoleón	215
Máximas morales	218
El perro	220
*La gratitud	222
El árabe y su caballo	224
La imprudencia	227
Cervantes	230
* Consejos que dió Don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la Insula.....	233
* La vida de las abejas	236
La abeja	239
La maternidad	240
Las libertades civiles ante la Constitución.....	241
Marco Aurelio	244
De la sabiduría	246
El ferrocarril	248
Se necesita un muchacho	250

Nota.—El asterisco (*) indica que la lectura ha sido abreviada en obsequio al carácter de este libro, pero sin alterar el fondo ni la forma del original.



The first part of the report is devoted to a general
 description of the country and its resources. It
 is followed by a detailed account of the
 various industries and occupations of the
 people. The third part of the report
 contains a list of the principal towns and
 villages, with a description of each. The
 fourth part of the report is a list of the
 principal rivers and streams, with a
 description of each. The fifth part of the
 report is a list of the principal mountains
 and hills, with a description of each. The
 sixth part of the report is a list of the
 principal lakes and ponds, with a
 description of each. The seventh part of
 the report is a list of the principal
 islands and rocks, with a description of
 each. The eighth part of the report is a
 list of the principal harbors and bays, with
 a description of each. The ninth part of
 the report is a list of the principal
 fortifications, with a description of each.

C
r
H

The report is a valuable work, and
 is highly recommended to all who
 are interested in the history and
 geography of the country.

6
 x

mi made
mi made

1

~~mi made~~ (P)

mi
5
mi

mi

~~mi made~~

